

Hilario Ascasubi

ANICETO EL GALLO

Gaceta joco-tristona y gauchi-patriótica

El autor de este libro fue ayudante de campo del general Urquiza, aunque terminó siendo su enemigo. Este libro, aparecido en 1853, testimonia algunas escenas y episodios de aquella experiencia. El título terminó convirtiéndose en el apodo de su autor.

Índice de contenido

Nº 1. Buenos Aires – Año de 1853.....	3
Nº 2. Buenos Aires – Mayo 25 de 1853.....	13
Nº 3. Buenos Aires – Junio 3 de 1853.....	15
Nº 4. Buenos Aires – Junio 13 de 1853.....	27
Nº 5. Buenos Aires – Junio 22 de 1853.....	42
Nº 6. Buenos Aires – Julio 2 de 1853.....	63
Nº 7. Buenos Aires – Julio 12 de 1853.....	76
Nº 8. Buenos Aires – Julio 23 de 1853.....	85
Nº 9. Buenos Aires – Agosto 4 de 1853.....	93
Nº 10. Buenos Aires – Setiembre 3 de 1853.....	103
Nº 11. Buenos Aires – Marzo 12 de 1858.....	114
Nº 12. Buenos Aires – Marzo 19 de 1858.....	126
Nº 13. Buenos Aires – Marzo 27 de 1858 – Jueves Santo.....	140
Nº 14. Buenos Aires – Octubre 1º de 1859.....	150
Poesías varias	168
Poesías inéditas.....	310

*Hasta que... no quiera Dios,
se aproveche algún cualquiera de todo nuestro sudor.
CHANO.*

Nº 1. Buenos Aires – Año de 1853

Esta gaceta saldrá una vez por semana, allá por el jueves o viernes, que es día de los pobres, pues la escribirá un gaucho pobre.

Prosa del trato entre el imprentero y yo

Ahora noches pasadas, con permiso de mi comendante, me amanecí payando en un fandango, donde me comprometí con una mocita muy donosa y seguidora a largar cada semana una gaceta gaucha, con argumentos y compuestos a favor de nuestro aquel, en la justa causa que defiende la Guardia Nacional. ¡Ah, criollos!

Esa misma noche hubo en el baile una jugada juertaza, como que toda la mozada anda platuda, y yo, que no andaba cortao, les prendí, seguiditas siete suertes morrudadas al paro; de manera que amanecí muy enrestao, y medio divertido. Me largué de allí a comprar un poncho lindo y unas botas a la moda, con borlas, que me costaron una barbaridá de plata; y al fin no me costaron nada más que haber echao suerte. Así fue que sin recatiar largué el mono por el par de botas, y al tiro me las puse y salí a la calle, porque es la moda en esta patriada; y entre la gente de ajuera y de adentro hay muchos jefes y soldaos y paisanos que hoy se ponen las bolas así con borlas; a la cuenta echarán suertes al paro.

En fin, salí de la zapatería y me fui a buscar un imprentero para tratar por la hechura de mi gaceta: y preguntando en la Polecía me dijieron que vivía uno, de allí de la cárcel, calle arriba. Para allá rumbié hasta que di con la casa del imprentero.

Entré por una puerta grandota, y a la zurda del zaguán estaba un cuarto abierto; y queriendo colarme en él, trompecé fiero en los umbrales de la puerta, y enredao en el poncho salí al medio del cuarto haciendo cabriolas, pero con el sombrero en la mano y dando los buenos días a un hombre de antiojos que allí estaba, y que me pareció carcamán, el cual se retobó al verme, y echando mano a un garrote me dijo a gritos:

-Oiga Vd., animal: ésta no es la pulpería para entrarse cayendo.

-Dispéñseme, patrón, yo venía...

-¡Qué patrón ni qué borrico! váyase Vd. a dormir la...

-Señor, yo no vengo mamao, sino por ver si, pagándole su trabajo, me hace el cariño de mandarme aprensar.

-Vaya Vd. a que lo aprense el demonio, y le sacará un barril de aguardiente. -Pronto, salga Vd. fuera.

Bueno, bueno, patroncito, me largaré, ya que ni por plata me quiere aprensar mi gaceta de gaucho.

-¿Cómo? ¿pues qué, Vd. quiere hacer imprimir algo?

-Mesmamente, señor.

-Si se hubiese Vd. explicado...

-Me turbé, patrón.

-Y bien ¿qué quiere Vd. mandar imprimir? ¿Un periódico?

-Cabal: acertó, patroncito.

-Pero, eso demanda gastos; ¿tiene Vd. cómo pagarlos?

-Velay, le dará su trabajo adelantao, y nos acomodaremos, alvirtiéndole que no soy mozo lechero.

Entonces eché mano a mi tirador y saqué un rollo de papeles overos-rosaos, que le largué al hombre sobre una mesa, y el Uropeo viejo abrió tamaño ojo a la mosca.

-Bueno, bueno. Se le imprimirá a Vd. su periódico; pero, para no comprometerme, necesito saber en qué género... escribirá Vd.

-¿En qué género dice? en papel.

-Sin duda: pero, no es eso: de qué materia o asunto tratará Vd. en su gaceta.

-No hablaré de materia, señor, porque me da asco, pero trataré de toda laya de asuntos.

-¿De veras?

-¡Oh! ¿y qué se ha pensao?

-¿Con que Vd. se encuentra capaz de escribir un periódico?

-Valiente, patrón: ¡pues no he de ser capaz! Mire, señor, de balde me ve de facha infeliz; yo soy hombre corrido, sabido, leído y escrito, porque de charabón me agarró un flaire que confesaba a mi hermana, y me llevó al convento de San Francisco, adonde me enseñó hasta la mitá de la Bramática en latín, y el ayudar a misa; y no aprendí la Jergafría, porque le hice una juida al padre, y luego me agarraron de leva para los barcos, cuando la guerra con Portugal; y entonces me soplaron de tambor a bordo de una boleta, que la mandaba un oficial de marina criollo, patriota y guapo, medio parecido a muchos de los de hoy en día... sí, señor.

-Hombre: qué historia tendrá Vd. ¿no?

-Escuche. Pues, señor, como le iba diciendo: en la boleta salimos y anduvimos por esos mares de Cristo trajinando de corsario, hasta que nos pegó un albazo y nos agarró con barco y todo un comendante llamado Yuan das Botas, guapazo el Portugués; y ese mismo me llevó a Portugal, y me tuvo hasta que me le escapé en otro barco y fui a dar por las tierras de Uropa en la Ingalaterra y la Francia; y por allá me aguanté como cinco años, de manera que hasta soy lenguaraz en esas lenguas. Luego de Uropa, caí a Malparaíso: de allí por la cordillera atravesé y anduve en todas las guerras del dijunto Quiroga, que esté gozando de Dios, y de ahí vine a Entrerríos, y últimamente a Buenos Aires, aonde estoy a su mandao.

-Gracias, señor literato.

-No me llamo Liberato, patrón.

-¿Y cómo se llama usted?

-¿Yo?... Aniceto Gallo.

-¿Gallo?... ¿Entonces será Vd. cantor?

-Sí, señor.

-¿Y músico?

-Regular.

-¿Toca Vd. algún instrumento?

-Toco.

-¿De cuerda?

-Es verdá.

-¿Qué instrumento toca de cuerda?

-La campana.

-¡Diablo! es Vd. de todo punto muy agudo.

-¿Puntiagudo decía? no, señor, soy medio redondo.

-No, no. ¿Y de viento, qué instrumento toca usted?

-El organito, ese que tocan por la calle los carcamanes.

-¡El organito, eh!... Y... ¿habla Vd. algún idioma, señor Aniceto? porque eso es muy necesario para un periodista.

-El idioma no entiendo, pero hablo en la lengua de Inglaterra y de Francia, aunque medio champurreadito.

-Vamos a ver, pues, cómo se explica Vd. en francés.

-Como guste, patrón.

-Oiga Vd.

-Pongo el oído.

-Dites moi, vous parlez français?

-Güi, musió.

-Vous êtes Sauvage Unitarie.

-Salvaje!... A present, ne pas, musió.

-Alors; vous êtes Federal?

-¡Zape, diablo! Le dije a un gato colorado, que vino a jugar a arañándome las borlas de las botas, y me las desató.

-Eh bien: vous êtes Federal? Dites moi.

-Non, musió, rien du-tú.

-Mais, de quel parti êtes vous, monsieur Gallo?

-Musió: yo soy del partido de las Conchas: ¿entiende?

-Et votre opinion politique?

-Musió: yo tengo la opinión de buen gaucho argentino; y lo demás rien du-tú.

-Bien: ya veo que habla Vd. en francés como ciertos elegantes que pasean por la calle del Perú.

-Puede ser, patroncito, aunque yo no presumo...

-No, no; en francés se explica Vd.: veamos ahora en inglés.

-Ésa es lengua de los diablos; pero en fin...

-Pregunto, señor Aniceto.

-Respuendo, patrón.

-Do you speak english?

-Yes, Sir.

-Will you take a glass of grog?

-Very well: alcance, patrón.

-Stop. Will you take some roastbeef and plumpudding?

-Yes, very gut, véngase con un bifisquete, señor.

-Sí, sí; bien lo merece Vd., porque es hombre habilísimo y capaz de ser un buen periodista. En esta confianza escriba Vd. su gaceta, y para publicarla disponga Vd. de mi tipografía.

-¡De su tripagofría!... ¡Ahora sí que me ató las bolas, patrón!

-Bueno, bueno; átese Vd. las borlas de las botas, y dele un puntapié a ese gato majadero.

-Déjelo, señor, ya me voy a largar con su licencia, para mandarle lo que escribiré. ¿No le parece?

-Bien: mande Vd. el original del prospecto.

-¿El orejónal?... ¡Barajo, qué terminacho! ¿y el otro?... Bueno, señor, le mandará eso mismo.

-Corriente, señor Aniceto. Escriba Vd... y tenga pulso, ¿eh?

-¿Pulso?... Al que yo le largue un caracuzazo... ¡a qué le cuento más vale!... Con que, ¿será hasta mañana?

-Hasta mañana, amigo Gallo.

-Hasta mañana, señor.

Después de esta conversación me largué al cuartel; y en la cuadra mi comendante D. Camilo Rodríguez se alegró cuando me pilló escribiendo el primer número de la gaceta... que allá va, caballeros!

Aniceto el Gallo

Buenos Aires – Mayo 19 de 1853

Velay que de gacetero
se presenta un Gaucho neto,
aunque no larga prospeto
sigún dijo el imprentero.
¡Qué prospeto! el delantero
debe llamarse, a mi ver;
pues largarlo viene a ser
como puntiar y decir:
paisanos, voy a escribir
Gacetas para vender.
Para venderlas, repito;
y es bueno que lo prevenga,
para que naides me venga
con «lárgueme un papelito,»
que ando atrasao: y maldito
sea quien causa mis males,
y estas pendencias fatales,
y los revulucionarios,
y los maulas Unitarios,
los brutos Federales...
Que todos como en rodeo
tienen a la paisanada
infeliz y aniquilada
con el sitio y el bocleo:
y siga afuera el cuereo,

la guerra y la destrucción,
porque allá cierta faición
pretende que un triste ñato
nos suelte por Liebre un Gato
que nos araño en montón.
Entre tanto, acá a imisiones
nos vamos adelgazando,
y por junto van quedando
unos cuantos barrigones:
y hacer estas reflexiones
es tarea peligrosa,
porque anda tan cosquillosa
la gente de cola alzada,
que a la más leve palmada
cocea por cualquier cosa.
Pero, ¡qué! yo no me asusto,
ni hago en mi opinión gambetas:
así diré en mis gacetas
lo razonable a mi gusto;
y si se enoja el Injusto
¿cómo lo he de remediar?
Ya me han hecho arremangar;
y al diablo, si me relincha,
he de apretarle la cincha
hasta hacerlo corcoviar.
Siendo así, el más bien montao
de esta o de aquella faición,
si espera una adulación
mía, vive equivocao:
porque a mozo bien portao
ningún gaucho me aventaja,
y, si nunca saqué raja,
procediendo así, lo fundo
en que «nades en el mundo
sabe para quién trabaja.»
Luego, a juerza de esperencia
y de tanto desengaño
que he sufrido, no es extraño
que aprecio con preferencia
vivir con independencia

de todo aquel que se eleva,
cuando el mundo me comprueba
la idea que siempre tuve
de que... ¡quien más alto sube,
más fuerte porrazo lleva!
Creo que a ninguno muerdo
con mi modo de decir,
y que dará a colegir
que no soy gaucho muy lerdo;
de balde a veces me pierdo
de poncho entre los tapiales
por trajinar cuatro riales
a la taba, creanló:
que no saben lo que yo
más de cuatro gamonales.
Y si saben, les importa
recordar ¡cuánto han sufrido
los veinte años que han vivido
con bozal y a soga corta!
y no comerse la torta
que el Diretor quiere darnos,
con intención de empacharnos
parejitos a la vez:
y otros veinte años después
a su antojo embozarnos.

Lamentos a Vucelencia el diretor provisor

Señor: medio a mi pesar,
Dios y la Virgen lo sabe,
a lo gaucho en tono suave
me le voy a lamentar.
Para eso quiero largar
cada semana un papel
pensando decirle en él
la verdá, y tenga pacencia,
pues no ha de ser Vucelencia
menos que don Juan Manuel.
No seré desvergonzao,
ni embustero, le prometo:

ya sabe de que Aniceto
es gaucho humilde y bien criaio.
De balde estoy agraviao
y flacón por Vuecelencia:
y es de pública evidencia
que me atrasó sin razón;
pues, ni así pienso, patrón,
tratarlo con insolencia.
Con la verdá por delante
de firme le alegraré,
como es justo, y como que
es rigular que me aguante:
pues cuando fue comendante,
aunque ya era temerario,
no fue entonces mi contrario,
sino gaucho de los míos,
y, como yo en Entrerríos,
ñato y Salvaje Unitario.
Por eso de allí apuraos,
juyendo como ñandú
en redota a Paisandú,
nos guasquiamos asustaos:
y llegamos escaldaos
de la corrida tan fiera;
y entonces naides creyera
que Vuecelencia emplumara...
pero, hace punta y dispara,
asustao como cualquiera.
Luego a la Federación
Vuecelencia se pasó
y a los Salvajes dejó
llamándose a narigón
y de ahí principia, patrón,
su carrera relumbrante,
pues pelechó en un instante
favorecido por Rosas, y por otras muchas cosas
que diré más adelante.
Por ahora permitamé
dejarle la punta adentro,
hasta después que al encuentro

nuevamente le saldrá;
y el cargo le formaré
de todas las maravillas
que ha hecho hasta el día a costillas
del pobre Restaurador:
aunque sentiré, señor,
tener que hacerle cosquillas.
(Continuará.)

Advertencia

El número 1º de *Aniceto el Gallo* es una reproducción fiel por completo; los números que siguen son extractos en que se conservan las producciones originales del autor. Las notas ilustrativas han sido añadidas para esta edición.

Nº 2. Buenos Aires – Mayo 25 de 1853

Cortesías

AL PROGRESO

Reconociendo, señor,
su cacumen en la cencia,
se le ofrece a la obediencia
Aniceto el Payador, qui ni a gaucho ni a cantor
contrapuntiarle pretiende;
pues veo que usted lo entiende,
y que sin muchas parolas
a quien le suelta las bolas
a la fija se las priende.

AL NACIONAL

Aparcero Nacional:
GALLO el cantor lo saluda,
pues lo aprecea sin duda
con un cariño cabal.
Ansí, usted por el igua
debe apreciarme, en el caso
en que usted y yo, paisanazo,
por nada nos encogemos;

y a la Patria defendemos
pico a pico y brazo a brazo.

A LA LANCETA

Mi señor de la Lanceta:
Dios lo guarde y lo bendiga,
y le permita que siga
apretando como aprieta:
y en cuanto a la Recoleta,
ande, ¡ajo al Cristo! no sea
que cuando Vd. menos crea,
de algún modo el Diretor
le mande hacer el favor
de sacarle una manea

AL ZAPATO

Caballero del Zapato:
para servirle me brindo,
porque usted calza muy lindo
y no es zapatero ñato.
Así deseo su trato,
y mucho favor me hará
almitiendo mi amistad,
que es cuanto puede ofrecer
un gaucho sin más tener
que una güena voluntá.

AL BRITIS-PAKE

En tiempo del Estoraque
que encontró don Juan Manuel,
largaba cierto papel,
titulao el Bristi-Pake,
un Inglés de mal empaque...
y otras diabluras que callo
por respeto a su tocayo
el Bristi-Pake de hoy día,
a quien esta cortesía
le rinde Aniceto el Gallo.

Brindis

Que pronunció Aniceto en la mesa del Sr. teniente coronel Rodríguez el día 16 del presente.

A salú del escuadrón
y del señor comendante
que se llevó por delante
el día trece un cañón:
y del criollo guapetón
que al tiro le prendió el lazo;
pues debe ser juerte el brazo
que tal armada largó,
como el pingo que arrastró
a la cincha el chimborazo!

Nº 3. Buenos Aires – Junio 3 de 1853

El Pagamento

El 28 de mayo me lo madrugue a mi amigo el imprentero, al levantarse de la cama... que la tiene en el mismo caserón, pero en otro cuarto muy rumboso, todito pintao y con estampas colgadas: y luego unos trastos primorosos y hasta chuces y cueros de tigre tendidos por el suelo... Como que es hombre ricachón.

Es de advertir que yo iba algo chamuscao, porque esa madrugada estuve en jarana en la Batería nueva de Mester-horno, en donde con los soldaos del coronel Chanagusia y los Guardias Nacionales del coronel Bustillos, y otros mozos del ejército todos mansitos para las moras, y alarifes para arrebatarnos vacas a los Urquizanos; y como eso nos es cosa fácil, les recogimos una punta de ellas en la tarde anterior, y luego, por supuesto, nos pusimos las botas: y échele vino superior, que para eso cada soldao de la Patria tiene trescientos cincuenta pesitos todos los meses y buenas cacharpas de abrigo.

En fin, todos, y yo particularmente churrasquíé a mi gusto, y luego medio en chaucha me vine a lo del imprentero.

Cuando llegué a la puerta, me topé con un moreno, entrando con una tipa llena de carne, patos y gallinas, y muy peinao; el cual al verme se paró de golpe, y abriendo tamaña boca, dijo:

-¡Ché! ¡Mirá el Gallo! Entre, señor, que en aquel cuarto está el patrón en bata.

-¿En bata? ¡Qué lindo!

-Sí, señor, ya está levantado: vaya usted, asómese a esa puerta que tiene entreabierta, y lo llamará al momento, porque ya es hora en que el señor patrón empieza a recibir a los operarios.

-¡Ah, moreno ladino!

-Bueno, amigo, le dije: y enderecé al cuarto mencionao, que mesmamente tenía entreabierta una puerta, y por la rendija lo estuvo vichando al hombre, que estaba sentao repatigándose en una silla de barbero, toda retobada, y vestido con una leva de pana, de color como yaguané, que le cubría hasta las tabas; una golilla de lana envuelta en el cogote; una gorra negra sumida hasta las orejas, y con un cigarro en la boca del tamaño de una macana; y por último leyendo embelesao en un gacetón de la misma marca y tamaño de un montón de gacetas fresquitas que tenía al lao. En fin: después de vicharlo y que le tomé la filiación, me resolví a meter la mitad del cuerpo y le pegué el grito:

-¡Que Dios me lo guarde, patroncito!

-¡Oh, famoso don Aniceto! Adelante. ¿Cómo está usted?

-Alentadito, señor: y a usted, ¿cómo le va yendo?

-Perfectamente, amigo Gallo.

-Me alegro mucho.

-Gracias: yo también me alegro de ver a Vd. tan bizarro con ese uniforme de Guardia Nacional, y esa gorra que le sienta a Vd. muy bien en la cabeza.

-Dispense, patroncito, no me la he quitao, porque es contra ordenanza.

-Hace Vd. muy bien, puesto que yo estoy de gorra igualmente: ¿no lo ve usted?... y así me lo paso siempre en este tiempo.

-Ya lo creo, señor: en el día, por acá se usa mucho el vivir de gorra no más.

-Cierto: porque en el invierno la gorra es un mueble muy cómodo, sumamente económico y muy abrigado.

-Debe ser, desde que a todos les acomoda, y desde que me dicen que a muchos les abriga hasta la barriga, mayormente a ciertos nutriales que diariamente reciben gorras en los botes que vienen de Palermo. En fin, Dios los ayude. ¿No sabe a lo que vengo, patroncito?

-Dirá Vd., amigo Gallo.

-Al tiro le diré, señor, que vengo ganoso de pagarle los riales que le debo por las dos gacetas que me ha impresao.

-Como Vd. guste: aunque eso no corre prisa.

-No correrá prisa, señor, pero corre riesgo; en primer lugar, porque yo no me escuendo en la descubierta; y luego porque soy arca llena y arca vacida; y por las dudas, velay tiene la plata en que ajustamos, y cien pesos más de remojo para el mocito aquel que hace de apretador en la imprenta. ¡Ah, mozo vaquiano!

-Corriente, hará que se le entregue el tal remojo al mocito; y gracias por mi parte. Pero, mire usted: aquí me ha dado quinientos pesos de más y a sus pies... se le ha caído otro billete de mil pesos. ¡Canario!

-Siempre anda Vd. cargado de billetes; parece que fuera Vd. banquero, ¿eh?

-Eso es porque acostumbro ser banquero entre los míos.

-¡Es posible! ¿y cómo le va a usted?

-Sigo echando güeno. Sí, señor.

-¿Cómo dice usted?

-Digo, que sigo acertando siempre.

-¡Ah! sí, sí: ya he visto el acierto con que usted ha publicado su periódico, que varios le han aplaudido, y que a todos les gusta leer el Gallo.

-De balde... patroncito. ¡Ja, ja!

-¿Cómo de balde, señor Aniceto

-Óigame, señor: digo que de balde me quiere usted ilucinar, porque en mi tierra yo sé con los güeyes que aro.

-Sí sabrá Vd., no lo dudo; como que sabrá darme hoy alguna noticia respecto a la situación.

-¿De cuál sitiación, patroncito?

-De la nuestra, o más claro, de la de Buenos Aires en la presente lucha.

-Yo, señor, lo único que sé de la sitiación, es que estamos sitiaos, y que así mesmo, la patria de la ciudá a la de ajuera le lleva la media arroba en la razón y en el arrempujón; y por eso, en tocándome a caballo, muento en cualquier hora, y me siento bueno para forcejear por la causa justa en contra de todo tirano. ¿No le parece que hago bien?

-Seguramente: hace Vd. muy bien: y dígame: ¿Qué juicio se ha formado Vd. de la constitución de que se habla ya? ¿La ha leído usted?

-¡La custitución!... ¿de qué?

-La Constitución que ha sancionado ya el Congreso de Santa Fe, que es la que yo estaba leyendo, aunque estoy de purga; y luego voy a mandarla repartir al público, pues aquí se han impreso dos mil ejemplares. ¿No ve usted? todos estos impresos son de la Constitución.

-¡Barbaridá! ¿De veras?

-Sin duda: y ¿qué piensa Vd. de la Constitución?

-¡Ché! eso es velorio, patrón.

-¡Cómo, velorio, señor Gallo! todo lo contrario: a mí me parece un asunto muy serio, desde que ya ha sido aceptada por el Director, quien ha prometido respetarla.

-No eche pelos, patroncito, mire que su Ecelencia creo que no sabe hasta ahora lo que es la Custitución: y además es hombre que promete mucho; pero, como es de muy mala memoria, a veces no cumple nada.

-Pero, hombre: esta vez por lo menos respetará los mandatos del Congreso soberano.

-¿Soberano? recúlele el soberano, y créame por conclusión, que para el general Urquiza no hay nada soberano en el mundo, porque (perdonándome la mala ausiencia) el Diretor es un peine, ¡ahi-juna! capaz de mandar desgarretar por gusto a todos los costitucioneros y a la custitución en ancas. Y últimamente, yo no aguanto más custitución que la de que en mi tierra mande un criollo, sea del pelo que fuere como sea hombre de bien; y no que nos venga a sobajear cualquier forastero diablo, así retaciándonos la provincia, y arriándose las vacas para carniarlas en los saladeros de Santa Fe: y yo no digo que esto sea en los saladeros del Diretor, porque es hombre que no sabe ajeniar, pero sabe afusilar a un pobre gaucho, porque saca un par de botas de potro. En fin, me voy a retirar, patroncito, y me...

-No, no: espere Vd., amigo Aniceto, y...

A este tiempo entró el moreno ladino con una bandeja cargada de copas y tazas, y un calentador aonde venía ya la agua hirviendo; de ahí una chocolatera y una limeta de ron, me pareció al echarle el ojo. Y todo se lo acomodó en una mesita dorada; y ésta la puso frente a las rodillas del imprentero, y atrás de la mesita, como a una vara de distancia, estaba otra silla grandota, barrigona y aforrada en cuero verde muy relumbroso.

Luego que el patrón se acomodó la mesita medio entre las piernas, me dijo con agrado:

-Vamos, amigo D. Aniceto, siéntese Vd. con franqueza en ese sillón, estrénelo usted y me acompañará a tomar una taza de café y una copa de buen coñac, todo lo que puedo ofrecerle a Vd. por ahora.

-¿De coñato, decía?

-Sí, de coñac: ¿qué, no le agrada a Vd. este licor?

-Señor, a mí siendo juerte, me gusta aunque sea lejía.

-¡Bravo! eso es ser buen soldado: vamos, siéntese Vd., que ya la agua está hirviendo y voy a preparar el café que tomaremos a salud de la constitu...

Y el hombre no acabó la palabra, porque en ese instante yo de golpe le asenté las nalgas a la silla a macho: ¡ah, Cristo! y había estao inflada, de suerte que me enterré hasta las agujas, y en la sumida alcé las patas, y con ellas suspendí a los infiernos la mesita con cachibaches y todo: y por desgracia la caldera de agua hirviendo se le derramó al imprentero en el mismísimo cogote: de ahí pegó un alarido y entró a sacudirse.

Y yo me desenredé de la silla y acudí a arrancarle la leva por aliviarlo al hombre; pero un diablo de mastín bayo, parecido al perro del Diretor, se me echó encima furioso, de suerte que tuve que pelar el cuchillo, porque el mastín me acosó tanto que me hizo recular y subirme a la cama del patrón: la misma que, en cuanto me le trepé, se sumió hasta lo infinito; y abajo, entonces se rompió no sé qué cosa insufrible, porque los mozos que acudieron a los gritos del patrón entraban haciendo gestos con las narices, y así lo hallaron al imprentero desollao desde la nuca hasta la raíz del espinazo; al perro con cuatro mojadas y ocho tajos; y a mí lleno de mordiscones; finalmente el moreno, a la cuenta medio en chicha o asustao, para limpiar el chuce de junto a la cama del imprentero, echó mano de unos papeles que se habían desparramao en la tremolina; y, vea el diablo! habían sido las gacetas de la maldita Custitución, que tuvo la culpa de todo.

Por último, yo me salí apestao y renguiando, dejándole a un mocito mi Gallo nº 3, que quién sabe cómo saldrá.

El amigo del NACIONAL se ha equivocado, y dispense.

Digo bien, aparcerero; pues, sin duda, usted andaría, con la vista ñublada como el 25 de Mayo por la mañana, cuando quizá se acercó usted a ver las *estautas de la Pirami*, y dice de que vio a la Libertá mirando al Sur. ¡Ah, mal haya! pero, no, amigo: no estaba así, sino que las figuras estaban... velay cómo

-La Libertá, en figura de Porteña, estaba como sacándole el cuerpo a un Tigre Entrerriano que lo tuvo muy cerca, y hasta ahora lo tiene, me parece: ello es que la Libertá sin duda por eso que está mirando al río, como diciendo: me largaré a lejas tierras, si los defensores de Buenos Aires no me defienden de este animal de Montiel.

Luego: en ancas de la Libertá estaba la Anarquía chuciada, y mirando a San José de Flores, como diciendo: ¡ah, Director mío!

De ahí... la Justicia sí que está frente al Sur, pero con un facón de punta sobre unas balanzas, y mirando de rabo de ojo a la Polecía, como diciéndole: «no te descuides con el peso del pan y los porotos, porque los almaceneros también se están poniendo las botas con borlas.»

Después, en otra esquina de la Pirami está la Esperanza medio tristoná y de sabanilla, y arrecostada en una cosa así como un anzuelo grande, y como diciendo:

«Me voy a pescar al río para alivio de los pobres enfermos.»

¡Pero, qué necesidad tiene doña Esperanza de irse a pescar al bajo del río, si, con echar su anzuelo ahí no más en la plaza grande, pescará a muchísimos zurubises! porque ahora con la peste de las virgüelas ha salido un cardumen de esos pescados, de suerte que no se ve otra cosa por las calles de Buenos Aires; y así con esa pesca se podrá aliviar la hambruna que también hoy es peste en el hospital de la Residencia, pues aun cuando entra a la ciudad muchísima carne diariamente... ¡No te oigo en el hospital!

Al mismo tiempo la Esperanza estaba mirando a la catedral, como diciéndole: «no te aflijas, que te acabarán en cuanto el Director entre a Buenos Aires y respete la Constitución.

Esto es, aparcerero Nacional, lo que yo he comprendió de las figuras del 25 de Mayo, y creo que, si no digo la verdad, raspando le pasaré.

¡Blan!! ¡Blan!! ¡Blan!!

La tarde del campaneó
de alarma, en las ofecinas,
vide a un montón de gallinas
en un puro cacareo.

¿Y el fusil? pregunté yo.

Cocoró... có.

Entre tanto los Naciones,
por la causa entusiasmaos,
iban en puntas armaos
a ofrecerse en los cantones.

¡Ah, cosa! eso me agradó.

Cocoró... có.

Luego en esa noche anduve
allá por los andurriales,
aonde con los nacionales
bien acompañaos estuve,
cerquita del pororó.

Cocoró... co.

Y extrañé a unos mocetones
de esos de letra menuda,
que, apenas medio estornuda
un cañón en los cantones,
se largan al arro-ró.

Cocoró... co, cocoró... co.

Salutación del gaucho Jacinto Cielo al 18 de julio de 1830.

El sol de este día vio
jurando al Pueblo Oriental,
ser obediente y leal
a las Leyes que fundó.
Jacinto también juró

respetarlas y cumplir,
lo han de ver, sin desmentir
que es Patriota verdadero,
y que sin ser altanero
GAUCHO libre ha de morir.
¡Ah, malhaya, los paisanos
todos como yo cumplieran,
y qué de abrazos se dieran
este día como hermanos!
Que esos Rosines tiranos
morderían nuestro suelo,
y yo tendría el consuelo
de decir: «ya se acabó
la lucha que lamentó
el gaucho Jacinto Cielo.»

Carta certificada y súplicas

De un cordobés de los sitiadores, al cual se le juyó la mujer y se le ha
venido al pueblo

¡Viva la confederación!

¡Mueran los salvajes unitarios!

Corrales de Miserere, a 30 de mayo de 1853.

A mi mujer:

Trajiná, ché, Estanislada,
vos que andás por la ciudá,
y haceme la caridá
de mandarme una frezada:
que antenoche con la helada
cuasi me he muerto de frío;
pues, te asiguro, bien mío,
que acá el poncho que me han dao
lo puedo meter holgao
en la vaina del cuchío.
Y si podés avisarme
con toda siguridá
por qué lao de la ciudá

sin riesgo podré colarme,
decime, para largarme
con mi ñañita y Martín,
que está como un chunchulín
de flaco, pues aquí no hay
ni algarroba ni patai,
ni arrope ni piquillín.

Severo Pucheta.

Noticias de pajuera

Dicen de que el Diretor
de la docena del fraile,
el veinticinco dio un baile
de lo lindo lo mejor...
En celebridá de que
el veintitrés a la noche
la Custitución en coche
le llegó de Santa Fe...
Junto con la doctorada
que tuvo la complacencia
de traérsela a Vuecelencia
a su gusto remendada;
Y que la cosa se jura,
luego que los congresales
haigan cobrar unos riales
que les deben por la hechura.

Aviso de por San José de Flores

El que quiera en este pago
reírse de una disparada,
no tiene más que nombrar
a la LEGIÓN ITALIANA.

Y si la nombrada fuere,
allá, medio entre dos luces,
verá que los TERUTEROS
empluman como avestruces.

La retreta

Anoche anduve de paseo por la retreta, que tocó muy primorosamente la música de la ¡LEGIÓN VALIENTE! y al pasar yo frente a una moza muy linda, como son todas las Porteñas, sentí que decían: «¡Jesús, qué gaucho tan zonzo y bullicioso.»

Entonces yo les pregunté, receloso, si soltaban esa indireta por mí; y me contestaron: «no, señor Gallo; lo decimos por ese general guarango que todas las noches nos aturde a cañonazos como si con esa brutalidad quisiera asustarnos. ¿No le parece a Vd., señor Aniceto, que todo eso no prueba sino bestialidad? Como igualmente eso de pegarle fuego a una mina, y destruir una casa de un infeliz, aprovechándose de la suspensión de armas del 25 de Mayo.» -Dejen ustedes no más, paisanitas, les contesté: que en cuanto a prenderles minas, el día que se ofrezca, ya verán los teruteros cómo, desde las trincheras hasta San José de Flores, les ponemos las chacras y las casas, y a ellos adentro todos patas arriba. Y Dios les dé muy buenas noches.

Alvertencia a los aguantadores y renegaos

Si un imposible no fuera
para mí en la situación
ladiarme de la cuestión
y hacerme José de ajuera,
saltaría la tranquera
y ganaría un cardal,
o en cualesquier abrojal
lamentaría el destino
de haber nacido argentino
y no poder ser nutrial.

¡Ah, Cristo! ¡Quién presumiera
que esta tierra desdichada
no quedara sosegada
luego que Rosas cayera!
y hoy vean en qué leonera
la patria se ha convertido.
Así, los que han combatido
a Rosas con tanto afán,
como yo, quizás dirán:

«más vale un mal conocido»...

Porque yo que no aspiraba
nada más que a trabajar,
y para eso sin cesar
contra Rosas forcejeaba,
en lo que menos pensaba
era en verme, trajinao
y en las cuartas enredao
por el hombre del Pograma,
aquel de la larga fama
a quien yo mesmo he cuartiao.

Ese a quien hoy lo rodean
y le fingen atenciones
una punta de adulones
que desollarlo desean;
pero esos ruines no crean,
de balde son tan lagañas...
ablandarle las entrañas,
porque don Justo es mal bicho...
y tengan presente el dicho:
«El que tiene malas mañas...»

Y el día que se amostace
y se le hinchen las narices,
a todos como a perdices
puede ser que los enlace:
a la fija ya se me hace
¡que han de chupar de Caracas!
háganse no más petacas...
que redepente don Justo,
si no los cuelga por gusto,
los estira en cuatro estacas.

Vayan no más por la oveja
(como él dice) los Porteños,
lléguense los pedigüeños
y ándenle siempre a la oreja,
lo verán como se deja

bolsiquiar alguna vez;
pero, a lo tigre después,
a Cristo, si se le allega,
del manotón que le pega
le baja la media res.

Ya ven que se los alvierto
a todos los adulones,
renegaos y mogollones,
anden con el ojo abierto;
porque el Diretor, de cierto,
hasta montar es blandito,
pero ya encima, repito,
que por más que les afloje,
el día que se le antoje,
les ha de limpiar el pito.

Nº 4. Buenos Aires – Junio 13 de 1853

Vamos hablando formal y para los míos

Desde que comencé a escribir esta Gaceta, creyendo merecer un agrado de todos, me veo en continuos apuros, pues cada vez que suelto el Gallo me aturden a quejas, a pesar del esmero que pongo para que lo lleven a las casas de todos los alistaos, ecétera, como me decía en un tiempo el comendante Yuan das Botas. -¿Se acuerdan?

Pues, sí, señor: muchas ocasiones me lamento y hasta reniego a veces de haber tomado el cargo de Gallero que tanto me calienta; pero luego me enfrío, moralizando en mi pecho el que quizás no seré yo sólo el único Gaucho apurado en el día y en esta tierra, aonde contemplo los aprietos en que se encuentra todo un señor Diretor de la docena del flaire, desde que se metió a organicista y custitucionero, pretendiendo solamente agradar a los Porteños, y luego afirmársele nada menos que ¡diez años! de la primera sentada a la silla inflada del Gobierno de la Ciudad: arrojando a salir patas arriba en un pueblo, que ya está acostumbrado a no aguantar un Gobernador diez años, sino a tener ¡diez Gobernadores por año! gracias a la organizadura que Vuecelencia le dio después de la zapallada de Caseros, ecétera, ecétera.

¡Qué barbaridá, la casaca por aonde le da! ¡y luego el empeño que pone el señor Diretor para hacer estirar la docena del flaire hasta catorce provincias y un pico para él! Pero ¡qué pico! nada menos que la ciudad de Buenos Aires, aonde V. E. parece que ya está aquerenciao, desde que es éste el pueblo que ha separao para venirse a gobernar holgadamente con la Custitución, por la cual tendrá la facultá de hacer, si quiere, hasta tres provincias de ésta, y en ancas la mamada de disponer de la Aduana lechera, como así mesmo del Banco de la moneda, y últimamente de la obediencia de todo el porteñaje de casaca o de poncho; y al fin también del clubo, ese clubo encantador de las Porteñas lindas, con las cuales sueña Vuceleñcia el que ya se les viene a bailarles la contradanza, etc., etc.

Después empezará la organizadura en regla, mandando que gauchos ninguno porteño o provinciano pueda nunca tomar un trago, ni jugar a la brisca, ni comer carne con cuero, porque los gauchos de Entreríos así le obedecían en un tiempo; que ahora, según dicen, le han perdido el respeto a tal punto, que el otro día, ahí mesmo en San José de Flores, como sesenta Entrerrianos de la escolta de S. E. le alzaron el poncho, y lo echaron a la Pu...nta de San Fernando, y... ¡viva la libertad!

Dejuramente: ¿hasta cuándo quiere el señor Diretor que lo aguanten los pobres paisanos, y mucho menos que anden haciéndose matar por él, ni por naides, saliendo a campaña todos los días, trayendo sus caballitos y cangallas? ¿y carniando flaco cada tres días a veces, y sin pitar, ni tomar mate, mientras el Diretor viene en galera y con tres carretas de golosinas para él solo? ¿O se presume ser más gauchos ni más hombre que naides? ¡Diaonde! Después que cayó D. Juan Manuel, es zonzos todo el que pretenda gobernarnos como quiere D. Justo; y cada criollo sabe ya que vale tanto como el que más, por la LEY y su derecho.

-Cabalito.

De balde ahora se nos viene haciendo el sarnoso por engatusarnos más con las galantías de la Custitución Urquizana, y con galantías y todo nos tiene amolaos peliando unos con otros, comiéndonos las vacas y acabándonos los mancarrones, y sin poder acabar la guerra después de tanto crédito de que presumía cuando vino a voltiar a Rosas con los 25 mil hombres prestaos; y ahora salimos con que por junto ha mandao

traír a los pobres Cordobeses, diciéndoles que venían solamente para amuchar, y el caso es, que con ellos está amuchando los dijuntos de la Recoleta... ¡qué lindo!

Vamos, el señor Diretor se presumió que porque los Porteños, ya cansaos de las guerras, para que se acabasen, le juyeron en Caseros, acá en el pueblo le han de recular, y ajuera le han de sufrir a la helada, mientras que Su Ecelencia noche por noche se lo pasa en las casas de San José de Flores, calentito bailando con las muchachas, ecétera.

-¡No te oigo! después que sacó las uñas en Palermo, asigún lo que nos cuenta el paisano Ceballos en la conversación de más abajito. Óiganle.

Diálogo

Que tuvieron en el Cuartel del Retiro el día 30 de mayo último, entre el paisano Salvador Ceballos recién pasao del campo enemigo, y Anselino Alarcón, soldao de la guerrilla de caballería del mayor Vila

Al fin, amigo Alarcón,
de golpe me le aparezco:
¡eh, pu...cha, que está gordazo
con los pastos!...

ALARCÓN: ¡En el pueblo
usté, señó Salvador!
¿cuándo ha llegao, aparzero?
adelante, vengasé,
deme un abrazo primero:
y eche un trago.

CEVALLOS: Vaya, amigo,
confortaremos el pecho
a su salú: ¿cómo está?

ALARCÓN : Siempre alentao, aparzero,
y en este instante algo más
con el gustazo de verlo,
pues yo lo hacía en su pago
o en algún montejuendo,

sigún lo que platicamos
la última vez.

CEVALLOS: ¡Qué canejo!
si ahora como siete meses,
en la playa del rodeo,
un novillo de tres años
me atracó un golpe tan fiero
que me postró enteramente:
y estando en mi rancho enfermo,
vinieron los Urquizanos
que hoy mandan a los Porteños,
y de orden del Diretor,
en una arriada que hicieron
de cuatro viejos quebraos,
yo les serví de siñuelo,
y amarrao codo con codo,
a pesar de hallarme enfermo,
hasta los Santos Lugares
como un Cristo me trujieron,
y al llegar me asiguaron
en la estaca un día entero:
y después que me trataron
como se trata a un malevo,
de soldao de infantería
me echaron al campamento.

ALARCÓN: ¡Barbaridá! ¿Y su familia?

CEVALLOS: Hágase cargo, aparcerero
mi mujer y la muchacha,
del julepe, al verme preso
lo que nunca, atrás de mí
la grimiando se vinieron
sin más prendas que el rebozo
y la camisa del cuerpo.
Así en la mayor miseria
conmigo en el campamento
han sufrido cuatro meses,
al triste abrigo de un cuero

y en la mayor desnudez,
sin más vicios ni alimento
que caracuses y achuras
de unos toros como perros.

ALARCÓN: ¡Infelices! pues, amigo,
aunque me alegro de verlo,
endeveras le asiguro
que me asiste el sentimiento
de que usted se haiga venido,
dejando en aquel infierno
a su familia...

CEVALLOS: ¿Qué dicé?
mal me reputa, aparcerero:
la osamenta, creamé,
hubiese dejao primero
que abandonar mi familia,
no lo dude, acá la tengo.

ALARCÓN: ¡Es posible!
¿se ha venido
mi aparcera?

CEVALLOS: Por supuesto:
y la muchacha también;
las dos están en el pueblo.

ALARCÓN: ¡Qué me cuenta! y diga:
¿cómo ha conseguido todo eso,
entre las dificultades
que se cruzan, según creo?

CEVALLOS: Sin duda, hay inconvenientes;
pero, arresgando el pescuezo
de puro desesperao
la noche del aguacero,
cargué la arma y con mi corvo
enteramente resuelto,
con Petrona y la muchacha,

gatiando del campamento
salimos a media noche
por entre zanjas y cercos,
y al fin por unos barriales,
ya levantando y cayendo,
a eso de la madrugada
nos colamos en el pueblo,
sin tener en la cruzada
novedad, gracias al cielo.

ALARCÓN: ¿Y aonde dejó a la familia?
Vaya, tráigala ligero,
a ver si la acomodamos...
y después platicaremos.

CEVALLOS: Ahora no puedo, en razón
que en el río están en cueros
lavando las pobrecitas
la única ropa del cuerpo;
que la demás en el pago,
cuando atrás de mí salieron,
toda quedó en la petaca,
allá a lo de Dios que es bueno
y además mi cangallaje
y el asador y el mortero,
la olla y otros trastecitos,
que a la fecha, por supuesto,
andarán por lejas tierras,
o colgados a los tientos
de los organizadores
o los custitucioneros,
entre los cuales hay hombres
que oírlos nombrar mete miedo.
¡La pu...janza en los paisanos!
Vaya, vaya, estamos frescos,
con todo el montoneraje
que ha salido en este invierno;
de forma, amigo Alarcón,
que yo que estaba tan lejos
de entrar en guerra ninguna,

hoy de agraviado me siento
con el alma atravesada:
y de veras, le prometo
no recular de la raya,
y morir como Portello
en defensa de mi tierra,
aonde claramente veo
que pretende suyugarnos
un Entrerriano embustero.
Ésta es la pura verdá;
y no me digan por esto
el que a ningún provinciano
lo trate con menosprecio;
no, señor: siendo Argentino
a todos los apreceo;
y mandando por la ley y la razón, yo respeto
a Sanjuanino o Riojano,
o Vallista o Santiagueño;
pero me opongo de firme
a quien le viene fingiendo
cariños al porteñaje
y custitución y enriedos,
para después a su antojo
pisarnos en el pescuezo.
Contra ése he de forcejear,
luchando hasta caírme muerto.

ALARCÓN: ¡Ah, criollo lindo! eso sí,
no hay que aflojar, compañero:
acá entre la porteñada
tener custiones podemos
por esta o la otra razón:
al fin nos arreglaremos;
y si, acaso, entre nosotros
no más nos sacudiremos:
pero, eso de que un foráneo,
venga de ajuera a imponernos
y a mandar en nuestra tierra
como quien manda carneros,
y a fomentar las discordias

a retaciar nuestro suelo,
dividiendo la provincia
como está soñando hacerlo
el Diretor... que lo aguanto
el diablo, que yo no puedo sufrirlo, aunque por desdicha
hay más de cuatro Porteños
que, al interés miserable
de que les dé algunos pesos,
al mismo que los humilla
se le agachan hasta el suelo.
¡Qué tristura!

CEVALLOS: Mesmamente:
hay más de cuatro paisanos,
no sólo de aquella banda
sino también de este lado,
a los cuales les debemos
la situación en que estamos:
y no se puede decir
de que todos sean gauchos,
porque hay paisanos entre ellos
que presumen de letrados,
y con toda su experiencia,
y luego, viendo tan claro
las pretensiones de Urquiza,
se le recuestan... ¡Barajo!
de ningún modo, a esos hombres
no es posible disculparlos,
porque en cuanto pisó Urquiza
en Palermo, amostró el fallo,
y que lo dejaba atrás
a Rosas en lo tirano:
porque éste tiranizaba
a un pueblo que era contrario
a sus arbitrariedades,
y que lo andaba aguaitando
para darlo contra el suelo hasta que logró voltiarlo.
De balde el tal Diretor
presume de puro vano
que venció a don Juan Manuel

sólo él con los Entrerrianos
¡vea qué balandronada!
Aonde sabemos, paisano,
de que si Rosas cayó
fue porque lo abandonamos
los Porteños en Caseros:
cosa que hicimos pensando
que Urquiza nos cumpliría
las promesas del Programa,
que nos echó de Entre Ríos
cuando el 1º de mayo,
y con el cual por desgracia
logró el hombre engatusarnos,
de suerte y conformidá
que en Caseros le aflojamos,
que, sino, se hubiera vuelto
para su tierra mosquiando
por lo menos: y después
que allí le facilitamos
el triunfo, o la zapallada,
¿cómo se portó ese ñato
con el pueblo y la campaña
que lo recibió en sus brazos
y le hizo tantos cariños?
Oiga, voy a relatarlo.
Tras del humo de Caseros vino a Palermo bufando,
y al otro día no más
entró a matar a lo diablo
a los pobres prisioneros,
sin reparar el grado,
y haciendo tirar los muertos
de carnada a los caranchos:
y para aterrar al pueblo
que acudía voluntario
a ver al libertador,
y aplaudirlo y contemplarlo,
en la entrada de Palermo
ordenó poner colgados
a dos hombres infelices,
que después de afusilados

los suspendió en los ombuses,
hasta que de allí a pedazos
se cayeron de podridos
y los comieron los chanchos.
Luego... empezó a señalar
de salvajes Unitarios
de Porteños damadogos,
de Federales bellacos,
de Cordobeses piojosos,
de Gringos desvergonzados,
y a meter fuego y cizaña
entre todos los paisanos...
que de nombres y partidos
ya se habían olvidao.
Luego... en moneda atrapó trece millones del Banco,
y de a doscientos mil pesos
les largaba a sus ahijados,
como ese tal Tragaldaba
a quien le había aflojao
cincuenta mil antes de eso,
porque le andaba orejiando.
Entre tanto en los barriales
de Palermo, amontonaos
cuasi todos sin camisa,
estaban sus Entrerrianos
(como él dice) miserables,
comiendo terneros flacos,
y vendiendo las cacharpas
para pitar un cigarro:
mientras que su general
comía dulces y pavos;
y que a ciertos adulones,
que sólo iban a enredarlo,
les largaba de a cien mil
por antojo o voraciando.
En seguida a Buenos Aires
(que venía a libertarlo),
desde Palermo no más
ya comenzó a desplumarlo,
llevándose el armamento

de todo el Parque, y los barcos,
las balas y los cañones,
las músicas, los vistuarios,
la pólvora, las monturas,
las carretas, los caballos,
y por fin, como cautivos,
por no decir como esclavos,
setecientos infelices
de los morenos y pardos,
que a Calá fueron a dar
a servirle de soldaos...
Y luego con las Provincias
terminó por enredarnos:
diciendo, «que Buenos Aires
quiere tenerlas abajo,
y que le paguen tributos,
y que la Duana y... el diablo
no podría imaginarse
lo que Urquiza ha maquinado
para poner nuestra tierra
en el miserable estado
en que la vemos... ¡Ah, Cristo!
¡qué hombre tan rudo y tan malo!
cuando tuvo la ocasión
de calzársela en el mando
con el aprecio de todos
los Argentinos honrados,
que lo hubiésemos tenido
en las palmas de las manos,
toda vez que con la ley
nos hubiera gobernado,
no querer mandar así...
sino a su modo, a guascazos:
y ¿cómo hemos de sufrir,
no le parece, amigazo?

ALARCÓN: ¡Qué sufrirlo! que lo aguanten en su tierra o en sus pagos,
que en ésta ya concluyó
el poder de los tiranos.

CEVALLOS: Cabalito: pues, amigo,
voy a ver si voy al bajo
a buscar a la mujer
y trajinar un caballo,
y luego me volveré.

ALARCÓN: Pero no a pie, paisanazo:
velay tiene acá un apero
de los dos que tengo a mano;
tome, y como cosa suya
ensille y miente ese bayo,
y pégueme una tantiada:
verá un pingo soberano
para cuando necesite
meniar lata...

CEVALLOS: En ese caso
yo creo que la pereza
no me llegará hasta el brazo
de suerte que su cariño
no puedo menospreciarlo,
de forastero y a pie
como me encuentro, amigazo.

ALARCÓN: ¡Qué cariño! quitesé;
miente pronto y vaya al bajo
a buscar a la familia,
que yo aquí con un asado,
¡cosa linda! y vino duro,
a merendar los aguardo
y luego a la nohecita
con las hembras nos largamos
a bailar en un cantón
del comendante Obligado,
adonde los Nacionales
dan esta noche un fandango,
y allí, si baila el chotiso
su hija, lucirá su garbo;
y usté amanecer pudiera
con un yerno currutaco.

Porque en ese batallón
los mocitos son el diablo
y yo sé que adonde quiera,
desde el comendante abajo,
para el amor y pelear
toditos son como gallos.
En fin, ya va siendo tarde
y yo me siento delgao:
con que, a traír a su familia
lárguese, amigo Ceballos.

CEVALLOS: Muy bien, será hasta luego.

ALARCÓN: Hasta luego, paisano.

¡Era el ayudante fellonico!

Sobre una tumba florida,
a hombros de los Nacionales
y sus compañeros leales,
iba en la flor de su edá...

Un ITALIANO sin vida,
que parecía animoso
decir: «¡Así un valeroso
muere por la Libertá!»

Al señor jefe de polecía

Por la Virgen de Dolores,
patrón de la Polecía,
le suplico que algún día
apriete a los pescadores,
que están haciendo primores
diariamente en el Mercao,
habiéndolos licenciao
para que puedan pescar,
y no para trajinar
a este pueblo desgraciao.

Envite

Que recibí para el baile de los Guardias Nacionales del 1er batallón, el día 30 del mes pasao.

A don Aniceto el Gallo

Cantón de los Porteños crudos, a 30 de mayo de 1853.

Amigo y compañerazo:

Hoy hacemos un fandango
algo más de rigular,
pues le vamos a largar
flauta, violín y changango:
para la gente de rango
que cairá entre el porteñaje;
y habrá mate, y beberaje,
y Paro en que divertirse:
con que así, puede venirse
a quejársele al hembraje

Diálogo

Que tuvieron el otro día, después de una guerrilla en las avanzadas, dos garabineros guerrilleros nuestros, de la gente del comendante don Comosellama: pues como hay tantos comendantes, yo no los conozco a todos: pero es cierto que tuvieron este diálogo los soldaos de caballería José Vergara y Lucho Viñales. ¡Qué peines!

Esto no se echar panes al ñudo, porque así fue.

VIÑALES: Vaya, aparcerero Vergara,
¿qué hace que no desensilla?
ya lo vide en la guerrilla
floriarse en su malacara: ¡Mire que le han menudiao
esos brutos! ¿No es verdá?
¡si fue con termeridá:
vaya, a que lo han aujeriao!

VERGARA: ¿Diaónde, amigo, se afigura

que me pillaran turbao?
¿No ha visto que les he dao
a tres en la matadura?
Porque un terutero al cuhete
salió y me vino a toriar,
y en cuanto lo hice apartar
le cerré piernas al flete.
Lueguito, él me hizo los puntos,
pero cerquita me erró:
y ahí no más le dije yo,
¡contáte entre los dijuntos!
Ahi-juna! ¡si en la rompida,
cuando quiso disparar,
siete güeltas le hice dar
de una pechada fornida!
Ni fue preciso más que eso
para del todo aplastarlo,
pues conseguí desnucarlo
tronchándole hasta el pescuezo

VIÑALES: Mesmamente, lo hemos visto,
y cuasi, cuasi rompimos; pues en la guardia estuvimos,
hágase cargo, ¡ojo al Cristo!
Pero no quiso el teniente
que ninguno se cortara,
porque dijo: «con Vergara
para tres hay suficiente.»

VERGARA: Pues mire el diablo, así fue:
yo no sé diaonde salieron
otros dos que se vinieron,
y ya me los agaché:
que usted sentiría el ruido,
pues los dos me cerrajaron
y ni el pelo me tocaron,
tan solo sentí el chiflido;
y al que venía puntiando,
de balde me hizo gambetas,
le prendí por las paletas
y lo dejé pataliando.

Luego eché la tercerola
a la espalda en el momento,
y más ligero que el viento
amartillé la pistola,
que el último ya se me iba
pero al tiro lo alcancé,
y en cuanto me le atraqué
lo puse patas arriba.
De ahí agarré los fusiles
y a la avanzada volví,
y al teniente se los di:
¡qué teruteros tan viles!

VIÑALES: Ándese no más ufano,
que yo le he de preguntar
si así piensa retozar
de aquí a unos días, paisano,
cuando con sus doce mil,
que dice que tiene Urquiza,
nos venga a sacar la friza.

VERGARA: ¡Qué mecha para un candil!

Nº 5. Buenos Aires – Junio 22 de 1853

CABALLEROS:

Éste es el GALLO nº cinco y tarja: porque al fin, del reñidero aonde me metí he salido tan lucido como un zaino parejero, que pensó lucir su viveza bajo las caronas de un soldao terutero, el cual últimamente lo largó al pobre pingo en el bajo, aonde lo vide el otro día flaco, uñerudo y rabón; porque hasta la cola le habían comido las yeguas de pajuera. Por esta razón el Gallo, antes de quedarse enteramente desplumao y sin cola, dirá lo que decía un Andaluz:

Abur, Perico,
ahí te mando ese Gallo
que clava el pico.

Memorias de una audiencia de Sancho Panza

Ésta no es chanza

Gracias a Dios que me he sacao el lazo del compromiso, en que me puse con el noble auditorio de esta Capital Federal y capada al gusto y satisfaiación del señor don Sancho... me equivoqué: del señor don Justo quise decir, pero con el verso de la audiencia le atraqué don Sancho a Vuecelencia.

Pues, sí, señores: yo les ofrecí a los puebleros, por empeño de la mocita aquella del fandango, el que les escrebería cinco Gallos al mes, los mismos que he soltao, desiando agradar a todo bicho, y en la punta a mi amigazo el gacetero del Nacional, que me hizo el cariño de darme una música en su Gaceta para acreditarme con el Portañaje cuando yo solté mi primer Pollo.



EL SARGENTO ANICETO EL GALLO
En traje de Guardia Nacional de Caballería

Yo no sé si el amigo Nacional se dará por bien correspondido del Gallo, pero se me afigura que los caballeros alistaos a mi gaceta, ni naides podrá quejarse, diciendo que Aniceto anduvo lecheriando para escrebir los cinco Gallos prometidos al mes, desde que en el n° 1 les largué un Pollo de ley, y luego cuatro Jacas hasta la presente: y toda esta fatura por diez pesos que, en el día, de alfalfa se los almuerza cualquier Diputado del Congreso.

¡Ah, hombres tragones! Lo mismo que el Diretor: con sólo la diferencia de que entre todos los congresudos pueden tragárselo a Vuecelencia, pero don Sancho... ¡dale con don Sancho!... el Diretor solo, redemente se ha de tragar a todos los diputaos. ¡Qué buche!

De ahí resulta la grandísima afición que Vuecelencia lo tiene a la Gobernaduría de Buenos Aires, aonde hay tan buenos bocaos, particularmente pichoncitos; y por eso el hombre se lambe por venirse a gobernar en la Capital hasta las Conchas de un lao, y por el otro hasta la Ensenada: con arreglo a la capadura que de nuestra Provincia y por la Custitución de moquillo ha hecho el divino Congreso del Carcarañá para llenar los deseos del organicista.

¡Qué brutos son los que dicen
que la Virgen es la luna!
ansí son los congresudos
que sueñan la capadura.

¿Con que, nada menos que la Capital hasta las Conchas?... ¿Y la Ensenada? ¡Friolera! Y los gauchos porteños que tenemos a gala en ir a pasiar a nuestro Buenos Aires, ¿por qué nos quiere apartar? ¡Han visto! a la cuenta será para que V. E. se venga con su general Crespín y el gobernador Babas a retozar en la tierra de los generales porteños guapazos que peliaron noblemente por la gloria y grandeza de Buenos Aires; y que nunca sembraron choclos ni zapallos en nuestra provincia para venderlos ellos solos, y privarles ese recurso infeliz a los pobres paisanos, como los generales de aquel lao del Paraná. Vaya, vaya pues, no es nada el tamaño de la Capital que quiere para su recreo el señor don Sancho: ¡qué majadería!... el señor don Justo.

Entonces: si el hombre se acomoda en una capital de este trecho, el diablo que le dé palmada ni lo pille a tiro para merecerle una audiencia de aquellas que supo dar antes de hacerse Diretor, cuanto redepente se acomodó de Gobierno en las casas y en la misma silla del viejo Restaurador don Juan Manuel.

¡La pu...janza, el modo de dar audiencia que usaba el Diretor de Buenos Aires entre la porteñada! oigan cómo las daba; y esto es la verdad peladita.

Pues, señor: un día, allá por el mes de mayo del año pasao, como a las once de la mañana, desde Palermo, V. E. se largó de poncho, y llegó a la casa principal del Restaurador.

Se apió el hombre en la puerta, y de poncho no más, como por su casa, se coló echando plantas y sin mirarle a la cara a naides.

Al verlo entrar medio atufao, todo el mundo le sacó el cuerpo y el sombrero, y así que pasó el zaguán, atrás de él, pero en puntas de pieses, se largaron como sesenta pretendientes de todo pelo y edá, siguiéndole el rastro hasta el fondo del caserío, aonde trepamos todos por una escalera enroscada: y allí arriba Vuecelencia se entró a una sala con las paredes platiadas, y atrás de una mesa muy linda y muy grande había una silla lucida de pana colorada, en la cual el señor Director se sentó medio como envaretao y dijo que: ENTREN TODOS.

¡Ah, Cristo mío, si esa audiencia fue cosa de reírse y de llorar! Yo estaba medio cerca de la puerta, cuando a la voz de «ENTREN todos» atropellaron como unas quince viejas que me llevaron por delante hasta adentro, y entonces vide que Vuecelencia frunció el gesto al ver las veteranas; pero, así que comenzaron a entrar las muchachas, se alegró el señor Director y le bailaban los ojitos. Luego entró el machaje de todo tamaño, y otra güelta Vuecelencia se puso seriancón, y templando el pecho dijo: «siéntense.»

A la voz de siéntense, las mujeres, por ganar las sillas que estaban junto al señor Diretor, se amontonaron y se sentaron como jugando a la gata parida, siempre a vanguardia las más veteranas: entretanto las mozas se quedaron más atrasito, cosa que le desagradó al Diretudo. Luego los hombres nos quedamos en pie y formaos hasta de a cuatro de fondo, esperando que nos llegara la audiencia y sin resollar naides. Y yo atrás de todos sin pestañar.

Al fin me llamó la atención el oír que Vuecelencia le dijo a una señora de las más allegadas a la mesa:

-¿Qué quiero usted, señora? vamos a ver.

-Señor. Yo soy la infeliz viuda del coronel...

-Bueno: si es viuda, déjese de lástimas. ¿Qué se le ofrece?

-Señor: permítame Vuecelencia explicar...

-Está bueno: diga de una vez.

-Señor general: solicito algún socorro por cuenta de mi viudedá y en consideración a los servicios de mi finado... esposo, en la guerra de la Independencia.

-¡Umb!... ya salimos con la independencia: y ¿a quién le sirvió su marido?

-Señor general, mi esposo sirvió a la patria con los generales Belgrano y San Martín.

-¡Umb!... y, ¿aónde murió su marido?

-Señor: desgraciadamente en Montevideo.

-Y ¿a qué se fue a Montevideo?

-Emigró, señor, porque lo perseguía el general Rosas.

-¡Ésa es mentira, señora! El general Rosas no ha perseguido a naides. Y si su marido se fue a los Salvajes de Montevideo, para unirse a los Gringos, vaya usted a que la socorran en Montevideo... Entonces la pobre señora, tragándose la saliva, dio un suspiro, y se salió al tiempo que Vuecelencia le preguntó a un oficial porteño:

-Y usted, ¿qué anda queriendo? ¿ya viene por la oveja?

-Señor, vengo de necesidá a pedirle...

-¡Para tomar caña! ¿eh? lárguese, no embrome.

El oficial dio media güelta, y alzó moño con la cara larga, cuando otra señora con dos niñitas se acercó a Su Ecelencia, porque éste la llamó y le dijo:

-¿Qué busca usted con estas muchachitas?

-Excmo. Señor: vengo con ellas a implorar la clemencia de Vuecelencia, porque son güérfanas y desamparadas.

-¿Güérfanas? ¡hay tantas! y ¿cómo son güérfanas?

-Señor: porque el infeliz padre de estas niñas fue degollao en el año cuarenta, junto con el coronel Linche y otros desgraciaos...

-Bien hecho: por salvajes unitarios. Vaya con Dios, señora, no me venga con cuentos atrasaos.

Y la pobre señora se largó asustada, como sacando a la rastra a las muchachitas, que salieron abriendo tamaños ojos y chupándose el dedo.

-¿Y usted? (dirigiéndose a otra señora bizarrota): ¿qué quiere, señora?

-Señor: desearía hablar a Vuecelencia reservadamente, porque aquí hay tanta gente...

-Déjese de reserva; en mi audiencia no acostumbro tapujos, hable claro y pronto, ¿qué quiere?

-Pero, señor general; por lo menos permítame Vuecelencia hablarle despacio.

-¡Umb!... ¡qué misterio! bueno, hable como quiera.

-Señor (le dijo despacito), yo soy la viuda de fulano a quien Vuecelencia ha conocido.

-¡Ché! ¿usted es la mujer del salvaje unitario fulano, que se pasó a los Franceses de Montevideo para venir con los extranjeros y peliar a don Juan Manuel Rosas? Váyase, señora, y dé gracias a Dios de ser viuda, porque su marido en eso fue un pícaro traidor.

-¡Pero, señor! Mi marido entonces creyó justo hacer lo mismo que Vuecelencia ha hecho ahora, trayendo a los Brasileños para pelear con los Argentinos, y para voltiar a don Juan Ma...

-¡Cállese la boca, la salvajona!... ¡Venga uno y eche a la calle a esta desvergonzada! ¡habrase visto grandísima...!

Y la señora se salió muy fresca dejándolo a Vuecelencia caliente, a punto que con los ojos cuajaos de sangre le soltó una mirada a un mocito pueblero que estaba por delante de mí, al cual le preguntó el Diretor muy retobao:

-¿Y usted, mocito, qué quiere?

-Vengo, Exmo. Señor, en representación de las señoras propietarias de los terrenos en que Vuecelencia ha mandao establecer el campo de inválidos, y...

-¡Ah, grandísimo pícaro! ¡Tinterillo! mándese mudar a escrebir artículos demagogos en el Nacional. ¡Miren qué traza!- Y el mocito salió al trote con el rabo entre las piernas y riyéndose de miedo o de la audencia. ¡Qué barbaridá!

-¿Y usted? (a una federala): vamos a ver: ¿qué quiere?

-Señor: vengo por la razón de que yo hice una presentación para Vuecelencia, pidiéndole que por los atrasaos de mi dijunto, que murió en la banda del señor don Juan Manuel, peliando contra los salvajes en el sitio de Montevideo, el que se me pagaran esos atrasaos; pero como Vuecelencia le ha puesto a mi presentación: «Archívese», los escrebientes de abajo no me quieren largar ni la plata ni el papel.

-¿Y yo, qué tengo que hacer con lo que don Juan Manuel le debe a su marido, ni qué darle a usted por los atrasaos?

-¿Cómo no, señor? Si Vuecelencia mesmo le ha puesto la cosa de Archívese.

-Pues bien: si yo le he puesto esa cosa, mejor para usted. ¡Vaya con Dios!

-Pero, señor ¿y cómo he de hacer, si no me largan ni la plata ni el papel?

-Amuélese. ¿Ya sabe?

-Pero, señor: y ¿quién me paga entonces?

-Vaya a que le pague su agüela la tuerta.

Y la pobre federala salió mirándolo de medio lao a Vuecelencia y con la boca cerrada, pero inflando los cachetes como cuisito; a la cuenta lo iba pu...ti...ando al Diretor: que no se fijó en ella porque se dirigió a un jefe que allí estaba, con traza de veterano, y le dijo:

-¿Y ustedé quién es, y qué busca?

-Señor general, soy el comendante Tal que tengo 25 años de servicios a la patria, y que últimamente hice la campaña de Caseros en el ejército a las órdenes de Vuecelencia, y hasta ahora no he sido socorrido.

-¡Umb! fundillos caídos, ¿eh? Siempre pedigüeños: aguante, amigo, como aguantan los buenos federales servidores de la patria.

-Sí, señor: pero Vuecelencia no sufre lo que yo a la par de mi pobre familia.

-Cállese: no sea atrevido. Mándese mudar. ¿Oye? y, ¡cuidao! Al momento se salió el hombre con tres cuartas de narices y sin más replicar.

Luego el Diretor le preguntó a otra señora de ojos azules, pero madura:

-Vamos a ver a ustedé: ¿qué se le ofrece, señora? -Y ésta le habló bajito al Diretor, quien le atajó luego la palabra diciéndole:

-Eso no es verdad, señora: su marido, cuando fue gobernador, fue un traidor a la causa de la federación, y vendió su provincia a los Porteños; y los hijos de ustedé fueron unos malevos, que el uno anduvo haciendo diabluras con Lavalle y el manco Paz, hasta que el general Rosas lo agarró y lo mandó afusilar... en lo que hizo muy bien; porque así manda la ordenanza, que a los oficiales resertores los afusilen. Y a su otro hijo lo mató Fulano, en tal parte: bien empleao, por barullero; y últimamente toda su familia era y será salvaje unitaria. Con que así, vaya con Dios, que yo no puedo atender sino a los federales; y... vení, arrimate vos: (le dijo a un soldao militar), ¿qué querés?

-¿Quién? ¿yo, mi general?

-Sí, vos. Ya te conozco: sos de los pedigüeños de Gualagaychú, ladrones de caballos: y, ¿qué andás haciendo en el pueblo?

-Señor: esta mañana he salido recién del hospital, aonde he estao enfermo; y, como me veo tan atrasao de ropa, venía...

-¿Y dónde has echao la ropa que trajiste de Entre Ríos? o ¿no trabajaste allá para vestirme hacer la campaña?

-Sí, señor: allá vendí una yuntita de güeyes que tenía, y con eso me acangallé; pero, como me lastimaron en la acción de Caseros, se me perdieron las maletas con ropa y todo.

-¡Umb! y ¿cómo no has robao otras maletas?

-¿Cómo podía, pues, señor, estando lastimao? y luego en el ejército naidas puede trajinar: si no, Vucelencia los dijuntea a los vivos.

-Está bueno: andate no más; después platicaremos. Alléguese usté, paisana, le dijo en seguida a una medio moza que se le puso al frente y...

-¿qué trai? vamos a ver.

-Yo vengo, señor general, a pedirle justicia contra un barquero uropeo, que hizo un trato conmigo de unas carretas, que a nombre de Vucelencia me llevó para Entre Ríos, y ahora recién ha vuelto el barquero y no me quiere pagar, y por eso venía...

-¿No le paga? está bien empleao, para que no se meta a tratar otra vez con los gringos, habiendo tantos criollos con quien ajustarse.

-Pero, señor. ¿Cómo es eso de con los gringos? porque mi marido era gringo, y muy hombre de bien, y muy servidor en esta patria, sin hacerle trampas a naides; de suerte que yo...

-De suerte que, mándese mudar: ya le dije.

-¡Josús! ¡Josús de mi alma! ¡qué gente tan majadera! dijo luego una vieja de antiojos y traza de hurón que se vino arrimando a la mesa, y a la cual el señor Diretor le dijo:

-¿Diaónde sale? ¿Cómo está?

-Para servir a Vuecelencia, Exmo. Señor general.

-¿Qué anda haciendo?

-Ando, Exmo. Señor, en muchísimos trabajos: ¡sea todo por Dios! Esta mañana me vine a oír misa a San Francisco, para de allí cruzar a la botica del Inglés a comprar este frasco de espíritu de Léter, que es santa cosa para los accidentes; y luego vine al Mercao a tomar esta docena de güevos para hacerle remedios a la niña menorcita.

-¡Umb! ¿A cuál niña?

-A la de quince años, señor general, ¿no se acuerda Vuecelencia que le dio un ramito? Pues desde esa ocasión está la niña muy enfermita de una especie de pocondría, tan triste, que dicen los médicos que no se le quitará sino sacándola a pasiar, continuamente, y en coche, por esos recreos de Palermo.

-Pues bueno: cúrela y sáquela a pasiar por allá.

-¡Pues no la he de curar... madre mía y señora del Carmen! para asistirla estoy haciendo unos sacrificios...

-Hace bien, cuídela, cosa que sane pronto... y ya le digo, llévela a pasiar.

-¿Por Palermo, señor? y ¿cuándo?

-Cuando le dé la gana.

-Muy bien, Vuecelencia, la llevaré, así que se amejore, aunque tengo miedo que me la muerda, señor...

-Si ya no muerde Purvis: (97) gruñe no más; vaya sin miedo.

-¡Josús! yo le tiemblo al Purvis; pero con la siguranza que Vuecelencia me da, iré más animada.

-Está bueno: vaya con este hombre. -¡Venga, coronel!

-Señor.

-Vaya con esta señora; diga que le den una orden para que la remedien con quinientos pesos por lo pronto.

-¡Josús de mi alma! ¡qué ángel del cielo es este libertador! Dios lo conserve eternamente; dijo la santulona, rumbiando atrás del adecán para un rincón, aonde estaba la ofecina de los quinientos... Y fue el caso que después que entró el adecán, cuando iba a colarse la vieja, la atropelló un ternero (me pareció), y era el perro Purvis que venía al trote, arrastrando una guasca con una lazada en la punta. El mastín, apenas olfatió a Vuecelencia, cerca de la vieja no más, pegó un gruñido, y abriendo tamañas quijadas espantó fieramente a la veterana: la cual, queriendo juirle, metió una pata en la lazada del cabresto de Purvis que, al sentirse sujetao, en primer lugar, del tirón despatarró a la vieja y sobre el lazo se dio güelta, y le pegó una sacudida de mordiscones, revolcándola sobre el frasco y los güevos rotos que habían estao podridos.

Por último: mientras Vuecelencia se reía y mandó sacar a Purvis de encima de la vieja, el resto del auditorio salió despavorido, echando diablos, y yo en la punta: concluyendo la audencia de un modo espantoso por la aparición del famoso Purvis, rastreador y mordedor como el señor presidente NONATO de la Capital hasta las Conchas.

Cuatro preguntas

Que le hace al Director un granadero del 1er batallón de línea de Buenos Aires

Pero, dígame, señor:
¿qué hace en San José pintando,
después que echó la balaca
de que venía a tragarnos?

¿Cómo es eso, Diretudo?
¡qué! ¿trata de andar gauchando
por las orillas no más?
¡Vean qué andarse empacando!
entonces, ¿cómo presume
venir a diretoriarnos?
y si nos reímos al fin,
se ha de salir enojando.
Endurezca y atropelle,
mire que si anda lerdiano
puede que le rezonguemos
el día menos pensado,
y también que lo saquemos
hasta su tierra mosquiando.

¡Vaya, vaya! Y... digamé:
¿de muñoca, cómo andamos?
ya sabe que el porteñaje
está todo acostumbrao
a tener mucha moneda,
y a gastarla voraciando;
y asígn lo que me cuentan
los que se vienen pasaos,
Vuecelencia anda flacón,
o fingiéndose atrasao:
y siempre haciendo promesas
pero, yerba, ni tabaco...
no les da a esos infelices.
No sea, pues, tan ingrato;
lárquele a esa pobre gente
siquiera para cigarros,
que, a costa de ellos, bastante
Vuecelencia ha manotiao;
o al menos denos licencia
para medio remediarlos:
cosa que haremos a gusto,
porque al fin somos paisanos,
y «entre güeyes no hay cornadas;»
y luego por este lao,
a decirle la verdá,

no estamos tan desaviaos.
Pero, allá, sus teruteros
da compasión el mirarlos,
y en prueba de la evidencia,
atienda el siguiente caso:

A la Casa de Gobierno
fui el otro día buscando
cierta cosa, y al entrar
vi que estaba tiritando
el centinela en la puerta; y eso que estaba abrigao
con dos ponchos ¡superiores!
buena casaca de paño,
una gorra, ¡cosa linda!
pantalones y zapatos.

-Con que, yo le pregunté,
¿por qué tiritas, paisano?
y el mozo me contestó:

-Quite, amigo; si me ha dao
chucho de ver a ese pobre:
y me señaló un pasao
que acababa de llegar,
y allí estaba acurrucao
en un rincón del zaguán,
temblando como un pelao:
y esa misma tardecita
lo vi al pobre acangallao.

Infeliz! -Y ¿digamé,
señor Diretor. ¿Qué diablo
le ha hecho el coronel Pinedo
viniéndose con los barcos?
¿Cómo es eso que la escuadra
también se le ha resertao?
¿ya empieza el resfaladero?

Pues, señor, eso está MALO!
no se deje trajinar.

¡Qué! ¿no puede sujetarlos
ni con la Custitución?
¡Ah, criollos! ¡si son el diablo para eso de someterse
a un presidente guarango!
De balde por allá ajuera
lo andan algunos palmiando:
créame lo que le digo:
eso es para embozalarlo.
Ya le alvierto que lo engañan
los Porteños, y que al cabo
los de afuera y los de adentro
se han de unir para aventarlo
a la loma del Infierno;
pues todos, desengañados,
vemos ya que Vuecelencia
es también ¡FUNDILLOS CAÍDOS!
desde que no se nos viene
y nos larga un ¡VALE CUATRO!
¡juerte! a ver si nos asusta;
y estamos viendo, al contrario,
que allá en San José de Flores
se lo pasa cabuliando
con su recua de dotores
que lo siguen enredando:
que yo, en su lugar, patrón,
a todos esos bellacos
se los mandaba a Videla
o a Benítez amarraos,
para que estos los foguiasen
a la par de sus soldaos,
a costillas de los cuales
echan plantas esos diablos
congresudos enredistas.

Véalos si se han turbao
eligiendo a Buenos Aires
de capital, calculiando
venirse a la chupandina,
sin más riesgo ni trabajo
que estar tragando y bebiendo

y en las casas paroliando,
mientras pelean para ellas,
y se matan los paisanos
unos con otros. ¡Ahi-juna!
Nada, señor, de soldaos,
échelos a las guerrillas
a todos los diputaos,
como hacen acá en el Pueblo
con los más encopetaos.

Ahora, tocante a guerrillas,
creo que estará informao
que el otro día arronjó
el viento a la playa un barco,
al cual la Teruterada
se descolgó a trajinarlo
y que de acá el mayor Vila
con unos cuantos soldaos
salió de curiosidá,
pero como son tan guapos
los Teruteros, lueguito
a meter bulla empezaron;
y el comendante Villar,
al verlos alborotaos,
salió con los Correntinos
que siempre andan desganaos,
y al decirles... vamonós,
hasta en pelos se largaron,
y del primer repujón
¡a la gran... punta se arriaron
a todo el Teruteraje
que hacía bulla en el bajo.

Luego, por la Recoleta,
en la barranca asomaron
los infantes tamangudos,
de Vuecelencia, y ganaron
las quintas y las zoteas,
y a balazos se trenzaron
con los Guardias Nacionales

del comendante OBLIGADO,
sin que éstos les recularan
la pisada de un chimango.

Y por fin, mi batallón,
cuesta arriba al trote largo,
a bala y a bayoneta
a las casas nos trepamos,
y de allí hasta los corrales
como a burros los arriamos,
y nos reímos largamente
del ruido de los tamangos
que por los calcagüesales
iban los pobres largando.

Antes de eso la trepada
cuasi nos costó muy caro,
porque al cruzar un portillo
por aonde salió puntiando
mi comendante CONESA,
que va siempre adelantao,
allí, por el mesmo medio
de las orejas del blanco,
un Terutero alarife
le descargó un trabucazo,
que estornudó el comendante
con el humo del tabaco;
pero en seguida no más
le cerró piernas al blanco
y atropelló al Terutero...
¡que disparó echando diablos!

De ahí subimos a la torre,
y estuvimos repicando
a salú de Vuecelencia:
y por fin, al abajarnos,
un flaire de San Francisco
de gusto me soltó un pavo,
y yo al cura del Socorro
se lo largué de regalo,

por verlo tan guapetón,
que nos vino acompañando
junto con el sota cura,
que también de aficionao
se vino a la Recoleta,
y anduvo allí entreverao
dando vivas a la Patria
y alentando a los soldaos,
y sin llevar ni un facón
para algún lance apurao.
Con que, señor Diretor,
creo dejarlo informao de todo lo sucedido,
y también aconsejao
de que... ¡abra el ojo! no sea
que algún mal intencionao
lo traiga un día a la Plaza
con Purvis acollarao.

Al señor comendante de los españoles

Pero, dígame, señor:
¿Díaónde diablos ha sacao
esa gente tan guapaza?
¡la pujanza en el ganao
que es bravo hasta lo infinito!
y no van a punto errao,
porque es: ¡Tum! ¡y muerto al suelo!
¡Vayan a matar venaos,
que eso es ya barbaridá!
antiyer se han dijuntiao
como ochenta Teruteros;
y con ganas se han quedao,
pues se venían lambiendo
al retirarse embarraos:
así el Diretor con ellos
está tan incomodao,
que ayer dijo en San José,
fieramente retobao,
que todos los Españoles
han de ser desgarretaos.

Con que, ya se lo prevengo
para que anden con cuidao.
El Zurdo.

Boletín extraordinario de Aniceto el Gallo

LA ÚLTIMA A VUECELENCIA
Y...

Para que los de la Duana
DEL DIRETOR DON JUSTO
TOMEN A GUSTO
LA MAÑANA.

Dicen que ayer por Barracas
cierto Urquicista llegó
a un campamento, y sacó
ufano de la petaca
un cuaderno que leyó...

Pidiendo atención,
a la Porteñada
que allí de coplada
se juntó en montón:

Y al oír la Custitución
que entró a ler el Diputao,
el criollaje alborotao
a cantarle comenzó:
¡Cocorocó! ¡Cocorocó!

Entonces el Urquizano
quiso hablar en tono tierno,
pero se volvió un infierno
la reunión, y un paisano
que le arrebató el cuaderno...

¡Ésta es embrolla!
dijo en seguida;
y una sumida

le dio en la bolla...
Y el Porteñaje siguió:
¡Cocorocó! ¡Cocorocó!

Como flecha a San José
guasquió el Diputao aprisa,
y llegó con la camisa
sucia de... yo no sé qué
a presentársele a Urquiza:

Que de un rincón,
cuanto lo vio,
le preguntó
con aflicción:

¿Por qué trai tan mal olor?
dígame de sopetón,
¿tragan la Custitución
los Porteños? -Sí, señor:
hoy se han tragao un vapor
que tiene ese mesmo nombre
(contestó asustao el hombre),
y me han dicho allí a la cuadra,
que han hecho tantos empeños
que han logrado los Porteños
tragarnos ¡toda la escuadra!
y dicen con insolencia
allá y aquí esos canallas,
que han de tener las agallas
de tragarse a Vuceleñcia.
¡Por Dios, señor! no ande lerdo,
ni se atorulle por nada:
haya una cuerda ensebada
del macho aquel de su ACUERDO.

A este tiempo sacudió
las alas un gallo giro,
y el Diretor dio un suspiro
al sentir que le cantó:
¡Cocorocó! ¡Cocorocó!

Luego principió el choreo
del pobrecito don Justo,
quien mirando con disgusto,
para aonde estuvo el bocleo,
cuasi se ca...yó de susto;

Pues viendo el río
abandonao,
atribulao
dijo: ¡Dios mío!

Hoy mesmo a Gualeguaichú,
si de atrás no me bolean,
espero de que me vean
emplumar como ñandú.

Y el Diputao que escuchó
estas palabras tan tiernas,
con el rabo entre las piernas
también cantando salió:
¡Cocorocó! ¡Cocorocó!

Cielito de un Correntino

Voy a cantar este cielo
por una tonada extraña,
para que lo baile un cierto
diretor de media caña.

Allá va cielo y más cielo,
cielo por la Residencia;
háganme favor de hacerle
cancha para el Vuecelencia.

No hay duda: don Juan Manuel
mostró que tenía tino
al ponerle LOCO al ñato,
pues le acertó a lo divino.

Allá va cielo: ¡Rascate!
vaya mi cielo: ¡Mordete!
muchas memorias te manda
de cualquier parte Alderete.

Diz que ajuera el Diretor
le anda temiendo a la vela,
y otros dicen de que el mate
le anda jediendo a pajuela.

¡Ay, cielo! y dicen también,
no sé si será verdá,
de que ya no sabe el ñato
aónde queda el Paraná.

En Corrientes andan todos
con un susto, háganse cargo:
no los vaya a lastimar
como hizo en el Pago Largo.

Allá va cielo, mi cielo,
cielito, cielo, en la vida
no vas a crer, Diretor,
que Correntino te olvida.

¡Ah, Cristo! ¡quién lo topara
por ahí, por la Recoleta,
para atracarle una mora
a la raíz de la paleta!

Cielito, cielo, mi cielo.
¡ay, cielo del alma mía!
la Correntinada dice:
¡Cuándo llegará ese día!

A pesar que, si se ofrece
la ocasión, estamos viendo
que se le duerme al Rosin
y a dos laos sale muriendo.

Cielo mío, pero entonces
de balde ha de hacer cabriolas;
se escapará de mi corvo:
pero... ¡cuándo de mis bolas!

Al fin para el Diretor
echaré la despedida,
y hasta que yo me le afirme
Dios le conserve la vida.

Allá va el último cielo,
cielito de la esperanza:
¡ojalá para ese día
le pase mucho la panza!

Tapones por todos laos

Se suena de que, como el Diretor anda hoy por Palermo, olfatiando para los barcos de Guerra Uropeos, la Comendencia General de Marina está atariada haciéndole poner, con los mismos barcos que fueron de Vuecelencia, tapones por todos laos, desde Patagónica hasta San Nicolás y más allasito, y que los barcos van carpaos de choclos para los empleos de las duanas del Diretor, y llevándoles MEMORIAS DEL BOGLEO.

Nº 6. Buenos Aires – Julio 2 de 1853

Sí, señor: mucho me ha de hacer con su alesna

Así mesmo, me acuerdo de que, una ocasión, le decía empacao y medio encogiéndose un Porteñito achurador a un viejo Entrerriano, muy quebrallón y desollador de los corrales aonde lo amenazaba al criollito, como queriendo destriparlo con un cuchillo envenao y de hoja enteramente muy gastada...

Entonces, ya les digo: el Porteñito lo aguardaba empacao y como echando mano al alfajor, y cuando el viejo le quería prender hasta la

virola, el muchacho no hacía más que medio sacarle el cuerpo y decirle:
-Sí, señor: ¡mucho me ha de hacer con su alesna!

Con que, así le diré yo al señor Diretor, ahora que he sabido con siguranza de que está fieramente enojao conmigo, pues diz que en San José de Flores, días pasaos, Vuecelencia muy caliente le dijo a una moza de que, si me agarra (¡y que me agarraba!) me ha de hacer sacar una lonja cuando menos. ¡Cristo, qué riguridá! De modo...

Que si el Diretor me hostiga
en lonjiarme se encapricha,
encogerá la barriga
y le diré a lo Bachicha;
¡ma!... ¿qué quiere que te diga?

A pesar de que pudiera agarrarme, cuando Vuecelencia entre a Buenos Aires (y que entraba), porque yo no pienso juirle de la trinchera o de más ajuerita, y por allí no más tanto a mí como a todos los defensores de la ciudá, cuando el Diretor la atropelle (y que atropellaba), nos ha de encontrar ¡firmes como palo a pique!

Vaya, vaya: ¡eh! ¿con que, solamente apenas quiere desollarme? Pero, señor: ¿por qué está tan enojao conmigo? ¿Porque suelto al Gallo? ¿No decía Vuecelencia que en esta vida nada se le importaba de ningún gacetero del mundo? Ya se ve: como Vuecelencia es hombre tan acreditao (para el cuchillo) desde PAGO LARGO hasta VENCES, como desde la INDIA MUERTA hasta PALERMO, ¿qué mella le han de hacer con gacetas? aunque yo desconfío que el Gallo le hace muchas cosquillas, porque Aniceto les dice a los paisanos la verdá sin terminachos, y no se casa con naides: sin embargo de que los aprecoo a todos siguramente más que Vuecelencia, que ha venido a embrollarnos con su Custitución ñata, haciéndonos matar unos con otros. Si a lo menos y por último se volviera, señor, para su tierra a gobernar allá como le dé la gana, en ese caso, hasta yo me empeñaría para que lo largaran...

Y para este empeño no le parezca que al Gallo le faltan amigos de todas layas allá ajuera y acá adentro.

De veras: pues aunque Vucelencia presume de guapetón y ricacho, y de tener mucho partido, con todo, yo que sólo soy un triste gaucho, en cualquier parte le corro a más bien querido. Por eso le aconsejo que se largue de una vez a su cueva y nos deje a los Porteños arañarnos o acomodarnos: no sea porfiao. ¿A qué diablos está queriendo engañar todavía a los gauchos, después de lo atribulao que se encuentra con la raliada de la Escuadra?

Ya sabemos que Vucelencia les está haciendo decir a los paisanos, el que de acá los puebleros le andan mandando empeños para que les haga la paz, para dejarlo de Diretor custitucionudo de todas la Provincias, a fin de que en cuatro manotiadadas nos haga cueriar todas las vacas de la nuestra y algunos gauchos de yapa. ¡Oh! no embrome, patrón.

¿Diaónde se ha creído que los gauchos porteños son mulitas, ni que Vucelencia los ha de seguir engatusando con proclamas, y diciéndoles que no es nada el rempujón de la Escuadra, y que se aguanten como buenos federales, sin comer, sin medio y en pelota, hasta que Vucelencia haga la entrada? Págueles, señor Diretor, mire que los mozos de ajuera bien saben ya de que el Gobierno de la ciudá y todos los soldaos que la defienden, tanto los gauchos como los cajetillas, también son federales de ley; y que así como pelean parejito, lo mesmo comen bien todos los días, y andan abrigaditos con cacharpas lindas, en ancas de que, CADA SÁBADO, ¿oye Vucelencia? cada sábado, al salir el sol, desde el primerito hasta el último de los soldaos de la ciudá reciben en su cuartel ochenta y siete pesitos para los vicios. ¡Ve, señor! Así se trata a los soldaos federales; y no con proclamas y promesas de para la entrada. ¡Qué apunte!

Ya presumo de que Vucelencia me ha de hacer retrucar esta verdad, diciendo que este gobierno roba mucho, y por eso larga plata. Puede ser que así sea, aunque está en duda; pero, lo cierto es que si roba, roba para todos por parejo, lo que allá Vucelencia se está trajinando para su buche solamente todos los cuerambres y haciendas de la campaña, sin darle un rial a Cristo, como es su maña vieja: pues todavía me acuerdo de que a los soldaos porteños y federales de doce años de campañas, que trujo Vucelencia de la Banda Oriental a Entre Ríos, les dio apenas tres patacones a cada uno, y que Vucelencia se tragó todos los

cargamentos de pesos fuertes que le aflojó el Emperador para los soldaos federales.

Pues, así mesmo en el día, Vucelelencia y tres o cuatro de sus ahijaos se están tragando todas las haciendas y demás bienes de nuestra provincia, y en lugar de largarles algunos medios a sus soldaos, les arrima estaca cuando se ladean del campamento a calentarse por ahí, y les suelta proclamas y promesas de para cuando la entrada.

¿Qué entrada? ¿cuándo, y quién vendrá haciendo punta? ¿Vucelelencia? ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Ah, malhaya! dicen los Italianos lambiéndose por conocer al Diretor yesquerudo. Luego, si Vucelelencia no puntea en la entrada, ¿quién vendrá adelante? ¿Los paisanos? Vaya, señor Diretor, por Jesucristo le pido otra vez que no se haga el sarnoso, y que piense del mismo modo que piensan muchos de los Porteños que le andan al redor. Velay cómo:

En Buenos Aires hay ocho mil Guardias Nacionales, porteños cuasi todos y platudos en ancas de buenos mozos. Cada Guardia Nacional tiene tres o cuatro hermanas o primas, muchachas ¡cosa linda! y de yapa cada criollo de estos tiene allá ajuera algún pariente o pión de su completa amistá, y hasta de gauchiar juntos. Luego, cada muchacha tiene algún Urupeo y algunas tienen hasta cuatro o cinco, que a un tiempo les andan arrastrando la ala.

Muy bien: pues sí, señor; Vucelelencia quiere por fuerza entrarse a nillar a los Porteños y manosiar a las muchachas, y entonces ¿qué resultará? Claro está, los Nacionales peliarán por su cuenta y harán peliar a sus parientes de ajuera y de adentro; y luego las muchachas, las hermanas, y las parientas de los Nacionales les dicen a los Urupeos: ¡chúmbale a Urquiza!... y de lo demás hágase cargo, don Justo.

Cierto es que también Vucelelencia presume sujetar la reserción del paisanaje, diciéndoles que ya a entrar a la ciudá y a darles a todos por los atrasaos, en cuanto le lleguen los cotigentes de soldaos que le van a mandar de las provincias, y que con ellos entonces a la fija nos apretará a todos los Porteños.

¡Pues no, mi alma! Eso de los cotigentes, endeveras mete miedo.

Pero a propósito: escuche, le contaré lo que me pasó el otro día en una comilona que tuvimos con unos cuantos de los pasaos, que esa mañana se le raliaron de Palermo; porque no fallan a lo menos de a veinticinco diarios; y, si no lo cré, pregúnteselo al coronel don LAUREANO DÍAZ.

Pues, como le iba diciendo: como unos quince soldaos de los del pueblo, entreveraditos con algunos pasaos que también ya son soldaos de la ciudá y mozos platudos, nos largamos de humorada a voraciarse en la fonda; pues por acá los soldaos, cuando nos da la gana, comemos de fonda; porque para eso nos paga bien el Gobierno Federal de Buenos Aires, sin echarnos tantas proclamas.

En fin, en la fonda nos tiramos de pasteles, gallina con arroz, chicholos, y échele cuhetes, y vino superiorazo al gusto de cada cual. El caso fue, que, en medio de la jarana, no sé quién de la rueda dijo de que a Vuecelencia le estaban ya por llegar doscientos Mendocinos del cotigente, como Vuecelencia mesmito lo aseguraba. Al oír esto, saltó un corneta que estaba a mi lado medio pesadón, y después de bostezar largo, preguntó: ¿cuántos son los Mendocinos? ¿cuántos son los Mendocinos? ¿doscientos? Si no son más que esos (prosiguió), no le alcanzan al Diretor para el gasto diario de ocho días de pasaos. ¡Ahijuna, el corneta vivaracho! y yo creíba que estaba mamao: y vean cómo le sacó la cuenta en la punta de las uñas.

Mesmamente: el mozo dijo una verdá sin retruque, desde que se nos vienen tantos terutereros, que yo, señor Diretor, como sé que ya anda tan atrasao (de salud, se entiende), hasta maliceo que para de aquí a ocho días pudiera suceder que todos los congresudos y Vuecelencia en la punta se nos vengán pasaos: cosa que me alegraría muchísimo, y a pesar de que Vuecelencia anda desiendo sacarme el cuero, ya le prometo largarle un abrazo en el momento que se nos venga mansito, dejándose de la embrolla de los cotigentes y echando a los infiernos esa su Direturía de los pantanos de Miserere, y haciendo con su Constitución reculada lo mesmo que hizo el moreno ladino de mi amigo el imprentero.

Aguárdese: se me olvidaba, que le manda decir el coronel MUSIU DUTIL, que le dé Vuecelencia muchas memorias a la batería de la Convalecencia; a la cual, luego que la concluyan, dice Musiu Dutil que no le ha de hacer nada con los trucos que piensa atracarle por la media luna al vuelo. Y allá van coplas.

Cielito de la Vigía de Buenos Aires

Como se ve hasta SAN PEDRO
subiéndose a la CHISMOSA,
la otra mañana trepé
y vide allá... cierta cosa!

Mi cielo y de San Miguel,
de lo alto de la Vigía, medio cerquita se me hace
que a FLORES viché ese día.

Si el ojo no me engañó,
asiguro de que vi
otra cosa atrás de Flores
parecida a CAMUATÍ.

Cielito y del Paraná
debe ser por precisión
lechiguana, o cosa igual
para la Custitución.

Eché luego una visual
al rumbo del Baradero,
y vide patentemente
coloriando un avispero.

Cielito y la paisanada,
de esos laos, no tengo duda,
que al Diretor ya le han puesto
la custión fiero y peluda.

Tendí la vista más lejos,
¡ah, ojo claro! y alcancé
a ver una disparada
en el mesmo Santa Fe.

Mi cielo, y no fue ilusión,
corrían como baguales
una punta de morcillos

con traza de congresales.

Después extendí la vista
más allá de Tucumán,
y allí vi a los Urquizanos
en los apuros que están.

¡Ay, cielo! y de aquel ladito
vide claro a los Salteños
que lo aprietan a Gutiérrez,
de acá los Santiagueños.

Entonces bajé los ojos
hasta San José de Flores,
y como está tan cerquita,
¡ahí sí que vide primores!

Cielito, y creo excusao
el que le diga más nada,
sino que vi a Vuecelencia
con dos tercias de quijada.

Por fin, en Montevideo,
miré al clavar bien la vista...
patas arriba a un ministro
muy diablo y más Urquicista.

¡Ay, cielo! últimamente
vi al colmo de mi deseo
puesto en lugar de ese maula
a un Oriental que apreceo.

Diálogo

Que tuvieron hacen pocos días dos lanceros de los del valeroso
comendante Otamendi, Zenón Núñez y Jacinto Roca

ZENÓN: Con que, amigo, ¡voto alante!
¿cómo le ha ido esta mañana?
ya lo vide allá en sus glorias

floriándose... ¡la pujanza!
mire que es arrejador.
Ya se ve, con esos maulas
¡quién no retoza!

JACINTO: Es así:
porque está muy desganada
de tirarse con nosotros
toda esa Teruterada,
desde que la tiene Urquiza
enteramente aperriada:
y aunque hay algunos pintores,
todo eso no vale nada.

ZENÓN: Por eso será que a mí
me parece tan holgada
aonde quiera que se ofrece
pegarles una tantiada;
y como anda nuestra gente
tan lindamente montada,
y además andamos todos
rivalizando en la fama
del que atropella primero,
siempre me encuentro con ganas;
y en cuanto medio se ofrece,
ya lo ha visto, como gala
se me hace el cortarme solo,
y pegarle una sentada
al pingo entre todos ellos:
velay mi gloria.

JACINTO: ¡Bien haiga!
Pues yo también la otra tarde,
estando en una avanzada
se ofreció un lance, y, ¡qué Cristo!
hablé al oficial de guardia
y le pedí su permiso,
porque me sentí con ganas
de hacerles una pregunta.
Me soltó a la disparada,

y ya también largué el poncho,
salté al tiro, y cargué la arma:
y enderecé al galopito
rumbiando a lo de Balcarza,
por aonde topé a mi alférez
que venía en retirada
con unos catorce mozos
de divisa colorada:
¿no los vido?

JACINTO: Sí los vide:
fueron los de una avanzada
que enterita se pasó:
pero, ¡ah, gente desaviada!
tan completa es la miseria
que sufre la paisanada
sumida en esos barriales;
y luego, tan atrasada
como está de mancarrones,
porque ya la reyunada
ha espichao toda enterita,
con la flacura y la helada,
sigún cuentan ellos mismos;
y luego la caballada
que le dicen de reserva,
de flaca y de maltratada
no puede con la osamenta:
¡barbaridá!

ZENÓN :Y eso es nada; ayer yo entré a platicar
con un sargento pasao,
mozo gente y racional,
y vea lo que contaba
con toda formalidá:
dice, que desde el Azul
lo mandaron para acá
junto con los veteranos
que vinieron desde allá,
de los que hoy en estos pagos
no han quedao ni la mitá,

y que no se han ido todos
a la fecha, porque está
muy oprimida esa gente,
pues no dejan apartar
a naides del campamento
una cuadra más acá;
y luego que en el servicio
no los dejan resollar.
¿Y de miserias? ¡Ah, Cristo!
Pena me dio oírle contar
las hambrunas que padecen
y lo desnudos que están.
Y en ancas, diz que los tratan
con tanta riguridá,
que por la falta más chica
les arriman sin piedá
más estaca y más azotes
que flores tiene un cardal.

JACINTO: ¡La pujanza! de ese modo
¿quién diablos puede aguantar?
¡infelices! ya se ve,
sólo a fuerza de crueldá
pueden medio sujetarlos.

ZENÓN: Pues ansí mesmo se van
en tropillas de a sesenta,
sin que los pueda atajar
temor de ninguna laya,
cuando a los campos se van;
pero este mozo me dijo,
que la gran dirficultá
es hacer el arrejón
de venirse a la ciudá,
porque a todos los que pillan
viniéndose para acá,
al momento el Diretor
los manda beneficiar,
yéndoseles al pescuezo
como en los tiempos de atrás

pero usted sabe, aparcerero,
que empezándose a raliar
la gauchería, es de balde
el quererla sujetar.

En vano Urquiza se apura,
los criollos se han de escapar,
y por más que los oprima
se le han de venir no más,
como lo hacen.

JACINTO: Es verdá:
cada rato están cayendo
a presentarse en tropillas. Hoy tempranito vinieron
como unos veinte hechos tiras,
de rotos y de mugrientos,
los que ya están remediaos:
porque como acá el Gobierno apenas se le apresentan,
aunque algunos le haigan hecho
diabluras de cualquier laya
falsiándole en otro tiempo,
en el día no les hace
cargo ninguno por eso.
Al contrario, los auxilia
y los atiende lo mismo
que a los que desde el principio
se han aguantao en el pueblo.

ZENÓN: Mesmamente, así los trata,
y yo soy testigo de eso:
porque antiyer me mandaron
a la casa del Gobierno
de orden de mi comendante
para llevar unos pliegos,
y al entrar, el corredor reparé que estaba lleno
de los pasaos de ese día;
que allí estaban recibiendo
nada más que por lo pronto
cada uno trescientos pesos
y lueguito les rodearon
una porción de puebleros,

que entraron a platicarles,
hasta que salió uno de ellos
para la calle y volvió...
¡ah, mozo lindo! trayendo
una porción de moneda,
que en papelitos de a ciento
a cada mozo pasao
le largó uno, y por supuesto,
últimamente, esa tarde
me encontré con todos ellos
alegres: pero, paisano,
¡díaónde poder conocerlos!
Ya se ve, todos andaban
tan lucidos y compuestos,
de chaquetas y calzones
y botas y ponchos nuevos,
con plata y muy divertidos,
pasiándose por el pueblo.

JACINTO: ¡Lindamente! así me gusta
que traten a los paisanos;
y luego verá que todos
tocan a su desengaño, y el que no se venga al pueblo
se larga para su pago,
golpiándosele en la boca al Diretor entrerriano:
¿no le parece?

ZENÓN: Cabal.
En fin, me voy retirando
al cuartel, porque ya es tarde
y medio me va picando
un sueñito rigular:
¿si gusta mandarme en algo?

JACINTO: Cosa ninguna. Hasta luego.

ZENÓN: Hasta la vista, cuñado.

Enfermedá incurable del Diretor de la docena del flaire

Desdichadamente para la organizadura de la Confederación, con las humedades de pajuera, Vuecelencia, de quince días a esta parte, se encuentra tan apurao y enfermo de la barriga, que nada le para en el BUCHE: y lo han puesto en pior estado la descarga de purgas, vomitivos y lavativas que le han echao varios de sus jefes que fueron; y los cuales al fin le han sacao el cuerpo, porque ya Vuecelencia jiede a muerto. Velay los nombres de los que más lo han atrasao al organicista.

El coronel Pinedo, no sé qué le hizo desde Barracas, con lo cual el Diretor, de un solo pujo, largó toda la escuadrilla del Riachuelo.

El almirante Coe: éste le atracó con barbaridá a Musiú Larruá; y luego el Diretor, aunque medio atorándose, de golpe desembuchó toda la escuadra.

Luego de acá, el general PAZ, de lástima, y sin embargo de que en su vida nunca le dio una ración de afrecho al Diretor, no sé qué le recetó en esta ocasión, que don Justo José vomitó enterita la Isla de Martín García con todos los cañones y soldaos que allí estaban, y más tardecito una boleta grande que de Montevideo lo manda le mandaban a Vuecelencia, cargada de pólvora y balas, que tan escasas andan por San José de Flores:

¡infeliz!

¿Y el coronel don Laureano Díaz? éste sí que anoche lo ha tullido, atracándole a Vuecelencia una sangría que le hizo soltar lueguito toda la división Chivilcoy y trescientos caballos: y debe ser cierto, porque yo anoche estuve platicando con el coronel Díaz y le solté un abrazo; y esta mañana ya vide a los muchachos que andaban muy lucidos pasiendo entre los suyos.

Por último, se sabe positivamente, que por atrás del Diretor ya le andan con la jeringa cargada, para soplarle la última lavativa con ortigas de los campos del Norte, y en ésa... el organicista largará sin duda hasta las entrañas.

Pues, sin embargo de estos atrasos, Vucelelencia todavía hasta esta mañana contaba con los auxilios que podía darle un amigo muy ricachón que tiene en Montevideo, llamado don Samuel Lampalagua: el mismo que, cuando Vucelelencia andaba en el peral, lo acariciaba mucho, pero hoy, apenas ha sabido los atrasos del Diretor, por todo auxilio dicen que sólo le ha mandao para cada gaucho un libro de la Biblia, y eso, a cambalache de Biblia por Vaca. Y por todo alimento le aconseja que COMA GALLO.

Nº 7. Buenos Aires – Julio 12 de 1853

Al ruido de tanto cohete
y salva y musiquería,
y noticias y alegría,
y funciones que han habido...

El Gallo número SIETE
(con perdón del auditorio)
le soltaré al Diretorio,
hoy que está medio aturdido:

Y que bien puede a esa jaca
entrerriana, tan sonada,
con una púa tapada
salirle el Gallo a reñir;

Sin que sea una balaca
decir que en este revuelo
lo voy a dar contra el suelo,
y acabarlo de aturdir.

Con esta siguridá,
allá va el Gallo, señores,
para san José de Flores
aonde hay cierta confusión...

Por no sé que novedá,
de que se ven polvaderas
por atrás... otras frioleras

para la Custitución...

Antes de ayer domingo a las nueve de la noche, después que tocaron a silencio en mi cuartel, me puse a componer este Gallo junto al fogón, cuando sentí que las campanas de Santo Domingo tocaban agonía o rogativa, que es remedio emplumático o diplomático; y luego se me puso de que a esa misma hora algunos caballeros estarían rogando quizás por que salga de cuidao la Direturía: ¡Dios quiera! y para eso le he compuesto el siguiente argumento ensilgao, trinao y aterminachao:

ATENCIÓN

Para que se diviertan los diputaos congresudos menos uno
-el Sr. Dr. Zuviria (¡y que no subía y que no entendía!)

Amarguísima, apretadísima y tristísima debe serles esta gaceta, tanto al titulao, empantanao y atribulao Diretor, organizador y manotador, como a la pandilla de polilla que acaudilla sin concencia Vuecelencia... y tenga pacencia; porque yo en la ocasión presente, lo único que puedo hacer en alivio de su amargura, tristura y apretura, es largarle con suavidad, velay el número SIETE DEL GALLO, sin más intención que la de, atracarle a Vuecelencia, por el mismo número, siete palabras las más tuperolíticas (¿entiende?) de una sentencia inicutable (¿oye?) y macacuna, que dice en siete voces por la estamborlonga esta trupefática verdá... que a la vuelta va:

¡Justo José, el último mono se ahuga!

¡La pujanza en la letra que dice poco y fiero! Y yo en ancas dígole, que la tal sentencia le cai al señor Diretudo, tanto al lomo como al pelo, y que se me hace muy razonable la comparancia entre un mono y don Justo, que anda presentemente arrerepresentando el último gauchi-macaco, altanero, fullero y balaquero, que en estos tiempos todavía pretende embozalar, estaquiar, y tiranizar a la paisanada, tan baquetiada, arruinada y desengañada, y particularmente a los Porteños; a quienes se nos ha dejao cair el Diretor Bambolla de Mogolla o de Nogoyá, echándola de autoridá costitucionuda, colmilluda y peluda, y, al fin, saliéndonos con todas esas gollorías antiguallas a la cola de todos los diablos gauchi-albitrarios, que nos han aniquilao a guerras y pependencias al ñudo; desde el malevo su paisano Ramírez el mentao hasta el gran veterano Restaurador reculao.

Pues, sí, señor: sin la menor duda, el tal Director de Mogolla es el último mono melitar de la recua, que ha salido a la cola de todos los de sus mañas, y como tal, por el destino que reza la sentencia de las siete palabras, velay que ya está Vuecelencia acorralao, trajinao y apichonao entre las chacras de la orilla, hasta que, si quiere juir, se ahugue ahí no más por la cañada de las Conchas, si antes no forcejea y se entra a Buenos Aires atrás de la yeguada que piensa largarnos de vanguardia.

¡Ahi-juna el salvaje unitario entrerriano! ¡Si será táutico y escuadronicista, y maniobrista, y cabulista! Véanlo cómo se nos quiere venir por atrás de las yeguas. -¡Valiente! hacerse el bagual un general tan gamonal y custitucional. ¡Qué barbaridá! y tanto como se reíba el Diretor de las cábulas de su amigo Alderete.

Vaya, vaya. Eso es broma, pues con todo su plan de atacamiento y atropellamiento, es el cuento que el general Yeguarizo se está frunciendo seguido, después del grandísimo guascazo y atraso o chaguarazo que ha sufrido su organizadura, y la capadura y la jura de su Custitución, y sus cotigentes; por los cotigentes que de atrás le está trajinando y desenvainando el señor general Flores.

¡Ah, Porteño superiorazo, como todos sus compañeros! Vaya unos mozos... lerdos; como los señores menestriles del Gobierno de Buenos Aires:

¡Mirá qué gloria!
echarle al Diretor
un pial por noria.

¿No es verdá, señor don Justo? Pero... ¡qué Cristo! Vuecelencia es un duro en cualquier apuro, y de siguro:

Por atrás de la yeguada
se nos viene cola alzada,
y acá... no lo hacemos nada!

Pero, escúcheme, señor: no quisiera verlo apeligrar, y por eso le aconsejo que se acuerde de su finao hermano el señor don Juan José. ¡Ah, hombre cristiano aquél! siempre tengo presente cómo le decía,

apenas Vucelencia llegó a Palermo, y comenzó a manotiar y relinchar, y bellaquiar.

¿Se acuerda? El hombre le decía; -«Justo, hermanito, volvete a tu tierra; no te metás a organicista de los Porteños, porque sos muy tupido, y acá en Buenos Aires no te han de aguantar tus barbaridades.

Volvete, Justo a tu tierra, porque, sino, te van a trajinar los Porteños. Mesmamente, lo aconsejaba lindo: y yo siento no poderlo aconsejar lo mismo, porque ya es tarde, y ahora la cosa de volverse a Entre Ríos está peliaguda; por eso sólo le aconsejaré que se deje de pensar en las yeguas, ni en andar haciéndose el murciégalo para tirar cañonazos a oscuras de allá de entre los cercos; porque ¿a quién piensa matar de ese modo? ¿a las viejas o las criaturas? ¡Infelices! ¿A las Porteñas? ¡Diaónde! siendo Vucelencia tan aficionao a las buenas mozas. ¿A los Guardias Nacionales gauchos y cajetillas? ¡Uh! para eso véngase clarito, al amanecer, si quiere morder, aunque lo hagan per...der el rumbo; sin embargo que lo mejor que puede hacer es venirse pasao y mansito, como le dije en el Gallo número sexto. ¿No le gusta lo del sexto? ¿A que sí? ¡Cómo no! pues si le agradó y quiere entrar suelto a la ciudad, haga lo siguiente...

Como en aquel memorable 19 de febrero... (¿se acuerda?) Miente en un pingo escarciador y que haga sonar mucho el coscojo. Pero antes, póngase las botas con borlas: luego la casaca chapiada, y encima acomódese aquel VERICÚ de raso colorao, que tenía un plato de metal amarillo en las puntas y que le venía golpiándole en los cuadriles, ¡ah, cosa! y luego el sombrero gachón; y atufao, sin saludar a naides, se cuela por la calle del Perú, que, si no le echa flores alguna moza, le echará otra cosa más olorosa: pero, como es hombre indiferente a todo, no haga caso, aunque los criollos le griten por la estamborlonga:

¡Justo José, el último mono se ahuga!

Carta

Que le ha escribido, al momento de desembarcarse en la Costa del Norte, el porteño José Palma, soldao del ejército del señor general Flores, a su mujer Trinidad Leiva, que se halla en Buenos Aires.

¡Viva la Patria!

Costa del Norte, a 4 de julio de 1853.

A doña Trinidad Leiva.

Muy de priesa y almario
del maldito movimiento
de la boleta, al momento
de haberme desembarcao:

Desiando saber de vos,
lueguito, mi Trinidad,
con salú y felicidad
te escribo, gracias a Dios...

Después de andar almigrao
por esa Banda Oriental,
junto con mi general,
sin ladiarme de su lao...

Hasta hoy que vuelvo a mi tierra,
con el mesmísimo empeño
con que el gauchaje porteño
está cayendo a una encierra,

En la cual la paisanada,
y en la punta el viejo FLORES,
como siempre hará primores
si se ofrece una voltiada.

Pero, chinita, ¡qué frío
está haciendo tan cruelazo!
y escrebirte a campo raso
hacete cargo, bien mío.

Pues, así mesmo contento
sacudo el poncho y la helada,
y todo se me hace nada
a fin de lograr mi intento:

Que es traírte con mis hijitos
a mi pago desolao,
pues ni yeguas han dejao
los Urquizanos malditos;

Y ver mi tierra salvada
como el criollaje desea,
sin consentir el que sea
la Provincia retaciada

Por un gaucho forastero
que nos quiere avasallar;
el mesmo que ha de largar
en estos pagos el cuero.

Él no sabe la empalmada
que FLORES le ha estao armando,
y ya se la va largando
como quien no le hace nada.

Pero es tal, y de manera,
que le ha de causar sudores
a don Justo, en cuanto FLORES
le meta la Lujanera.

Más vale que al Diretor,
ahí no más por Maldonao,
lo dejen solo y plantao
como poste rascador.

Porque si la Entrerrianada
piensa medio endurecer,
nadita le hemos de hacer
en la primera topada.

¡Pero, qué! no te aflijás:
ya al Diretor los paisanos
y sus mesmos Entrerrianos
lo maldicen a cual más;

Y no han de querer de pavos
hacer en pagos extraños,
tras de una máquina de años
que los trata como a esclavos...

Ese Urquiza, que pudiera
acordarse alguna vez,
de que últimamente no es
más gaucho que otro cualquiera;

Y que con toda su facha
y su altivez y rigores,
hoy los milicos de Flores
le han de limpiar la caracha.

Con que ansí, china, repito,
por mí no tengás cuidao,
que estoy bien acacharpao
y de nada necesito...

Sino de darte un abrazo
cosa de que relinchés
de gusto al verme, tal vez
de aquí a unos días, si acaso.

Últimamente, ya ves
que en papelitos de a cien
te mando quince, mi bien,
con los mismos que podés.

En el pueblo hacer primores,
y comprar prendas de rango,
y luego hacer un fandango
a salú del CRIOLLO FLORES,

Nuestro general querido,
quien lo ha de sumir la bolla
al Diretor de Mogolla
que ya está cuasi tullido.

Después, a los defensores
del pueblo me les dirás,
que ya andamos por atrás
de Urquiza... los boliadores;

Y que al fin, si a estos lugares
lo hacen juir en un apuro,
sólo yo, les asiguro,
que le prenderé DOS PARES.

Con que, china, espero en Dios
que nos veremos prontito:
mientras tanto te remito
mi corazón para vos;

Y a mi suegra y a mi suegro
les darás un par de abrazos,
pues ya sé que están buenazos,
de lo que mucho me alegro.

Y por fin, china de mi alma,
cuidame a los muchachitos,
y dales muchos besitos
por tu gaucho... José Palma.

La última vichada y despedida del Diretor

Otra vez a la vigía
hoy de mañana trepé,
y a don Justo lo viché
liando a la juria el recaó;

Y que a un negro le decía:
«date priesa, por favor,
que me largo a ese vapor,
que está en Palermo fondiao.»

Y a ese tiempo le llegó
de Entre Ríos un paisano,
que le entregó en propia mano

un envoltorio en papel:

El cual lo desenvolvió
don Justo con impacencia,
y se encontró Vuelencia
nada menos que ¡UN CORDEL!

«¡Cómo es esto! dijo el hombre
¡Es posible que los míos,
los mismos del Entre Ríos,
también me quieran horcar!»

«¡Cabal, señor! no se asombre,
dijo un cabeza melada;
se empeña la Entrerrianada
en hacerlo pataliar.»

«Y hasta a mí, en la situación,
viéndolo tan cuesta abajo,
no me sería trabajo,
sino todo lo contrario:»

«Le atracaría un tirón
por ñato, por revoltoso,
por bruto, por ambicioso,
y por ¡salvaje unitario!»

«¡Ahi... juna! le dijo Urquiza
¿vos también eso decís?»
y va le soltó a Purvis
que al melao se le prendió.

Y en seguida a toda prisa
con unos calzones raídos
el ñato, fundillos caídos,
para el bajo atropelló;

Y atrás de él su perro bayo,
que, no hallando en el camino
a quien morder el indino,

quiso prendérsele a un GALLO,
que le cantó:
¡Cocorocó! ¡Cocorocó!

Y le dio tal convulsión,
en el bajo, al triste Urquiza,
que recibió a toda prisa
apenas la SANTA UNCIÓN!

Nº 8. Buenos Aires – Julio 23 de 1853

Memorias de un PAYADOR y del Organizador

Puede ser tan vanidoso
cuanto el hombre quiera ser:
pero no es bueno decir,
de esta agua no he de beber.
Y en este mundo engañoso
cuando el hombre menos piensa,
otro le hace un beneficio
en pago de alguna ofensa.

Evidentemente, así sucede en la vida: y en estos últimos días toda la paisanada, si no ha visto, a lo menos ha oído las mentas de la juida espantable que el fantástico y fino Diretor pegó asustao desde su campamento, atropellando los pantanos hasta caír al río, aonde se azotó a la agua ensillao y embarrao, y, a juerza de zambullidas, a la madrugada consiguió embocarse en una chalana o qué sé yo.

¡Óiganle al duro y se duebla! Pues bueno; y supuesto que todos sabemos también que don Justo el juidor no se hubiera escapao, a no ser por los grandísimos favores que le han hecho hasta sacarlo medio a la cincha los Sres. Cipotenciarios Uropeos: cosa que endeveras me ha gustao, porque esos caballeros uropeos, en otros tiempos aciagos para los Argentinos, también en sus mismos barcos amparaban a muchísimos paisanos y los salvaban de que la Mashorca (con perdón de la infusión) les tocara la Refalosa, y porque yo también, viéndolo apurao, no digo a cualquier paisano infeliz, al mesmo Diretor lo hubiera alzao en ancas. Sí, señor: y digo lo que siento.

Con todo: al reflexionar lo favorecido que se ha encontrao Vuecelencia por los caballeros Naciones, se me apresenta un cabe muy lindo para hacerle al triste Diretor un recuerdo de cierto caso, muy al caso y acorde con la primer copla de este Gallo nº 8.

Y mucho me alegraría que con esta lecioncita, tanto el vanidoso don Justo, como otros tantos ambiciosos y soberbios, medio se arrosinen siquiera en vista de los vaivienes del mundo y de la fortuna.

Dígole, pues, al auditorio, y digo la verdá: que, allá a fines del mes de julio del año cincuenta y uno cuando invadió don Justo José a la Banda Oriental, aonde se le hacía el campo orégano, como que se iba a la fija con una reserva de diez y seis mil soldaos brasileros, y dos mil correntinos superiorazos, contando en ancas también con la mitá de todos los Orientales, y de yapa con las tropas porteñas que estaban con Oribe aburridas de éste y más aburridas de don Juan Manuel Rosas; entonces, pues, el balaquero bravo Diretor, en cuanto atravesó el Uruguay y que se le pasó el general Servando Gómez con todos los Orientales, don Justo, viéndolo a Oribe en el refaladero, se le fue encima media al galope con la vanguardia entrerriana, y a pesar de que era en lo más riguroso del invierno, la vanguardia pegaba unas trasnochadas de mi flor, sin oler carne ni tabaco a veces hasta en cuatro días.

Es de alvertir que Vuecelencia, como siempre es tan mansito para soltar órdenes, apenas atravesó el Uruguay, de la costa de Paisandú no más, ya largó una orden de palabra, privando bajo pena de la vida el que naides pudiera vender aguardiente, y ¡cuidadito!

Pero, como el general entrerriano se iba sobre el peral, ¡ahi-juna! en cada trotiada avanzaba diez leguas, de suerte que, aonde acampábamos, el vecindario no podía saber las órdenes que don Justo José había largao diez leguas a retaguardia, y mucho menos cuando la vanguardia entrerriana regularmente ocupaba algunas veces ciertos campamentos, luegoito que los abandonaban los soldaos de Oribe.

Pues bien: un día, ahora no me acuerdo fijamente del día ni del nombre del paraje aonde sucedió el caso arriba prometido, que fue así como sigue.

A poco rato de acamparse la vanguardia, sucedió que estaba Vucelencia junto a su carpa, cuando alcanzó a ver a un tape, soldado de su escolta, el cual venía a pie medio ladiándose; apenas don Justo José le echó el ojo, ya se atufó y mandó que le trujieran al pobre tape, el cual, a la voz de «el general te llama», cabrestió todo achuchao y encogido, y sacándose luego el sombrero lo llevaba agarrao con las dos manos como apretándose el ombligo, y como hacía muchísimo frío tenía atadas las carretillas con un pañuelito viejo. Así fue como se le presentó el soldado a Vucelencia, que al instante le dijo colérico:

-Sacate ese pañuelo de la cara, lechiguanero.

-Velay, señor, me lo saco.

-¿De dónde venís?

-Vengo de allisito, mi general.

-¿De dónde? decime pronto.

-Velay, señor, de esa casa que está en la cuchilla.

-¿Y por qué te has apartao del campamento? ¿no sabés, hijuna gran p... cómo se sirve conmigo?

-Sí, señor, mi general: pero la verdá, me arrimé a las casas... de hambre y por ver si trajinaba...

-¡Umb!... ahora yo te haré trajinar y que se te quite el hambre, ¿Por qué no has comido, borrachón?...

-Pero ¿el qué, señor? si al cruzar el río Negro se me cayó en la agua una tumbita que traíba a los tientos, lo que se me mojaron; esto hace ya cuatro días, y como no hemos vuelto a carnar...

-¿Y qué has comido ayer?

-Nada, señor: antes de ayer sí, de mañanita me allegué a la carpa del mayor Gómez que estaba junto con el coronel Fausto, y allí me comí dos

velas de sebo, lo mesmo que el mayor se comió cuatro y otras cuatro el coronel Fausto.

-Callate, ladronazo mentiroso: ¿cómo no has hallao qué churrasquiar, y has encontrao cómo emborracharte?

-Si no estoy en pedo, señor, sino medio templadito, y eso... porque sentía tantísimo frío, que...

-¡Umb!... ahora te haré quitar el frío y la tranca; pero decime, ¿díaónde has sacao qué chupar?

-Señor, como llegué a las casas y no había nada más que comprar, gasté un rialito de anís, que me vendió...

-Que te vendió ¿quién? Andate ahora mesmo con estos otros maulas, y tráime acá al que te vendió aguardiente.

-Sí, señor: a la juria.

Lueguito no más salió el tape con otros tres soldaos de la escolta, rumbiando para las casas, díaonde al ratito volvieron trayendo medio al trote al pulpero, que era Nación, medio bozalón en castilla; quien además llegó enteramente asustao a presencia del Diretudo, mucho más cuando lo vio con casaca entorchada y con el sombrero echao sobre los ojos, que le relumbraban como ascuas, y con las narices hinchadas de puro guapetón. Al recibir al pulpero díjole a gritos:

-¿Quién es usted? diga pronto.

-Yo sui francés, musiú le general: a votre servicio,

-¡Umb!... acá no estás en Francia: y yo no necesito servicios de gringo ninguno.

-Güi, musiú le general.

-Déjese de musiú: hable en castilla: ¿qué anda haciendo por acá?

-Bien, musiú: yo está la pulperrí que tiene la casa sur la cuchille.

-¡Umb!... yo te daré musió cuchill, pícaro gringo.

-Pardone moa, musió le general, yo no comprán.

-¡Perdón! respuesta: ¿por qué me ha hecho mamar a este tapo saltador?

-Yo no comprán pas, yo sui francés.

-Yo no le pregunto si le ha compraó pan francés, sino ¿por qué le ha vendido aguardiente a este soldao borrachón?

-Bien: a present, yo antiend poquit: le soldat ma achetá et yo lui vendu...

-¡Ah, pícaro tape! (al soldao) ¿con que vos le has sacao un machete a este otro diablo para que te vendiera a la juerza?

-¡Diaónde, señor! yo no le he sacao nada al hombre; sino que me desprendí el cuchillo para sacar un rial que traíba entre la vaina, y con ése le pagué el anís: ¿no es verdad, patrón?

-Y entonces, vos, pícaro carcamán, ¿a qué venís mintiendo con que te han sacao machete?

-Maintenant, dijo el Francés, abriendo tamaños ojos, yo no comprán pas, parce...

-¡Qué mi teniente ni qué aparcerero! echate al suelo: y vos, tape borracho, degollalo aquí mesmo a este gringo, para que sus paisanos apriendan a respetar mis órdenes.

Como al vuelo desenvainó el tape un alfajor de dos tercias, y con la zurda quiso echarle la garra al Francés, que en cuanto conoció el peligro, todo atribulao y llorando (repito que esto es verdá), se tiró al suelo, y se le prendió de las patas pidiéndole clemencia al Diretudo. Al mesmo tiempo el mastín Purvis también se le afirmó en un costao al afligido musió, y del primer tarascón le arrancó media chapona con camisa y todo, y de yapa una lonja del sobre costillar.

Entre tanto, el tape y otro soldao más a tirones querían despegar al Francés del lao del Diretudo; pero, para eso era menester arrastrarlos a los dos, porque el Francés ni por los diablos lo largaba, hasta que, en fin, a la cuenta el general, temiendo que el Francés desesperao lo mordiera, les mandó a los soldaos que se retiraran, al mesmo tiempo que el infeliz pulpero, rendido de luchar por la vida y baño en sangre y sudor, quedó medio desmayao a los pies de don Justo José; quien apenas se vio libre de los brazos del pobre musíú, dándole una patada despreciable (¿se acuerda, señor custitucionero?) le dijo estas cariñosas palabras: «¡levántate, gringo de m... flojonazo!» ...y luego, dirigiéndose en rueda a muchos jefes que allí se juntaron a la bullanga, les dijo también el Diretudo: «velay tienen un diseño en este gringo trompeta de lo que son de guapos todos esos Franceses mentaos de paisanos de Napolión!... Sáquenlo de mi presencia, y suéntenlo, que se vaya a la gran p... que lo p...» ¡Ah, general guapo!

Lueguito sacaron de allí a la rastra al pobre Francés, el cual, esa mesma noche, así mesmo todo estropiao y mordido, echó a juir campo ajuera, y al otro día me asiguran que amaneció de aquel lao del Yaguarón en la costa de Portugal, como a sesenta leguas de la cuchilla, aonde dejo abandonada la pulpería, para tener que acordarse toda su vida del Guásinton de la América del Sur.

Ahora, díganme, paisanos: ¿se podrá presumir que un hombre tan cruel y soberbio como se mostró don Justo en esa ocasión, llegando a titularse el Diretudo de la docena del flaire, y teniendo a su mando escuadras, y ejércitos y cotigentes, saliera de San José de Flores disfrazao de tahunero y juyendo asustao por cuatro gritos: y echándose por fin en brazos de los Urupeos, y muy particularmente en los de los paisanos del famoso Napolión?... ¡La pu...rísima en el caráuter!

En fin: Dios lo ayude en su tierra, si lo dejan ganar a Montiel, diaonde ya el hombre no debe volver a salir a los campos en toda su vida; porque si yo me viera en su situación, antes quisiera ser perro cimarrón o montaraz, y no que por ahí salieran los paisanos equivocándome con el Diretor ESPANTADIZO.

Ésta es la causa de los que hicieron, hacen o harán bien y mal por lo atrasao y lo actual.

Primeramente: hacen mal los que le piden al Gallo que cante así o asao, porque Aniceto es gaucho independiente, y no canta al gusto de naides, sino al son de la Libertá y por la LEY asigún la comprende; y no palmea ni afloja a los gordos, pues el Gallo en toda su vida sólo ha comido de lo que ha sabido escarbar trabajando, y no a costa de los gobernantes ni de los gobernaos, de quienes sólo precisa que lo hagan respetar como a gaucho bien portao.

Eso sí: muy bien hace el Gallo en confesar que las pocas plumas que le han quedao, después de la tremolina, se las debe a la Guardia Nacional; porque, si no, lo hubieran desplumao cuantúa: y todavía ¡quién sabe! Aunque ya no es tan fácil.

Los paisanos de pajuera hicieron mal, y pior lo harán si otra güelta salieran cabrestíandole a cualquier diablo revolucionario de esos que salen redepente a rejuntar gauchos como animales, para traírlos y hacerlos peliar con los puebleros, que son tan gauchos como los de pajuera, y al fin paisanos, y aparceros y parientes unos de otros: mientras que los revoltosos que arman las pendencias sacan el cuerpo a las balas, y sólo se ocupan de cueriar todas las haciendas y de tragarles por cuatro riales las sementeras de los pobres gauchos. Así pues, en adelante hará muy bien cualquier paisano, de prenderle hasta la virola al primero que fuese a tantiarlo para armar otra revolución.

Además, harán muy lindamente los paisanos en no creer ya en opiniones, ni en que naides todavía tenga partido en esta Provincia, a no ser el gobierno que se calce POR LA LEY, a quienes los puebleros y los campuzanos debemos obedecer; y raírnos de las fantasías de algunos maulas ladronazos que rodaron fieramente junto con el Restaurador viejo, y todavía andan echándola de príncipes destronaos, cizañando y revolviendo, ganosos de volver a dominar a los paisanos a cuchillo y estaca, como los trataba en Palermo y los Santos Lugares cierto PAJARRACO fantástico, que ahora, fresquito, ha manotiao bastante y que antes era uña y carne con el tigre de los 20 años!

Por último: más que bruto debe ser el gaucho porteño que se someta a la esclavitú de naides, en nuestra tierra, aonde para agenciar cuatro

pesos no falta en los campos muchísimo en qué trabajar, y hay tanta nutria que cueriar y tantísimas mulitas y perdices que comer, sin robarle un güevo a naides: y por fin, el paisano más lerdo sabe jugar mal al truco, y ocuparse en eso es más razonable que hacerse matar al ñudo, mucho más cuando cualesquiera paisano bien portao vale lo mismo que un rey -por la razón y la ley. -Adelante.

Harán muy mal algunos de la manada de los alzaos y coludos en venirse a relinchar garifos por entre las casas, después de tanto que han retozao y manotiao y engordao pajuera; y harán muy bien si se escuenden siquiera hasta que se pase la escasez de lana y cerda, porque si no los Nacionales y paisanos, que se han atrasao en esta trifulca, pudieran en desquite quererlos raboniar, cosa que el Gallo no aconseja ni aprobará, pero que no lo extrañará, teniendo presente cierto refrán que dice: ¡DEL LOBO UN PELO!

Harán muy fiero los que manejan los títeres, si ahora, después que se pasó el día de San Pedro y San Pablo, recién se les antoja el ponerse a jugar a las comadres y compadres con los mismos que el mes pasao, cuando fue tiempo, no quisieron divertirse con los placeros a ese juego... ¡sino a las BOCHAS, con las cuales nos tiraban!

Más lindo hará el Gobierno, si, por los grandes servicios que ha hecho a la Patria la CHISMOSA, le manda echar una camisa blanca encima, porque, como la infeliz ha servido sin sueldo ni cargo en que poder pelechar, velay, al concluirse el pericón, se ha quedao muda y en pelota. Además, será bueno agradarla en razón de que todo lo que decía la Chismosa lo averiguaba de su compañero y amigo San Miguel, el cual se lo hacía vomitar al Diablo, como que está a la vista de que hasta hoy lo tiene apretao; de suerte que también será bueno quedar bien con el Santo, desde que hoy en día están saliendo algunos otros diablos, a quienes pudiera ser necesario apretarlos, sino junto a la torre de la Chismosa, a lo menos junto a la torre del Cabildo.

Hacen bien y bueno los defensores de la justa causa, en decirles: ¡zape, diablos! a ciertos gatos montaraces o montoneros, porque otra vez pudieran querer arañarlos a un descuido: y no hacen mal en pedir alguna siguranza por las dudas.

Últimamente, la señora Junta de Representantes ayer se ha portao muy en su lindo al hacer la nombrada del nuevo Señor Gobernador. Y por fin: el famoso Congreso custitucionero, aunque sea juyéndose allá entre los Guaicuruces, hará muy bien si declara en alta voz de que al yesquerudo Diretor lo han trajinao y fundido en Buenos Aires, echándole las CUATRO COSAS a tiempo, y sin más comodines ni cotigentes que:

La GUARDIA NACIONAL,

La GOBERNACIÓN,

Y la BATERÍA poderosa que le descargó el Sr. comendante D. BERNABEL ESCALADA

¡Y viva la jugada...! ¡y la portellada...! ¡y la paisanada!

Nº 9. Buenos Aires – Agosto 4 de 1853

De cómo fue zapallada la batalla de Caseros. -Planes de don Justo para la organizadura de otra Republicueta Urquizana, y consejos del Gallo a los custitucioneros

Los paisanos letores y aficionaos al Gallo dispensarán el que me haiga empacao tanto para soltarles el número 9, en razón de haberme visto algo atrasao de salú en la semana pasada; y así mesmo he salido algunas veces a rastriar noticias, ganoso de saber con siguranza aónde diablos fue a tirar la rienda el enjabonao Diretor juidor y espantadizo; pero hasta ahora, sólo me han dicho (¡quién sabe si será verdá!) de que el hombre alcanzó a llegar a su tierra embarcao! y, en seguida del último sustazo fresquito, que se pegó en el Uruguay, al cruzar por junto a una boleta de guerra porteña que le tendió la ala por esos laos de Martín García.

Al cabo, después de ese sinsabor, diz que Vuecelencia llegó a Gualeguachú, pueblo de su Quitapenas; y, a pesar de que allí trató de disimular el julepe que llevaba de la costa de Buenos Aires, no lo fue tan fácil, y al fin resolvió el desembarcarse, y se apió todo lleno de chichones, muy dolorido, y completamente machucado de resultas de tantísimo golpe que sufrió, a causa de los vuelcos y la rompedura del

maldito carricoche que ajenió en San José de Flores para su juida tenebrosa del 13 de julio, cuando Vucelelencia por esos andurriales de las Blanquiadas tuvo la desgracia de empantanarse como rana, y la fortuna de saltar como un mono y prendérsele a las ancas de un chaná soldao; el cual en esa trifulca también se asustó fiero, desde que a Vucelelencia, con cargo y todo, de un rempujón lo echó al río con el agua hasta el encuentro, diaonde el Diretor azorao y medio haciéndose tortuga se echó a nadar, y felizmente, opilao de agua turbia, al fin consiguió salvar el bulto en un barco... ¡Toma Custitución! ¡Métete con los Porteños!

Después de todas esas aventuras custitucionales, me cuentan de que, en cuanto Vucelelencia llegó a la casa de la Comendancia en Gualaguaichú, se lavó con agua de olor hasta los talones; y, apenas se acacharpó de casaca bordada y su vericú colorao, mandó armar un baile rigularón para esa misma nohecita: en el cual, Vucelelencia fue el primerito que salió haciendo punta, y ya también se le agachó a tres contradanzas, pelo a pelo con dolores y todo, hasta que algo fatigadón, allá a la media noche se les hizo perdiz del fandango, y acollarao se largó... dicen de que a morronguiar calentito y entregao a los deleites del dios Cupido. ¡Ah, gaucho toro!

A la cuenta, esa noche en Gualaguaichú, le darían friegas a Vucelelencia, porque me aseguran de que amaneció algo aliviadito de los chichones, aunque siempre dolorido y trasijao: pero, así mesmo, con dolores se sopló en una galera y salió rumbiando a Gualaguaicito. Digo yo que iría a salir de cuidao en su estancia mentada de San José.

Muy bueno: me alegraré que haiga llegao con salú; y, vamos a cuentas.

Pues, señor: parece muy natural y razonable el que, después de los amargos desengaños que lleva Vucelelencia de la Provincia de Buenos Aires, se habrá desalucinao y convencido de que su ponderada vitoria de Caseros no fue tal batalla sangrienta y reñida, sino una zapallada que tuvo de ojito o de fortuna, debida a la falsiada intencional que le hicieron todos los Porteños al Restaurador viejo; de quien, como decía desde muy atrás el paisano Donato Jura, ya toda la paisanada estaba como está y estará hasta el pelo de aburrida y resabiada de la memoria de Rosas: y así es que lo maldicen incesantemente al reculao tirano, como a toda su pandilla de ladrones y despotones que, apadrinaos por don

Juan Manuel, 20 años de un tirón, han aterrorizado y aniquilado esta tierra, degollando, azotando y esclavizando a los Argentinos de toda laya, y muy particularmente a los pobres paisanos de la campaña; a quienes cualesquier comandantón de Rosas los destinaba para soldados eternos; y luego, por escuadrones enteros les sacaban el guano haciéndolos trabajar en faenas y cueriadas y sementeras, sin más provecho que el de ver, al fin de sus fatigas, de que los verdugos, jefes o gurupieses del Ilustre (algunos, no digo todos), resultaban ricos poderosos, llenos de estancias y palacios, adquiridos a costa de la miseria, las lágrimas, la sangre y el sudor de los pobres gauchos, de quienes esos diablos orejeros del Restaurador se creían amos arbitrarios, como hasta ahora se presumen serlo todavía: en primer lugar, el príncipe de los Santos Lugares, opulento ricachón de ocho millones, quien todavía ambiciona a humillar y sobajar más a este pueblo desangrado, que tantos años ha sufrido su arbitrariedad y altivez, y la de otros verdugos del Restaurador que hoy se ostentan entre los buenos patriotas, después de la grandísima parte que han tenido en esta última sollevación, que ha costado la vida de tantos infelices, padres de familia, y la completa ruina y desolación de nuestra campaña... ¡Malevos!

Y véanlos con el descaro con que se presentan, en esta ciudad mártir y destrozada, a disfrutar de sus robos inmensos... Pero, si en adelante no se someten a respetar al Gobierno, y se acomodan a vivir trabajando, y particularmente no tienen, la conciencia de devolver siquiera la cuarta parte de lo que le han robado a tantísimo infeliz, el Gallo les promete a esa pandillita de ahijaos del tigre de Palermo, y esos poquitos comandantones que han sido tan crueles azotadores y estaquiadores de los pobres paisanos, que los he de destapar hasta las uñas, con pelos y señales, para que en todas partes los conozcan, los maldigan y los acosen, echándoles hasta los perros bravos encima.

No hay cuidado: y, como le iba diciendo al fantástico Directo... Por el completo resabeo y aburrimiento de los paisanos a respetto de Rosas y todos los tiranuelos que puedan salir en adelante, por eso le aflojaron en Caseros, y don Justo salió echándola de vencedor y perdonavida; pues si allí los Porteños lo hubieran pelado de firme, puede ser que lo hubiesen basurado o cuando menos aventado a los infiernos: Como ahora, velay, de San José de Flores, con todas sus alianzas y cotigentes, lo han hecho juir espantado tan sólo una cuarta parte de esos, mismos Porteños que le aflojaron cuando la zapallada, pero que en esta patriada le han

hecho pie en las trincheras de Buenos Aires, a la par de los cajetillas que Vucelencia quería tuzar por domagogos, y ayudaos lindamente por cuatro paisanos de pajuera, con los cuales el señor general FLORES, de atrás y a su tiempo, le largó a Vucelencia un ¡VALE CUATRO! y con el grito no más lo zambulló en el río. ¡Óiganle al maula! Con que así, olvide su fantasía de ñaupás, y permítame proseguir tratando de otras cosas.

Últimamente: ahora... por supuesto, como ya le conozco las camándulas pulíticas a Vucelencia, estoy maliciando que el hombre, después de medio se le haiga pasao el susto de la juida, en cuanto se ha revolcao a su gusto allá en su tierra con dolores y todo, ha de estar encelao, y así lo calculeo hurguniando, y cavilando otra güelta en el cómo restaurar la Direturía de las catorce y pico, que se le escapó de entre las uñas, gracias a la ciega obediencia que le prestó al Congreso Custitucionero, asigún lo declara Vucelencia en la última proclama que nos largó al disparar de San José de Flores: pues en ella confiesa mansito que el tal Congreso Guaicurú le ordenó el que se dejase de la organizadura y la retaciaduría de la provincia de Buenos Aires y se largase a su tierra... ¡Ahi-juna, el Diretudo embustero!

Muy lindo: pero, yo respuesto de que a pesar de todo ese ordenamiento congresudo, Vucelencia, como está acostumbrao a echarla de potestá, ha de porfiar cabuliando y revolviendo, siempre tirando a calzar cuando menos la direturía de la docena del flaire; pero también, cuasi asiguro que todos sus maquinas los ha de hacer desde Entre Ríos no más; porque se me hace que don Justo José no vuelve a esta provincia ni por los días: sin embargo de que no ha de faltar quien lo llame, y de que del mesmo Entre Ríos y de Montevideo todavía algunos liendres desalmaos han de forcejear por ilucinarlo con grandes promesas, a fin de hacerlo atravesar el Paraná, aunque sea a picanazos, para venirse esos diablos de lejos y atrás del Diretudo al manoteo de los cuerambres y los trigos; y luego, si acá la justicia anda lerdiano, entrarse a vender lo que haigan robao, como he soñao de que lo están haciendo algunos que fueron teruteros soberbios y copetudos, y que hoy, riyéndose de la orfandá y miseria que han sembrao, en Buenos Aires, están haciendo bailes por las calles, de naciente a poniente. Sí, señor, y ¡COCOROCÓ!

Ahora bueno: para que mi sueño no se vuelva una rialidá, a los poquitos güifaros urquizanos que por acá se nos andan fingidamente echando por el suelo, y a los que andan pajuera matreriando y por Montevideo

cizañando, ya que tan ganosos están de tener títulos y cargos y manoteos, yo les aconsejo que escuendan las uñas hasta que Vucelencia le largue todos los rollos al lazo de sus esperanzas, y llene entonces ciertas miras que yo y muchos paisanos sabemos que el Sr. Diredudo tenía, a resultas para si lo desbancaban de la presidencia custitucionuda, como lo han desbancao los Porteños; y por consiguiente, ahora las pondrá en planta.

A fin, pues, de que se aprovechen y pelechen a gusto y sin riesgo los que a toda costa quieren armarlo Diredor a don Justo José, voy a comunicarles dichas miras... Y allá van.

Pues señor: como Vucelencia es hombre que no gasta tapujos, y que presume de tener mucho cacumen en el mate para organicista, me acuerdo que en los primeros días después de la zapallada, cuando llegó a Palermo, aonde comenzó a barbariar y matar y manotiar, por supuesto los Porteños principiaron a hinchar el lomo y no querían sufrirlo ni en la campaña, ni en la ciudad, diaonde solía venir el Diredudo muy enojao a los corredores de Palermo; y allí, cuando por casualidá me topaba, pretendía sacarse la punta conmigo diciéndome:

-¡Umb!... Mirá, Aniceto: los Porteños, tanto los gauchos como los doctores y los de varita, todos son unos bellacos, porque no me quieren obedecer (y que le obedecían), y se pierden (y que se perdían): se pierden, Aniceto, porque los he de colgar de las patas uno por uno (y que los colgaba) a todos, sean del pelo que fueren...

«Así, podés aconsejarlos de que no anden haciendo montoncitos, sino de que me obedezcan a mí que tengo montón grande; porque, si me enojo! ¡Umb!... ya te digo, los he de horcar a toditos, o cuando menos me he de largar a mi tierra (y que no se largaba), y los he de abandonar (Ah, ¡malhaya! decía yo entre mí) a que se entiendan como puedan, porque, mirá, Aniceto: yo no pretiendo ni necesito para nada de gobernar en Buenos Aires (¡mentiroso!), porque hace mucho tiempo a que tengo un gran plan: y cualquier día puedo tomar medidas, para con mi provincia y la de Corrientes, y ciertos arreglos que puedo hacer (y que le hacían) con el Paraguay y el Imperio, organizar en el Entre Ríos una República linda y juerte; y ahí tenés que entonces me reiré de esta tierra y del mundo enterito. ¿No te parece?

-Sí, señor: le respondía yo rascándome la cabeza, porque me daba comezón la organizadura.

Pues bien, digo yo ahora: ya que Vuecelencia tiene tan a la fija el constitucionar una República Urquizana, todos los que a sangre y fuego lo han querido hacer Diretudo de las catorce y pico, velay tienen un cabe para acomodarse, largándose a la República de Gualeguaicito, y allá le pueden servir de congresudos, de duaneros, de escribinistas, de generales y coroneles, y comandantes, ecétera: y les prometo que se pondrán las botas con borlas, porque don Justo es hombre tan liberal para los salarios empliaos, que al jefe de polecía de la capital del Paraná le larga treinta pesos al mes... ¡cuando le paga! Sí, señor.

Con que así, todos los ambiciosos y revoltosos, en lugar de andar dando cuidaos a la Polecía de esta ciudá, pueden alzar moño y largarse a la Urquizana, aonde, por la custitución que echará Vuecelencia, deben darles galantías a todo bicho, particularmente a los gauchos entrerrianos y foranios; los que pueden acudir con la confianza de que para adelante el Sr. Diretudo les dará siguridá de no hacerlos degollar por un chaleco, ni de estaquiarlos porque siembren antes que Vuecelencia: ni desterrará a los Urupeos porque venden cebollas más baratas que el custitucionero: ni tampoco se enojará con los vecinos de los pueblos que compren pan blanco, y no le compren pan negro y jediondo del que Vuecelencia hace amasar por su cuenta.

No, señor; al contrario: los paisanos podrán sembrar zapallos y maíz un mes después del Diretudo, y tomar caña todos los domingos a la oración, cada cual en su rancho, y comer carne con cuero en las pascuas; y los Naciones podrán vender cebollas después que don Justo haiga encebollao toda la República. Pero, eso sí, en cuanto al paisanaje, cuidadito, ¡cuidadito!... en gritando Vuecelencia: ¡a las armas! para sostener su direturía, todo bicho, hasta los quebraos y tullidos, acudirán volando a presentársele, con las maletas llenas de ropa, buen poncho, y cuando menos una yunta de pingos gordos, como para hacer una campaña de un año sin churrasquiar en nueve meses; pues para eso antes les ha permitido sembrar zapallos, tomar caña el domingo, comer carne con cuero en las pascuas... y ¡Viva el Diretudo Constitucionado y fundilludo!

Cortesías de Aniceto

Al licenciamiento de los Guardias Nacionales de la ciudad y la campaña; y a los soldados veteranos de Buenos Aires

¡Bravos GUARDIAS NACIONALES,
Porteños, pechos de acero!
a quienes el mundo entero
aplaude por ternejales:
ya los tiranos fatales
de estos pueblos desdichados,
para siempre escarmentados
quedan por vuestro valor;
pues en alas del terror
han juido desesperados.

Será de eterna memoria
un envidiable diseño
vuestro coraje porteño coronado por la victoria:
como no será ilusoria
la LEY y la libertad
que sostendrán con lealtad
vuestras armas valerosas,
que ni Urquiza, ni otro Rosas,
ni el diablo las vencerá!

¡Valerosos Veteranos
soldados de la sitiadura!
en cuya heroica bravura
se han estrellado los tiranos:
no más TIGRES inhumanos
altaneros rugirán
en este pueblo, donde están
los INVENCIBLES, los leones,
los terribles batallones
que los despedazarán.

¡GUERRILLEROS de A CABALLO,
Argentinos valerosos,
más patriotas y famosos

que el Veinticinco de Mayo!
en la vida cantó el Gallo
alabanzas al botón:
así tengo a galardón
en decir: -Los guerrilleros
son guapazos verdaderos,
y no hay duda que lo son.

¡MILICOS del terne FLORES,
que han espantao al más bruto,
más vano y más asoluto
de los ñatos Directores!
El Gallo de mil amores
les ofrece su amistá,
y en ancas... una verdá
les canta por sus cabales:
y es, que de porteños leales
pueden tener vanidá.

Y como gaucho que soy
de todas luces farol,
a la luna como al sol
consejos de gaucho doy.
Lo que ayer fue ya no es hoy,
que es tiempo de pelechar;
dejémonos de peliar;
vaya la guerra al infierno,
que al amparo del Gobierno
ya podemos trabajar.

Que al cabo, en estos destinos
a cada paisano es fijo,
que si Dios no le da un hijo,
el diablo les da sobrinos;
y a los gauchos argentinos
que nos gusta enamorar,
para medio acacharpar
nuestros hijos, o los de otros,
aunque sea en domar potros
es preciso trajinar.

Y por fin, caballerazos
los de pajuera y de adentro,
en disposición me encuentro
de soltarles cuatro abrazos;
y también cuatro balazos
le veré a gusto atracar
al que nos vuelva a trenzar
en pendencias o custiones,
para sostener ladrones
que nos hagan dijuntiar,

Decreto Galluno

Asigún la opinión de toda la Guardia Nacional
Buenos Aires. Agosto 3 de 1853.

CONSIDERANDO aliviar más el descanso de las fatigas, al cual son merecedores en alto grado los seis batallones de Guardias Nacionales, después que tan brillante y justamente han sido aplaudidos y coronaos de flores por las lindísimas Porteñas; y agradecidamente licenciaos por el respetable y patriótico GOBIERNO de Buenos Aires, al cual los referidos seis batallones han defendido bizarramente, poniendo siempre valerosos el pecho a las balas enemigas durante el sitio reñido y sangriento que ha sufrido esta ciudad invencible: Aniceto el Gallo y las pollitas porteñas han acordado y decretan:

Art. 1. De todos los Argentinos, particularmente Porteños, que hubiesen estao en las covachas durante el tiempo de la pelea contra el Diretudo tamangudo; y de todos los que fueren cayendo de la otra Banda o de pajuera, y no justificaren que se fueron sin justísima causa, desde el 9 de diciembre anterior, hasta el 1º de julio último, se formará un nuevo batallón de cívicos.

Art. 2. A este nuevo batallón se le atracará el número SIETE que es como le corresponde.

Art. 3. Para que por sus grandes servicios atrasaos pueda distinguirse de los otros cuerpos de Guardias Nacionales, el batallón cívico número SIETE usará enastada en caña tacuara una bandera de bayeta amarilla

de doce veras cuadradas; y en el centro de ella lucirán escritas con CEROTE NEGRO las inscripciones siguientes:
Batallón nº SIETE de cívicos camanduleros y custitucioneros.

Art. 4. En caso de alarma, este batallón únicamente hará el servicio del Hospital de Mujeres.

Art. 5. Se encargará del mando y disciplina del batallón número SIETE a cualquier coronel o comendante, que también sea camandulero y sietemesino.

Art. 6. Publíquese, ecétera, ecétera, ecétera.

EL GALLO.

Las pollitas porteñas.

Por caridá

Al señor jefe de polecía

Mi señor:

El bocleo aflojó hace mucho tiempo, el Diredudo también aflojó y muy fiero. Luego, en seguidita, los sitiadores aflojaron también hasta la presilla del lazo. ¿No es verdá? Entonces, mi jefe, ¿por qué no les manda que afluejen los mercachifles, los pulperos y almaceneros, y los del Mercao que tiran a dos cinchas? Será bueno, pues, Usía, que me les pegue un vistazo, y si, se ofrece, un chaguarazo: que en cuanto a los panaderos, por ahora no se portan muy mal, sin duda por la abundancia que se alvierte desde que ciertas deidades han dejao de usar mascaritas de harina o de almidón. ¡Qué lindo! y perdone Usía al pobre Gallo.

Ojo al Cristo

En el día, asigún vamos,
me gusta de La Lanceta
la agachada, o la indireta,
Y POR FIN ¿CÓMO QUEDAMOS?
¡Ojo al Cristo! no salgamos,
después de las infusiones,
con que unos cuantos bribones
que andan haciéndose mudos,

redepenente cogotudos
se nos vuelvan a respondones.

Aviso Diretural

Habiendo perdido el señor Diretudo, en su juida, a su compañero el perro Purvis, el cual de juramento deberá andar por las pampas de esta Provincia, Vuecelencia afligidísimo promete premiar a cualquier congresal o custitucionero que se lo encuentre y se lo lleve en algún vapor, dándole una papeleta para que nunca lo muerda el mastín, y en ancas una devisa colorada ancha como sobre cincha. Pero... ¡que se le arrime el diablo a Purvis ni a su amo!

Nº 10. Buenos Aires – Setiembre 3 de 1853

La despedida

Por el deber en que me hallo
de mostrarme agradecido,
del Público me despido
soltando el décimo Gallo
pesares que sufro y callo,
aunque en el alma lo siento,
me obligan al sufrimiento
de enmudecer y callar,
hasta que pueda soltar
todas mis penas al viento.

Tristes penas que, en resumen,
humilde confesaré,
tanto me lastiman que
se me ha tupido el cacumen:
de balde algunos presumen
que no canto de pereza;
pero la cosa no es ésa,
sino que cierta alcaldada
y cierta alma atravesada
me han calentao la cabeza.

Así, en desquite prometo,

en saliendo de un apuro...
que pronto saldré, lo juro
por mi nombre de Aniceto,
que en un ridículo aprieto
algunos camanduleros
y otros diablos usureros
han de encontrarse por mí;
(déjense estar)... Con que así,
adiosito, caballeros.

Y créanme por favor,
que no en vano cacareo,
y que si ahora renuncio
de cantar a lo mejor,
es porque soy parador
cuando apeligro rodar:
y como sé sujetar
en su lindo a mi caballo,
así mismo siento el Gallo
cuando lo debo sentar.
ANICETO.

**Los reculaos. - El Ruiseñor. - El Gallo. - El requesón. - Bachichin. -
Los pasteles. - Por las dudas. - La leche. - La conomía. - Comer
pollo, y largar pavo...**

Hace días que muy a mi gusto me busco la vida de pescador en el Mercao, y ahí mesmo la otra mañana me colé, como acostumbro, a tomar las once en una pulpería aonde, felizmente estaba cantando un medio aparzero mío, nacional de los guerrilleros rebajaos, y mozo a quien por la buena voz de su pecho le llaman el Ruiseñor. ¡Ah, pico de oro! pero, ¡mire el diablo! en cuanto entró, y el pulpero me soltó el vaso, el mozo cantó esta copla:

En un tiempo fui fusil
con que tiraban al blanco:
de fusil pasé a baqueta,
de baqueta a saca trapo...

Por supuesto, paré la oreja a la copla, y con todo, prendao de la buena voz del mozo, y como que de antemano tenía alguna conocencia con él, cuanto soltó la guitarra me le arrimé con el vaso a convidarlo, y con buen agrado le dije:

-Amigazo, me dispensará el cariño de echar un trago: velay caña; y dispéñeme también el que le diga en su presencia de que canta muy lindo, pero muy fiero en la letra, porque con la última copla, ¡por Cristo! que me ha pegao en la mesmísima matadura.

-¡Voto alante! díjome el mozo; puede ser, cuñao, que al cuhete y sin malicia le haiga acertao en la uñera, porque como hay tantos maltrataos... y perdone; pero, en fin, me dispensará, porque mesmamente lo siento.

-Déjese de sentimientos, aparcerero, entre bueyes no hay cornadas: vaya otro trago, y repare que yo soy gaucho liberal y tan manso que apenas he cosquillao con su versito, porque casualmente también yo en un tiempo fui fusil y hoy paso por sacatrapo, ¡Ah, mundo! pero en el mismo veo a otros tan afortunaos, que antes fueron sacatrapos y redemente se nos han vuelto trabucos.

-Qué quiere, compañero, así sucede en los vaivienes y trueques de la fortuna.

-Dejuramente: pero por lo que a mí toca, en un trueque de los de esa ingrata fortuna, ya lo ve, me han rabajao el talle; y, de sargento acreditao que supe ser cuando la cosa estaba turbia, hoy, después de la claridá del alicienciamiento, he reculao a picador de carretas; pero, ¡qué Cristo! ni por esas me lamento, pues como le iba diciendo, soy gaucho albitrioso y trajinista en todo tiro.

-Por tal lo tengo, cuñao, y además se le conoce en la laya. Velay, arme y pite un cigarro.

-Corriente; pues sí, amigazo; a gala tengo el decir en cualquier parte que, aconforme soy criollo gastador de plata y voraz, así mesmo, cuando me le agacho al trabajo... soy todo un pión y hombre de bien a carta cabal. Luego tengo, la ecelencia de que en la redondez del mundo no hay cargo que me envanezca, ni cosa que me ilucine, mientras que con

mi sudor pueda a entera y lícita libertá agenciarme cuatro pesos, aunque sea picaniando de sol a sol sobre el pértigo: y no se me anden frunciendo ni haciéndome asco al verme de chiripá y emponchao entre los puebleros, porque así mesmo soy tan gente como... velay aquellos del cuartel, de lo que algunos se burlan o se ríen, porque no saben que todo eso entra en ahorros, sí, señor. Luego, por mi derecho en buena ley, eso sí, ni al diablo le facilito el que me suyugue a un rigor, ni a naides el que me agarre de leva, porque ¡barajo! en ese caso sin duda corcoviaré: ¿no le parece?

-Cabal, aparcero; pero, al verlo guasquiarse solo, me está pareciendo de que usted anda calentón, porque le han bajao el talle. ¿No es así?

-¡Che! ¡qué esperanza! ni tal se presuma, hermanito. Vaya otro trago: y créame de que siendo mesmamente de los reculaos en la voltiada, eso poco se me importa; en primer lugar, porque nunca he pretendido ni acostumbro el vivir a costillas de la Patria, desde que no soy reyuno, y luego, porque encuentro razonable lo que a respeto y tocante al licenciamiento me han platicao algunos puebleros acá en la misma ciudadá, sí, señor:

-Vamos a ver: ¿qué le han dicho?

-Me han dicho de que la guerra está terminada, desde que el Diretudo se juyó.

¡Ahi-juna! ¿y qué más le han dicho?

-Me han dicho de que por consiguiente, habiéndose juido el hombre, ya por acá estamos seguros de enredarnos en otra revolución, a no ser que los gobernantes sean lerdos o menesterosos, cosa que no hay por qué serlo, desde que todos obedecemos y sabemos de que son hombres necesarios para arreglar y asigurar la Provincia, ahora que está cuasi del todo pacificada: y en esta conformidá, me han dicho por fin, que estando la Patria en paz, los soldaos están demás, y entonces el licenciamiento es rigular y preciso para hacer la conomía.

-¡Barajo! ¡qué terminacho! a ver, dígame ¿qué diablo quiere decir la conomía?

-Es requesón: comé, Bachichin, (díjole a ese tiempo, en la puerta de la pulpería, un lecherito criollo a un gringuito medio bozal y mal engestao).

-¡Requesone! dijo el nacioncito. ¿Cosulé requesone? -A la cuenta el criollito sería lenguaraz, porque al tiro lo contestó:

-Es leche cuajada, animal. Comé.

-¡Eh, Muso! duncua a lechi no me piache.

-No te empachará; comé, azonzao, díjole el lechero, metiéndole el requesón por las narices al nacioncito.

-¡Aspeta, brutui! -replicó Bachichini enojao: y sacudiéndole al lecherito con todo un sábalo por la cabeza, echó luego a disparar como un condenao.

Por supuesto, del sabalazo lo sentó de nalgas al criollito sobre un librillo de pasteles fritos y untaos con miel, fatura que estaba vendiendo a la orilla de la vedera una tía vieja, que, al ver su librillo partido, y los pasteles aplastaos, se le prendió al muchacho como una tigre, y lo empezó a zamarriar; hasta que éste también a lo desesperado le prendió los dientes a la negra vieja que dio un chillido como una rata y largó manija, tan pronto que el lecherito se le escapó dentre las piernas, y salió desmelenao y echando diablos con los pasteles pegaos en los fundillos y enmelao hasta las corvas. ¡Eh, pu...cha, que nos raímos! Hasta que por fin, yo volví a caír sobre el asunto de la pregunta de mi aparcerero el cantor, contestándome:

-La conomía, cuñao, dicen que quiere decir embolsar y no gastar mucho. ¿Oye? y por eso algunos alegan en el fundamento de que se suelte la gente, desde que, como antes le dije ya, en la paz los soldaos están demás. ¿Qué me dice a esta razón?

-Dígole, cuñao, que allá en la Paz o Cochabamba todo puede suceder, mientras que por acá a usted también lo pueden voliar con parolas: y dígole más claro, con perdón de la confianza, que usted facilita con barbaridá, porque cuando menos es cosa triste, después del baqueteo que hemos sufrido, ser facilitadores y retrecheros, y que todavía nos quedemos enteramente a la luna, cuando el Diredudo y su pandilla andan

al sol, y toriándonos con el cuchillo pelao. Cabal, aparcerero, así puede usted decirles a los que, hablen de la siguranza, la paz y la conomía, que si atrás del desparramo de los defensores que han sido de esta patriada, se nos deja caer de golpe el Custitucionero, pudiera apurarnos otra güelta, si de pronto no echan mano de la Indiada, que poco gasto le hace a la patria. ¿Oye?

-¡La pujanza en las resultas!

-Pues sí, señor: no hay más remedio, en un pronto: y de no, escuche una comparancia. -Si usted mismo (pongo por caso) haciendo de patrón o de mayordomo en la faina de un aparte, antes de concluirlo en regla y asegurar la tropa, manda desensillar a todo bicho y luego suelta las manadas al campo y se queda a pie, dígame: ¿si redepente se le alborota el rodeo, y se le dispara la tropa, ¿cómo diablo la sujeta a tiempo? ¿en qué muenta su pionada? Pues, amigo, en igual caso nos vemos, si no se remedea el alicenciamiento tan de madrugada; pues, si cualesquier gaucho foranio nos atropella y nos pilla a pie y desparramos, para sujetarlo en el primer rempujón a los Pampas me atengo: porque, aun cuando podamos tardecito reunirnos y apretar al diablo, sin embargo, no siempre suele ser fácil una recogida grande y a la juria. ¿Oye?

-Sí, cuñao: pero también considere que el mantener un ejército nada más que por las dudas, es una barbaridá por la plata que se gasta.

-¡Oh! quite, aparcerero, no diga: mire qué fresquito tenemos en la memoria, de que por haber andao ciertos retrecheros desde muy atrás escondiendo la leche, y por no haber sabido gastar cuatro en tiempo para sacarse el lazo holgadamente, a lo último medio horcaos gastaron hasta las uñas; y con todo, cuasi, cuasi nos han hecho sucumbir. Luego, si de tal riesgo hemos salvao arañando, la esperencia y por las dudas que no dejan de ser peliagudas, lo mesmo será gastar diez que largar quince, a fin de no raliarnos tan fiero y de poder asegurar por todos laos los portillos, y no hacernos andar desparramos y flacones como la leche del coco, y expuesto a que otra vuelta el Diretudo Custitucionero, que ya anda embrollando con los Cipotenciarios Nutriales, se nos quiere venir a cuerarnos: y para ese caso, no lo dude, es preciso tener truco listo y gordo, y no largar suero: ¿entiende?

-Ahora permítame largarme, porque tengo un quehacer: pero antes, óigame un verso al colmo, para que usted allá se los cante a los que platicaron de Cochabamba y la Paz...

¡Cuidao! caballerazos,
con la manía
de hacer de juramento
la conomía,
que a fin y al cabo
se suele comer pollo
y largar pavo.

-Y usted ¿tiene madre viva? le pregunté luego al Ruiseñor.

-La suya, sabe que sí: me respondió y se me fue.

Remitido de un gaucho del Sur.

A las noticias del tratao del Diretudo entrerriano con los tres señores Cipotenciaros de Francia, de Ingalaterra y de Nortemérica, se ha calentao el paisano Callejas y nos ha remetido el cuhete de más abajito.

¿Con que el organizador
para juirse ha echao un TERNNO,
metiéndose a tratador
con gente del quinto infierno?
¡Será el diablo el Diretor!

¡Quién sabe de ahí los terneros,
si por el trato han soñado
volvemos californieros,
porque a Urquiza lo han voliao
allá entre los teruteros!

O si los loros britanos
se habrán vuelto guaicuruces,
y los menistros Musiuses
y los nortemericanos
nos tendrán por avestruces;

Y se habrán imaginao
corrernos de a tres mil leguas,
cuando de allá ni las yeguas
atraviesan el bañao,
si acá no les damos treguas.

Y si vienen, ya se sabe
que llegan siempre aguachaos,
y del todo trasijaos;
y así, no es fácil que un cabe
encuentren por estos laos.

Con que, si hacernos por gusto
anglo - franchi - americanos
pretiende el ñato don Justo,
háganse cargo, paisanos,
¡cómo estaremos de susto!
LUCHO CALLEJAS.

El Manetismo

Por la valsa titulada 14 de julio, y componida por la señora doña Josefina de Barbierí.

Cuento al caso

En cierta solicitú,
antes de anoche llegué
a la ciudá, y me colé
por la calle del Perú...

En un zaino parejero
del andar de mi mujer,
que lo aprecea por ser
mansito como un cordero.

Así, al principio, ¡barajo!
extrañé y me hizo enojar
el lance particular
que les cuento más abajo.

Es el caso, que esa noche,
a un trote muy asentao,
entraba yo tan holgao
como si viniera en coche;

Y redepente, quién sabe
cómo diablos sucedió,
que el pingo se me tendió
al sentir tocar un clave;

Y ya por el costillar
me sacó de la tendida
entrando el zaino en seguida
a dar güeltas y a escarciar.

Ahora lo verás, ¡barajo!
dije yo muy calentón,
y con la firme intención
de prenderle al pingo un tajo.

Me arremango y desenvaino
el cuchillo; pero ¡qué!
si yo también comencé
a dar güeltas como el zaino;

Y bailando hasta la reja
de MADAMA BARBIERÍ,
fui a dar y me le prendí
por la cintura a una vieja;

Y medio como a la cincha
la arranqué de la ventana,
valsiando a la veterana
y gritando: ¡ay, que me pincha!

Malicié, y quise envainar
el cuchillo, ¡qué esperanza!
no pude en la contradanza,
ni con la vaina acertar.

Por suerte, con el polvillo
que me echó a favor del viento
la vieja, en un movimiento
estornudé, y el cuchillo...

Se me cayó de la mano;
y al punto muy alegrona
me dijo la lechuzona:
«ya no me pincha, paisano;

«Sólo siento que me estruja
un poco, pero no es cosa:
¡Ay, qué valsa tan preciosa!
¿no es verdá?» añadió la bruja.

«¡Maldita sea mi suerte!»
le dije, y quise soltarme;
pero, ¡qué poder largarme!
valsa, y valsa, y... dele juerte.

«Siga el compás, no se trabe,
compañero,» díjome
la vieja, al instante en que
dejó de sonar el clave.

Y cuando precisamente
ambos nos desayuntamos
y hechos postes nos quedamos
mirándonos frente a frente:

Hasta que la veterana,
de fatiga o qué sé yo,
en la vedera se echó
en cuatro pies como rana.

Diciendo a gritos: «¡Josús!
¡yo en zarandeos, qué horror!
¡cuando al baile y al amor
cuantuá les hice la cruz!

«¿Cómo es que ahora al son de un clave
en la valsa me he floriao?»
«Porque la han manetizao
con música, y no se alabe,

Le contesté, porque a mí
también me ha manetizao
con la valsa que ha tocao
madama de Barbierí.»

Y por fin, a mi caballo
de un brinco me le senté,
y en cuanto me acomodé,
salí a dos laos como un rayo.

Esto es la pura verdá:
y el que quiera embelesarse
por gusto, o manetizarse,
compre la valsa, y verá.

Buenos Aires. Agosto 25 de 1853.

Pregunto yo

Si el señor Gobierno ha decretao fresquito de que los paisanos no
puedan correr avestruces en los campos, y en esa confianza, redepente
se nos deja caír por la campaña el Maldito Diretudo con algunos
tratadores, ¿cómo hacemos? Respuéndame alguno a ver.

Vayan deputaos

Lista cócora o suplefaltas de representantes para el pueblo, asigún la
opinión de Aniceto y otros que no son gallos, pero que son pavos.

En primer lugar:

Yo Aniceto el Gallo.

Mi compadre Lucas Sentao.

Mi suegro Roque Callate.

Mi pariente Estanislao Sordo.

Mi tío Benedito el Mudo.

Mi cuñado Agapito Sueño.

Y mi aparcerero José Crespín Nalgas.

Ahí tienen Deputiaos de sobra... por si faltan.

Nº 11. Buenos Aires – Marzo 12 de 1858

¡Ojo al gallo nuevo!

Velay la estampa del Gallo
que sostiene la bandera
de la patria verdadera
del Veinticinco de Mayo.

El santero don Catalde
es quien me ha hecho la fineza
de pintarlo a toda priesa
a lo divino, y de balde.

Es una prueba de afeto
y de generosidá,
que se la agradecerá
eternamente...

ANICETO.

Empanada

Para el señor general de aguas mayores y tierras menores, don Usebio José de Urquiza

Señor: yo había pensao
para hoy viernes, por si ayuna
en cuaresma, mandarle una

empanada de pescao:
pero, como en el mercao
anda el sábalo a caballo
de carísimo, y no me hallo
en situación de gastar,
sólo le puedo largar
esta empanada de GALLO.

Tendrá, eso sí, que morder
si acaso el hambre lo apura, porque el gallo es ave dura
para dejarse comer.
En fin, si le dan qué hacer,
las presas échelas juera,
que allá mi recao pudiera
gustarle, porque ahí le soplo
un morrudísimo choclo
a lo gaucha amasandera.
Nicolasa la Porteñaza.

La situación según ellos, y la misma según yo

¿Quiénes son ellos? A la fija, ésta es la primera pregunta que en sus adentros se hará cada paisano letor, en cuanto se eche a la cara esta primer gaceta de la segunda lechigada, que empieza a soltar el Gallo que clavó el pico la vez pasada, hasta que vuelve al reñidero a impulsos de las bravatas del Enterreriano Orejano general de aguas y tierra, a quien todos conocemos por su fama de Diretudo, y porfiao menospreciable a tal punto, que yo, siendo un infeliz, y apenas lo he sentido relinchar otra vuelta, ya también, como les avisé, salgo arremangao y dispuesto a pegarle un vigor hasta aplastarlo, por más alzoa y bellaco que se encuentre. ¡Ah, chaná viejo!

Pues, sí, paisanos: ellos son los de cierta manada de Urquizanos y Rosines, todos de la marca y pelo del Diretudo, los cuales a un tenor balaquean de tal suerte, que, al oírlos algunos hombres patriotas que andan retiraos de esta ciudad, y particularmente los provincianos, quizá creerán que esos diablos tienen algún fundamento en lo que alegan, desde que nuestros gobernantes los aguantan y se encogen allá, porque dicen que así deben proceder por respeto a las galantías y la libertá que

en el día tienen por la ley los imprenteros desvergonzaos y embusteros.
¡Muy lindo!

Con esta confianza, toda esa recua de Rosines al mismísimo Gobierno de Buenos Aires le canta el cielo, y le dicen menudamente en sus barbas, que Vuecelencia el presidente terutero es mejor y más Gobierno que el nuestro; y que por lo tanto la patria toda enterita se le debe someter, porque, si no, es muy arrejada y peliaguda la situación en que hoy están los Porteños y las Porteñas, desde que el Diretudo, de puro corajudo y yesquerudo, está atufadísimo con los primeros, porque ni le hacen caso, ni se quieren dejar soplar a la juerza la Custitución terutera, ni por los diablos quieren soltarle las vacas y menos la batería aquella que mandaba el dijunto don Bernabel Escalada y que hoy está a las órdenes del paisano patriotazo don Savedra ¡Ah, criollo! ¡no se la vaya a soltar!

Luego, con las Porteñas también está muy atufao el costitucionero Diretudo y barrigudo, porque siendo éstas el tormento mayor de los amorosos deseos de Vuecelencia, las muchachas no hay forma de que quieran bailar con él la contradanza aquella, a que tanto se aficionaba en el Clubo, (212) porque todas se están lambiendo por largárseles nada menos que con los lanceros, y eso no aguanta el costitucionero, porque, como ya está pesadón, malicea que lo pudieran chuciar. ¡Ah, bruto!

Siendo así pues, el general de agua y tierra se quedará ganoso de todo y por todo, y a los que dicen que la situación es peliaguda... ¡ahi-juna! dígoles yo que no hay tales carneros.

La prueba está en que nuestro gobierno los deja no más que ladren a caerse muertos, desde que no nos han de morder. Además, ya cuasi naidas para la oreja al toreo de tales cimarrones; y yo menos que otro cualquiera, porque ya estoy de balacas rosines hasta el pelo: como que soy salvaje veteranazo y baqueteao en la defensa de la justa causa que hoy defienden los Porteños, y de la misma que, por fortuna, hace una máquina de años a que se nos resertó ese mesmo gauchaso Diretudo ambicioso, enredista y pendenciero como morao sin agüela. ¡Cabalito!

¡Qué Cristo! a ver como no se retoba fiero y nos atropella con los veinte mil aliaos de ñaupas que dice que ya va rejuntando (¡y que rejuntaba!). ¡Ah, malaya, se le aflojara del todo la chaveta! pues sólo así pudiera

merecer pillarme a tiro (y que me pillaba), supuesto que yo no pienso juirle muy lejos, aunque voy arrojando a que, si me agarra (cosa que no le ha de ser tan fácil), no me haga nada, sino prenderme apenas un chaleco de cuero fresco y cortito no más, así como desde el cogote hasta el encuentro mesmito.

Como guste: pero, así con riejo y todo, sostengo y les afirmo a todos los paisanos liberales que el Directo tonto es un peine, que ni liendres nos dejaría si consiguiera que le agacháramos la cabeza por las bravatas que nos echa, y las embrollas que nos arma allá entre algunos provincianos que tiene apretaos o ilucinaos, y con quienes los Porteños no tenemos queja ni agravio ninguno, y de quienes, a pesar nuestro, estamos medio apartaos hasta que el Directo degollador y manotador quite su cuero del titulado Gobierno nacional, y deje que salga cualquier otro Presidente a mandar a todas las provincias unidas del Río de la Plata... y a Buenos Aires en la punta.

Velay en plata la única ambición que tiene la porteñada y su Gobierno, esperando en Dios y la justicia que todos los provincianos se convenzan de que Urquiza los está pelando y enredando: y que no crean en su fantástico poder ni en sus bravatas y chismes, porque miente el Directo juidor y zambullidor cuando dice y hace decir, hasta en las gacetas urquizanas del mismo Buenos Aires, que esta ciudad y su campaña están pronunciándose por él, y muy atrasadas, porque hasta los Pampas nos apuran...

¡Ahi-juna, el terutero embustero! A la vista está fresquito, que a todos los Indios aliaos de ese bruto, el ejército guapo y morrudazo de Buenos Aires los ha cuereao y arrempujao, espantándolos últimamente hasta Chiloé y para siempre.

Ésta es la verdad evidente y a macho: así, todo lo demás que dice el Directo tobilludo son embrollas y blandronadas que suelta, por no soltar la TETA que le está chupando hacen diez y seis años al Entre Ríos, y para aparentarles a las provincias mucho crédito y poderío, de miedo que los provincianos mismos redepente lo echen a ponchazos de la presidencia antigualla y refalosa, en que sin merecerla se ostenta el 2º don Usebio de la Santa Federación. ¡Anda, pulpero maula!

Por último, Aniceto les alvierte a todos los provincianos y en la presente a los amigos Entrerrianos, que los Porteños ni su Gobierno ni quieren ni arman pependencias con naides, menos con los Argentinos, como que también lo somos los gauchos de Buenos Aires: y más les alvierto de todas veras, que la presidencia de Urquiza, con fanfarronadas y todo, ya está relampaguiándole como candil flaco y se le va por un cuesta abajo; y que de ahí procede el ULTIMATO ñato y las amenazas del Diretudo uñerudo. De balde se hace lomo liso, le duele la matadura y corcovea más desde que ha visto que los señores Gobiernos de Francia y de Ingalaterra han reconocido en amistá la justicia con que el Gobierno de Buenos Aires, con tierra y todo, se le ha hecho José de ajuera al constitucionero balaquero, lo mesmo que deben hacer luego todas las provincias Argentinas, despreciando los maquinas y balacas de Urquiza y sus lagañas gurupieses.

Bueno pues: para fundirlo del todo al Diretudo, si los provincianos no nos quieren ayudar, por encimita aunque sea, no tienen que forcejear mucho, sino dejarse andar trajinando allá en sus pagos, mientras nosotros, los Porteños solitos, ya que don Usebio Urquiza nos viene sacando cuchillo, veremos si le trajinamos la presidencia, las vacas y la rocinada que ha arrejuntao, descamisando y degollando por diez y seis años a los infelices Entrerrianos y por orden del calandria don Juan Manuel Rosas, de quien Urquiza fue ovejero, como perro de presa, hasta ahora que la echa de potestá y nos sale con las alianzas.

Balaquiando a costillas
del Emperador,
de la Banda Oriental
y de Ituzaingó,
el ombú, el juncal,
y las prendas colgadas
en la catredal de Buenos Aires...
prendas de que han de reírse
hasta los flaires... y
¡música, música!

Diálogo gauchi-beatón

Ayer yo estaba presente
en la misma pulpería,

cuando a eso de mediodía
pasó el diálogo siguiente.

Al gaucho Roque Linares
que, alegándole al pulpero
sobre el Paso de Quintero,
nombraba Cristos a pares:

-¿Cuántos Cristos conoces?
un beato le preguntó
y Linares contestó:
-No conozco más que tres.

-¡Jesús! ¡qué barbaridad!
(dijo el beato y santiguose.)
Sólo un Cristo se conoce
¡che, bruto! en la cristiandá.

-¿Qué dice? Más bruto es él;
en su cara se lo digo:
tres Cristos conozco, amigo,
siendo uno de ellos infiel.

Y en prueba de que son TRES,
sepa ¡so hijo de la gran... pa!
que conozco a Cristo el pampa
y al cristiano Cristo inglés.

Como conozco de fe
a CRISTO Nuestro Señor
de cielo y tierra, y criador
de animales como usted.

-Bueno, Roque, así será;
(replicó el beato asustao)
veo que me has trajinao;
pero... dime la verdad.

Supuesto que has conocido
al Cristo de Inglaterra:

de tan lejos a esta tierra
¡a qué asuntos ha venido!

Porque, mirá, lo confieso,
que algo dudo y no concibo
¡cómo sea Cristo vivo
un Inglés de carne y güeso!

-Pues no lo dude, aquí está,
mostrando ser más cristiano
y más sabio y más humano
que nosotros; ¡la verdad!

Y es tan vivo y tan certero
y tan gaucho de una vez,
que le ha prendido las tres
Marías a un terutero.

-¿A un terutero? ¡qué risa!
como es pájaro patudo
es fácil...

-No: al Diretudo,
al gran terutero Urquiza...

Que estará haciendo cabriolas,
y en apuros después de eso,
porque en el mismo pescuezo.
¡Cristo le prendió las bolas!

-Pues, amigo, es una hazaña,
dijo el beato, y bolsiquió,
y a Limares le largó
cinco pesos para caña.

La Ultimatera

Media caña terutera

No se escuenda de susto

la Porteñada,
que ahí viene don Usebio
con una armada...
-¡Por Jesucristo!
la más cruda y tremenda
que habremos visto.
A que no nos quita... la curiosidá,
y nos facilita... y se empaca allá...
Porque ya sabe
que le hemos de atracar
en cuanto cabe!

¿Habrá hombre más funesto
que el Diretudo?
vean cuánto pretexto
y agravio al ñudo...
Forma al presente
por lucirle al Imperio de presidente.
Pues, vení, malevo... Vení, fanfarrón,
y comerás trebo... si estás barrigón.
Yo te ofrezco eso
porque has de ser un duro
si comés queso.

Así paga el diablo a quien le sirve

Diz que el ingrato juidor,
presidente mashorquero,
desea sacarle el cuero
a nuestro Gobernador.

Confesando de que a gatas
le debe a don VALENTÍN,
ni más ni menos, al fin,
que el andar en cuatro patas.

El Gobernador don Valentín Alsina.

La ilusión

Es tanto lo que alucina
mirar en el descampao,
al través de la ñeblina,
a un cuervo o a una gallina,
o pavo medio empampao...

Que en el campo un Andaluz,
viendo a un triste terutero,
exclamó asustao: ¡Jesús!
por la Santísima Cruz,
¡aónde vas, joven guerrero!

Cortesías de Aniceto

A LA TRIBUNA DE LOS RATAPINGAS.

¡Ay, mi alma! Te quiero mucho... ¡A que te pincho! ¿Pero: por qué a los güeyes flacos les meniás picana, y a uno que otro gordo le negás macana?

AL NACIONAL.

¡Superiorazo, y échele cuhetes! pero no se turbe ni se me alargue en los cargos que señala, porque hay muchos niños, y esos trompos cuestan caro.

A LOS DEBATES.

¡De mi flor, amigazo! pero no se enriede en las cuartas ni ponga el freno patas arriba, como en el cuentito de la sulevación del ejército del Sur.

A LA ESPADA DE LAVALLE.

¡Guapísima y cortadora! pero que no vaya a salirse de la vaina.

A LA OPINIÓN PÚBLICA.

Mi afeto de corazón y... ¡dele guasca!

A LA NUEVA GENERACIÓN.

¡Qué lindo los angelitos! Dios los guarde y dispongan del cariño de Aniceto.

AL JUDICIAL.

Mi respeto, con tal que me recomiende al alcaide del callejón de Ibáñez,
por si me refalo en algunas elecciones.

Y a los demás que no trato:

La Virgen les dé su gracia y el Señor les diga: Amén.

El sargento arrecifero

Cierta sentencia gauchesca
del sabio rey don Alfonso
dice así: ¡Malo es que a un zonzo
la Virgen se le aparezca!
y aunque parece burlesca
tal advertencia reyuna,
desde Caseros ¡ahi-juna!
Urquiza la comprobó,
cuanto se le apareció
la Virgen de la fortuna.

Sólo así, en su cacariada
aición de Monte Casero,
pudo ese loco altanero
hacer una zapallada:
y gracias a la cuartiada
de Argentinos y Orientales,
y a los barcos imperiales,
y sobre todas las cosas,
a que ya estaban de Rosas
muy cansaos los federales:

Y tanto, que se largó
sin peliar la Porteñada,
pues ese día la Indiada
fue la que medio aguantó;
porque Rosas disparó
el primero y más temprano;
y yo pienso que el tirano

tuvo ese día, en verdá,
más miedo de los de acá
que de Urquiza el entrerriano.

Entretanto, el terutero
Diretudo fanfarrón,
desde aquella aparición
y zapallada en Casero
hasta la presente, infiero
que ve visiones en sueños,
porque hace vanos empeños
creyendo en sus devaríos
gobernar como a Entre Ríos
la patria de los Porteños.

Pues, ¡barajo! si ha pensao
tamaña barbaridá,
que se amarre el chiripá
y se largue de este lao:
pero que venga ensebao,
porque lo hemos de apurar
sin darle tiempo a rumbiar,
como rumbió en la otra juida
cuando aquella zambullida
que dio al quererse embarcar.

Véngase a la disparada,
no se haga desiar al ñudo;
venga, ñato Diretudo,
que no le ha de pasar nada.
Yo, cuando más, una inflada
le daré por balaquero,
y si algún criollo el yesquero
quisiere hacerle fruncir,
no se lo ha de permitir..

El Sargento Arrecifero.

Cuhete

De parte de la Guardia Nacional de Buenos Aires al nombramiento del señor general de mar y tierra

Señor Presidente Costitucionero:

Sabemos los Nacionales
que, para hacernos la guerra,
general de mar y tierra
lo han nombrao sus congresales;
y hallamos que cargos tales
le caen al pelo, señor,
pues, si no es navegador
de grande capacidá,
en Palermo mostró ya
que es gaucho zambullidor.

Queremos, sí, que nos diga:
cuando tenga que embarcarse
¿cómo hará para no echarse
enfermo de la barriga?
porque el mareo fatiga
y da como chavalongo;
razón por la cual supongo
que si se embarca, a la fija,
en su primer revoltija
de tripas, larga el mondongo.

En fin, si ha determinao
invadirnos sin más tregua,
díganos si vendrá en yegua
o se nos larga embarcao;
porque acá está preparao
Usebio patagalana,
quien en figura de rana
lo batirá con la popa,
a p...istola y quema ropa
y a bordo de una chalana.

¡Barajo, qué pestilencia
será el humo de esa aición!
la Santa Federación
que le valga, Vuecelencia!
aunque Usebio en su clemencia,
como es su igual y tocayo,
lo más que hará al fin y al fallo
será soltarlo apestao,
como se lo ha suplicao
su servidor...

Cruz Ramayo.
A.

Nº 12. Buenos Aires – Marzo 19 de 1858

Asombro

En las noticias recientes
dicen (como una gran cosa)
los DEBATES inocentes,
de que «una sandía monstruosa
se han encontrao en Corrientes.»

¿Colorada o amarilla?
de eso no dicen, si no
que «diez arrobas pesó,
y que sólo la semilla
un barril de horchata dio.»

Pues la tal sandía tenía
un grandor tan formidable,
que su tamaño sería
más o menos comparable
a media pipa vacía.

De tal cosa, sólo un payo
se asombra; porque en CASERO,
un día tres de febrero,

Urquiza se halló un ZAPALLO
mucho mayor que un ternero:

Con el cual el hombre pudo
hacer horchata y licores;
pero hizo cosas mejores,
haciéndose el Diretudo
general de aguas mayores.

La visita de Aniceto a Ratapinga

Vaya, paisanos: ahí tienen otro nuevo Gallo que sale medio flojón, porque ya se suena que a Vuecelencia el Entrerriano general de ambas vías redepente se le ha encogido la guapeza, y ha reculao la cosa del ultimato, alegando que ÉL no ha soltao tal balaca, sino que su ministro el cantor de Carolla es quien mandó el documento, sin la conciencia del señor Diretudo panzudo. ¡Óiganle al invasor de los cotigentes de a quince mil!

Por supuesto, todo eso que alega Vuecelencia es nada más que una gauchada; de balde ahora saca el cuerpo y recula... porque se le chingó el cuhete, luego que el coronel Granada se basurió a Calfucurá con toda la Indiada que ha ido a guasquiarse al infierno, y que el coronel don Emilio Mitre le está desde la Loma Negra poniéndole los puntos al Diretudo Sicofantástico. En ancas, se ha sentao de golpe el balaquero presidente, porque todos los señores Cipotenciaros uropeos le han hablao fieramente a respeto de las alianzas con que cacarea el Zambullidor.

Velay la causa de la sofrenada que ha pegao Vuecelencia, cosa sabida ya por muchísimos nutriales que han llegao del Paraná ahora poco, y la mesma que yo he averiguao como se las cuento: oigan.

Ayer al tocar las doce llegué de los Corrales del Alto, aonde me almorcé un matambre con tortas y mucho vino superior, y medio chamuscao enderecé a la casa de mi amigazo el patroncito de la Tribuna ratapinga, que vive en la calle de San Francisco.

Pues, señor, en la mesmísima puerta me le apié; y después de maniar mi potrillo, entré a la casa, y sin ruido me iba colando hasta el fondo,

cuando tuve que hacer alto en la puerta de un cuarto muy sahumao, en donde estaba el mocito haciendo medio día y sentao como pegadito a una niña, que da comezón el verla tan primorosa.

Redepente el patroncito, que es un lagarto de vivaracho, me sujetó dándome el grito:

-¡Ché, qué fortuna, el amigo Aniceto por acá! Adelante. ¿Cómo está, compañerazo?

-Alentao, patroncito; y me le entré al cuarto... ¡jojo a la moza!

-Me alegro, amigo Gallo: y así tengo el gusto de presentarlo a esta señorita mi esposa y su servidora.

-A lo mesmo, patroncito; ya veo que la niña es una joya, y que usted es muy dichoso en el amor.

-Gracias, Aniceto: ahora sientesé pues en esta butaca blandita.

-¡Mutaca blandita! que se siente un maturrango, que yo no caigo más en otro resumidero: ¿se acuerda?

-¿Ja, ja? sí, me acuerdo: pero este sillón no esta inflado, como aquel en que usted pegó la sumida hasta las agujas. Siéntese no más con toda confianza y almorzará en mi compañía.

-Le agradezco, patroncito: ya estoy lleno.

-Sin embargo: probará una omeleta. ¿No le gusta?

-¿Mulita dice? sí, señor; peludo también me gusta, pero por ahora sólo apetezco un cimarrón.

-Corriente: al instante le haré dar mate; tome asiento.

-Vaya, pues, ya que se empeña, le haré el gusto (le dije), y me le afirmé a la mutaca, la misma que pegó un resoplido cuanto le asenté las nalgas.

-Con que, amigo Aniceto, ya sabrá usted que Urquiza no nos invade por ahora.

-¡Voto al diablo! ¿y, por qué se anda empacando?

-¡Toma! porque ha consultado el resultado que tendrá su invasión, y le han profetizado un descalabro.

-¡Vea eso! ¿y quién?

-Un trípodi o mueble profético.

-¡Un tripo! vaya un profeta acertao: pero ¿de qué se ríe, amigazo?

-De nada, amigo Aniceto; y dígame, ¿por qué viene medio escuálido?

-¡Ñaú, ya empieza con sus terminachos! ¿Medio cómo decía?

-Medio pálido y de mal semblante.

-¡Ah! puede ser, porque ahora noches pasadas rodé muy fieramente con una hembra en ancas.

-¿Y adónde?

-En un pantano.

-¿Y cómo fue usted, que es tan gaucho, a empantanarse así?

-Le diré, patroncito: andaba yo mal montao la otra noche, y se me antojó apiarme junto a la Recoba a oír la musiquería del baile mascarao. Luego, cuando iba a retirarme, se me arrimó una moza de Turca por dentro y juera, porque venía muy divertida: a la cuenta en la confituría de la esquina le habría menudiao al coñaco y la giniebra.

Ello es que se me prendió y me dijo: «Ché, compadre, ya lo conozco; mójeme en ancas y lléveme a casa, que estoy medio en chaucha.» Como era mi comadre, la monté ahí mesmo y salí al tranco rumbiando para el güeco de la Yegua; y al llegar a la casa, en un barrial medio pantanoso, aflojó el mancarrón y se me dio güelta tan fieramente que me

tapó con hembra y todo. Velay cómo rodó, y la razón por que hasta ahora rengueo como manco de la cuerda.

-Ya lo veo, amigazo, y lo siento mucho, aunque considero que su renguera no le impedirá soltar su gaceta. ¿No es así?

-¡Qué esperanza! para eso vengo a preguntarle, si es evidente la reculada del señor Diredudo.

-Ciertísima, amigo, no lo dude: y así puede usted decirlo a los paisanos en el Gallo que suelte. -Pues entonces, amiguito, con su permiso me largaré a escribirlo para darle a Vuecelencia unos consejos razonables. ¿No le parece, patroncito?

-Buenísimo, amigo Aniceto. ¿No tiene algo que recomendarme?

-Nada más sino que cuide a la deidá de su tortolita presente.

Y me salí suspirando y pidiéndole al cielo que, de gallo que soy, me trocase alguna ocasión en la figura del patroncito de la Tribuna y ratapinga.

Alvertencias y consejos

Voto al diablo, don Urquiza,
que a costa de su ultimato
acá hemos tenido un rato
a caírnos muertos de risa.
Porque, ¡atienda! se precisa
para largar tal papel,
ser lo que don Juan Manuel
decía que es Vuecelencia:
loco malo a la evidencia
y balaquero como él.

Pero... ¡cómo lo han metido
en ese berenjenal!
¿Quién lo aconseja tan mal,
y tan fiero lo ha mecido?
¡Infeliz!... ¿no ha colegido

que lo están precitripando?
la p...unta y truco, ¿hasta cuándo
todo un señor SICONFANTA
como un animal aguanta
que así lo estén trajinando?

Oiga: cada consejero
salvaje que lo rodea,
aunque le bale, no crea
ni lo tome por carnero
es un zorro que hasta el cuero
le ha de sacar sin sentir.
Oiga, vuélvole a decir;
mezquíneles cuanto pueda
las vacas y la moneda:
mire que lo han de fundir.

Ese tal don Salvador
que allí se le hace el carnero,
es como gaucho tambero
y salvaje volvedor;
nunca dio de aguantador
prueba ninguna en su abono;
de balde hoy le sigue el tono,
verá si esa liendre en suma
no lo jo...roba y empluma...
en cuanto asigure el mono.

¿Y su ministro, el cantor
sin guitarra, don Derquis?
de balde el gato mis-mis
le baila, es más volvedor;
de ambicioso y chupador
se le humilla y lo alfatea,
se encoge y le morronguea;
pero engórdelo y verá
si al infierno se le va
con soga, estaca y manea.

Don Galán presumo que

le sea más pegajoso,
porque, como es tan baboso
pudiera pegarselé.
Sin embargo, también fue
salvaje aunque hoy le conviene
a su lao hacerse el nene
por mamarle el corazón;
pero... ya sabe, patrón,
que quien malas mañas tiene...

De su menestril de Hacienda
poco o nada le diré,
porque ese bruto no sé
si es de freno o es de rienda;
tiene sí fama estupenda
de Salvaje mordedor,
bellaco, manotador,
trasijao, y medio bizco,
de mal andar, muy arisco
y a lo último cociador.

Luego, entre sus congresudos,
aunque hay hombres que aprecoo
y respeto, también veo
que hay ciertos diablos nalgudos,
que de miedo o de conchudos
sufren allá barbariando;
pero, así mesmo ¿hasta cuándo,
general de Aguas Mayores,
presume que esos señores
le han de seguir aguantando?

¿No ve que son gamonales,
los más de ellos habituaos
a vivir entre alfombraos
y no entre bosta y barriales?
¿Cómo presume a hombres tales
sujetarlos a corral?
no, señor, no crea tal;
llegando el caso oportuno

se le han de ir uno por uno
con maniador y bozal.

Finalmente, Vuecelencia,
en la situación presente,
cuando se ve claramente
chochando su presidencia,
ni costancia ni obediencia
aguarde de esos doctores,
ni los crea aguantadores,
ni se fíe en sus consejos,
porque son salvajes viejos...
así han de ser volvedores.

En fin, si se halla apurao
por sus alianzas potentes,
y tiene allá cotigentes
para invadir a este lao,
puede someter holgao
a toda la Porteñada,
porque el coronel GRANADA,
MITRE, CONESA Y PAUNERO
dicen que por balaquero...
¡qué Cristo!... no le harán nada.

¿No se fía? ¡ja, ja, ja!
nada, señor presidente,
fíese tan solamente
del Indio Calfucurá,
o de HORNOS, quien, la verdá,
aunque siempre salvajea
y es su enemigo, no crea
ni tema, señor don Justo,
que le haga voliar por gusto,
ni le haga sacar manea.

Palermo de Buenos Aires, 15 de marzo de 1858.

Anda que te lamba un güey

Muy acertao hubiera sido que allá en el Paraná mismo, esos deplumáticos urquizanos y adulones del Diretudo, cuando éste les ordenó que mandaran de su parte el ultimato balaquero que le soltó a nuestro gobierno, muy acertao hubiera sido, repito, el que esos menestriales teruteros, al ver salir aguas abajo al documento ultimatero, le hubieran dicho en presencia del sicofanta presidente, no como hoy se usa decir en Buenos Aires -¡Aónde vas, joven guerrero! sino: ¡aónde vas, carnero! y estoy segurísimo que Vuecelencia al tiro les hubiera contestao... ¡A VER SI TOPA!

¡Pues no, tirano; y que topaba! por lo bien que se portó en Buenos Aires, cuando, fiaos en su pobrama famoso, le ayudamos a voltiar al otro Restaurador de las botijas, y que, en cuanto pisó a Palermo, empezó a barbariar y se afusiló al coronel Chilaber, sin más causa que, porque allá en Entre Ríos, cuando el Diretudo era tahúr, el coronel no quiso dejarse ganar mal, y le atracó unos guascazos por tramposo.

O será por lo que se acreditó con nuestros paisanos, cuando esa misma ocasión los hizo matar en tropillas y colgarlos muertos en los ombuses para amendrentar a los Porteños, y manotearse luego todos los millones del Banco y todos los armametos y vistuarios del parque, y por último hasta las ollas de la cocina de Juan Manuel.

Háganse cargo, paisanos, qué custitución, qué galantías ni qué chirolas puede darnos un diablo así tan sumamente desalmao y mezquino, que esa vez ni a sus paisanos los Entrerrianos les largó cuatro pesos, y que hoy mismo tiene allá en sus numerosas estancias oprimidos a centenares de infelices provincianos, de los cotigentes que rejuntan, para sacarles el quilo trabajando para ÉL de sol a sol, desnudos y galguiando de hambre, sin darles más alivio que una ración de un naquito de tabaco aventao cada quince días, y una buena cuenta de doce reales cada dos años, y me alargo; aunque es cierto que les suele atracar hasta trecientos duros por cada falta a una lista.

¡Infelices! ojalá que los trajera el Diretudo a este lao del Paraná, y vería si le quedaba ninguno sin venirse a Buenos Aires, aonde cada soldao tiene prendas lindas con que acacharse, buenas armas y buen pingo,

carne gorda y abundante, y jefes que los cuidan y aprecean, y luego ocho pesos fuertes cada primero de mes; sin tener más que hacer que los deberes de un soldao, no los de piones y esclavos de un gauchazo federal de mucanga, que, a pesar de que ya es mancarronazo en edá, jamás en su pu...erca vida le sirvió a la patria, ni para cuartiar carretas, en aquellas guerras gloriosas, que sostuvieron valerosamente los agüelos, padres, hijos y nietos de todos los Argentinos, que hoy pretende presidenciar el Diretudo mondongudo general de tierra y agua, y a lo último de ventosidades. ¡Anda que te lamba un güey!

La media caña en San Borombón

Salió de las Polvaderas,
rumbiando a San Borombón,
a mudar de población,
el gaucho Lino Contreras:
y no habiendo ni taperas
adonde se iba a poblar,
tuvo el hombre que cargar
con toda su trastería,
y un martes al ser de día
mandó uñir y caminar.

Una carreta toldada,
sobre un rodao de mi flor,
y su eje resuperior,
lecho nuevo, y bien quinchada,
hasta la tolda cargada
llevaba en esa ocasión
con trastes de precisión,
porque ni la leña es maula...
menos el catre, la jaula,
las sillas, mesa y colchón.

Era tan acreditao
el tal Contreras, ¡ah, Cristo!
que en ningún pago se ha visto
un hombre más apreciao:
además era mentao
de gastador muy voraz;

y siendo así tan capaz
el gauchaje lo estimaba,
y todo bicho anhelaba
el agradarlo a cual más.

Al caír a San Borombón
paró la carreta un día,
y al punto la gauchería
formó allí una reunión,
Cinco mozos de un tirón
a la familia rodearon,
y toditos se brindaron
a servirla al pensamiento,
por supuesto, y al momento
a tomar mate se apiaron.

Como era muy rigular,
la mujer de Lino luego
mandó a su hijo que en el fuego
pusiera agua a calentar
de ahí Lino mandó sacar
medio frasco de aguardiente...
con el mismo que la gente
lueguito dentró en calor;
y como había un cantor
se armó un baile redepente.

Velay Pilar, la Porteña
linda de nuestra campaña,
bailando la media caña:
vean si se desempeña,
y el garbo con que desdeña
los entros de ese gauchito,
que sin soltar el ponchito
con la mano en la cintura
le dice en esa postura:
¡mi alma! yo soy compadrito.

Vean luego que ha llegao
el gaucho Martín Mirazo

en un caballo picazo
con otro mozo enancao:
véanlo a Martín echao
sobre de la cabezada,
ojo a Pilar, y más nada,
mientras Lino complaciente,
al estribo, de aguardiente
le alcanza una convidada.

¡Martín en esa ocasión
no tomó de embelesao,
pero a Lino el enancao
le recibe un cimarrón.
¡Ché!... vean el manotón
que se pega en el sombrero
ese otro gaucho coquero:
sin duda estará celando
a Pilar, porque bailando
se le quiebra al compañero.

De ahí miren a la mujer
de Lino, si se despega
del cantor Antuco Vega,
que la empieza a enternecer
luego atrás se deja ver
afirmao en su picana
al picador que se afana,
esperando sólo el caso
que siga la rueda el vaso
y le alcancen la mañana

Luego está cimarroneando
al costao del picador
ese otro gaucho pintor,
que entre dientes murmurando
y al ñudo menospreciando
el canto y el baile está:
a la cuenta encontrará
de qué hacer murmuración,
o será algún quebrallón

que nada le agradará.

Tras del pértigo, notando
de la moza la esquivez
al bailar, un cordobés
se está así como rascando;
y al mismo tiempo desiando
bailar un gato siquiera
con la Porteña embustera,
porque ya la está queriendo,
y en sus adentros diciendo:
¡Ah, ingrata! quién mereciera...

De ahí, miren encarretao
a ese gauchito travieso,
a fin de robarse un queso
y una torta del atao,
después de haber churrasquiao
cuanto es posible tragar;
pero él no sabe bailar,
así es que sólo le importa
limpiarse el queso y la torta
para tener que mascar.

Velay luego el Santiagueño
poncho corto tan plantao,
y atrás al embonetao:
¡qué yunta para un empeño!
ver al primero da sueño,
y al segundo da tristeza:
ambos son, pues, de una pieza
por delante y por detrás,
fachas tristes a cual más
de los pies a la cabeza.

Ésta es, pues, la relación
del fandango improvisao
que armó Lino el renombrao
cerca de San Borombón.
Nada faltó esa ocasión;

la jarana fue completa:
como es verdá pura y neta
lo que Aniceto ha contao,
pues todo lo vio plantao
encima de la carreta.

Al Gallo

Nacido entre níveo muro
de oro y de plata formado,
viene al mundo bien dotado
de belleza y de valor:
su regia y alta cabeza,
por las leyes celestiales,
trae diadema de corales
arreglada con primor.

Su cuerpo lindo y gallardo
es fino, fuerte y ligero,
y el matizado plumero,
que de arcos graciosos es,
lleva incrustado un tesoro
de esmeralda, de oro y plata,
de rubíes, de granata
y de topacio a la vez.

Cuando el aura se aproxima
con sus deditos de rosa
a abrir la puerta preciosa
tras la cual encierra el sol...
él es el primer dichoso
que con voz clara y sonora
saluda a la bella aurora
que trae oro y arrebol.

Es celoso, más celoso
que la niña enamorada;
y como lleva una espada
en cada uno de sus pies,
por sus celos dominado,

con sus armas siempre vela
como alerta centinela
a las puertas del Harén.

Mientras se halla en su serrallo
él es rey omnipotente
y si llega un insolente
a querer robar su amor...
él orgulloso, atrevido,
alzando el cuello altanero,
como valiente guerrero
carga al rival con furor.

Y por ser de estirpe regia
como muestra su corona,
nunca esquiva su persona
al atrevido rival;
y hasta quedar en el campo
o hasta que él al otro mate,
combate siempre y combate
el belicoso animal.

Andrés Algañarás.

Nº 13. Buenos Aires – Marzo 27 de 1858 – Jueves Santo

Semi-papeleta

Algunos leyendo el canto
del Gallo número tres,
pueden sin susto tal vez
salir el Sábado Santo,

Con un buen par de pistolas,
por el riesgo y por las dudas
de que los tomen por Judas
y les atraquen las bolas.

A.

Maquinas ultimateros del presidente de los teruteros

¡Qué les cuento, paisanos letores del Gallo! Sabrán pues, que atrás del profundo silencio en que se ha quedao la balaca del ultimato urquizano, y la invasión que nos pensó soplar el Diretudo casacudo con quince mil teruteros aliaos al Brasil, a Calfucurá y los blancos Rosines de la Banda Oriental, éstos, en lugar de mandarle a Urquiza los dos mil reclutas, que se decía estaba reuniendo en la otra banda un tal comendante Batarrica, muy conocido y mentao en Vizcaya, y en el otro lao allá por el CERRITO, aonde nueve años le sirvió de degollador al dijuntito Oribe, que ahora ni los diablos se podrán averiguar con él allá por el otro mundo...

He oído, como les iba diciendo: que el tal Batarrica ya diz que no vendrá con el rejuerzo de los dos mil; pues, lejos de eso, ahora últimamente el blanquillaje copetudo de la otra banda se pronuncia muy quejoso contra el señor Diretudo, diciendo que este calandria los ha metido hasta el diablo con su alianza, y que al fin no les cumple nada de lo que Vuecelencia prometió: pues ni les ha quitao los derechos diferenciales para que la duana de Montevideo hoy diera un poco más de leche, ni retira los soldaos entrerrianos de la costa del Uruguay, aonde están carniando vacas orientales y comiéndolas por la patria... y con cuero.

Y lo que es peor, que ahora se empaca el Diretudo y no hace la terrible invación a Buenos Aires, cosa en que los blanquillos Rosines fundaban grandes esperanzas, creyendo que de acá saldrían en bandadas emigrando los extranjeros y los salvajes unitarios, otra vuelta para Montevideo a sacarlo de la atrasada y tristísima situación en que se halla, después de la horrorosa matanza de los más valerosos jefes, oficiales y tropa, hecha inicualmente en el Paso de Quinteros. -Déjense andar no más los degolladores, supuesto que a degollar tocan.

Pero lo más gaucho y gracioso que se suena es, que el Diretudo, habiéndose medio asustao por la nota apretadora que le sopló el señor Ministro inglés a respeto de la carnicería infame del Paso de Quinteros, Vuecelencia el Entrerriano cabulista piensa ahora de nuevo garrarle el lao de las casas al señor Ministro de Ingalaterra; y para eso diz que el mesmo Diretudo ya está pensando hacerle echar un pial de volcao al

Gobierno de Montevideo mandando a relevarlo con el general don Venancio Flores... Vean no más, si será cabulista el costitucionero.

Bueno, pues: como el GALLO lo cree al liendre Diredudo capaz de cuanta diablura puede imaginarse, y como ya se dice que en Buenos Aires hay muchos patriotas orientales, emigraos y escapaos de la dijuntiada del Paso de Quinteros, creyendo de lleno en la buena disposición de Urquiza para voltiar a los blancos de la situación, Aniceto les previene a dichos patriotas orientales que abran el ojo antes de largarse a Entre Ríos, como algunos están diciendo que lo harán, confiados en las cábulas que el Diredudo está ya poniendo en juego, a fin de reclutar a hombres desgraciados para emplearlos en su servicio, sin darles al fin más recompensa que un zoquete de carne flaca y muchas roncas y azotes... cuando no se les vaya al pezcuezo.

Abrirlos pues, paisanazos, y no dejarse prender con bolas de carne.

Carta

Del sargento mashorquero Rudesindo el Carancho a su general que fue allá en los tiempos funestos.

Palermo de San Benito, cañada de Miserete, a diez y seis de diciembre del año cincuenta y siete.

Al Ilustre y Excelentísimo señor don Juan Manuel Rosas, brigadier general que fue de los ejércitos nacionales de la Confederación Argentina, Herodes del Desierto, restaurador de las mochilas, jefe supremo de Buenos Aires y defensor heroico del continente americano.

Señor:

Con su perdón, Vuecelencia,
voy a escrebirle confiado
en su federal agrado
y fina benevolencia,
por noticiarlo... en la ausencia
de su tierra, donde alvierto
cosas tales, que no acierto
a escrebirle; y digo más,

que es Vucelelencia incapaz
de verlas sin caírse muerto.

Porque ¿cuándo aguantaría
ver arrumbadas las cosas
que el onipotente Rosas
en Buenos Aires lucía?
ni a los Porteños que hoy día
tan fiero se han sollevao
que al infierno han arrojao
el cintillo mashorquero...
y al carro del basurero
el chaleco colorao!

La pandilla del hembraje
unitario endemoniada
se ha puesto de cola alzada
y más brava que el machaje:
toda de color salvaje
se viste, por decontao:
¡las viera de lao a lao
andarse a golpe de taco,
sacudiendo el miriñaco
y sin moño colorao!

A más de eso la gringada...
del otro lado del charco
diariamente llega un barco
y nos larga una manada:
el mes pasao de coplada
cerca de tres mil llegaron,
¡por Dios! y cuanto se apiaron
a pata se dieron maña,
y en la ciudá y la campaña
toditos se acomodaron.

Luego entran a trabajar
al instante se arman ricos,
porque son como burricos
poniéndose a trajinar:

ya no saben qué inventar
en fábricas y maquinas,
ligándose con sus fines
a la gauchada porteña,
que con los gringos se empeña
en fundir a los Rosines.

¡Considere pues, señor,
al punto que hemos llegao
por no tener al costao
a nuestro Restaurador!
aunque hoy le saldrá mejor
dejarse andar por allá,
aonde me dicen que está
de grasa hasta los cachetes
de tanto tragar bisquetes...
que no tragaría acá.

Pues, si viene, hágase cargo,
un muelle nuevo tendría
que cruzar, y trotaría
como seis cuadras de largo,
expuesto a que un viento amargo
le soplase del mordeste,
y arrejando a que le cueste
el que ahí mesmo las Porteñas
lo sacudan de las greñas
y lo tiznen de celeste.

¡Color maldito! y hoy día
le han tomado tanto apego,
que hasta celeste es el fuego
que suelta la lucería
por una cañutería
llena de gras de vapor,
que encendido da un jedor
igual a orines de gato,
pero dicen que es barato
y que alumbra más mejor.

Esta jedionda invención
se le debe a un Mestri-Bagre,
inglés que hasta con vinagre
se mama no hallando ron:
este y otro tal Norton,
ambos parientes de Gestas,
para remate de fiestas
nos han traído estos bribones
la cometiva y güevones
y ruina de mis carretas.

También han hecho una duana
barriguda, y barrigones
se han puesto los salvajones
de quienes la obra dimana:
pandilla ruin que se afana
en hacer preciosidades,
que allá por esas ciudades
podrán ser de conveniencia,
pero que acá, Vuecelencia,
son puras barbaridades.

A esto le llaman pogreso
los salvajes hablantines,
mientras los pobres Rosines
agachamos el pescuezo,
sin manotiarles ni un peso,
ni hacerles ningún reproche
al verlos que a troche y moche
nos desprecean y arruinan,
y después que nos trajinan
pasean holgaos en coche.

Bien decía Vuecelencia
con justísima razón,
«que los Unitarios son
ladrones tan sin concencia,
que en la menor ocurrencia
meten hasta el diablo el codo:»
y si no, vea del modo

con que un salvaje unitario
se ha robado del sagrario
la hostia con custodia y todo.

.....

¡Qué miedo!

Dicen que ha dicho don Justo,
barbariando entre otras cosas,
que Él fue quien nos quitó a Rosas
y que Él lo ha de traír por gusto,
y para darnos más susto
dice que vendrán en yunta;
¡Cristo! pero, a esta pregunta
¿quién me contesta? oiganlá:
¿por fortuna no vendrá
el Diretudo en la punta? ¡ja... ja... ja!

Vaya una indireuta

Sin duda, hay un platero
por la Conceción,
ROSISTA, TERUTERO,
y tan quebrallón
que contra el GALLO
dice barbaridades.
¡Si será payo!
Miren qué Rosín - tan desvergonzao,
sin duda por eso - lo habrán desdentao.
Métete no más
con el gaucho Aniceto,
y te rascarás...
¡Hijuna gran... pa,
cuando el GALLO te suelte
en una estampá!

Al engaña pichanga

Por la calle del Perú,
explicándose algo mal,
un Inglés medio bozal

noche a noche de surtú
se pasea muy formal;

Y cuando de miriñaque
se le zarandea Elvira, así que el Inglés la mira
por atrás, le dice en jaque:
«¡andá... culi-di-mintira!»

Cacharpas

Señor ministro de guerra,
por lástima o por favor,
o más bien por el honor
de la patria de su tierra...

Alivie a la oficialada
infeliz de la Ispeución,
pues, siendo tan escasón
el sueldo, anda aguiluchada.

El Núm. 7

De este número es sabido
todo cuanto el Nacional
dijo en un hecho local,
echando solo en olvido...

Que siete meses duró
el sitio aquel que don Justo
nos puso, hasta que de un susto
zambulliendo disparó.

Hoja suelta

Revuelo de Aniceto el Gallo
Campamento en la Cañada de Cepeda, a 10 de setiembre de 1859.

Señora doña Aniceta Rocamora.

Mi querida esposa:

Sabrás que al fin se ha largao
a caballo el balaquero
Urquiza, que desde enero
sin apiarse anda montao.
¡Cómo vendrá de escaldao
¿No te haces cargo, mi vida?
trairá la cola fruncida
y se tendrá que ensebar
cada rato, antes de dar
por acá otra zambullida.

Pero, si en la que pegó
la vez pasada en Palermo,
con su peladura enfermo
pudo juir y se alivió,
fue porque, apenas montó
al bordo de un barco inglés,
desde el cogote a los pies
los marinos lo ensebaron,
y enjabonao lo llevaron
a Gualeguaichú otra vez.

Mas hoy que vuelve escaldao,
bichoco y tan barrigón,
y diz que algo mansejón,
aunque anda todo trabao,
si lo topa algún soldao
de HORNOS, en esta flacura
de Rosines, lo asigura,
lo embozala, se le sienta...
y lo larga hecho osamenta
¡con tamaña matadura!

Así, déjalo allegar
aparentando poder,
que ya tendrá qué morder
si trata de relinchar,
o presume que ha de hallar
Porteño que se le cuadre,
ni quiera hacerlo compadre,

ni pretenda en estos casos
sino darle más guascazos
que besos le dio su madre.

Yo al menos, como al fandango
ya me le pienso afirmar,
y si consigo voliar
al presidente guarango,
lueguito me le arremango,
y al colmo de mi deseo
lo muento, lo galopeo
a bajarle la barriga,
y si medio se fatiga,
o se aplasta, lo cuereo.

¿Qué te parece, Aniceta,
la intención? ¿no te da risa?
¡pobre Diretudo Urquiza,
ya está viejazo y maseta!...
pero, mesmo así sotreta,
a fuerza de hinchar el lomo
ha logrado no sé cómo
ser un malevo sin hiel,
y de su amo Juan Manuel,
hacer el segundo tomo.

En fin, chinita adorada,
calentamé a tu tocayo,
cosa de que largue un Gallo
para la teruterada:
pues tan ruin y tan delgada
la tiene Urquiza en enjambre,
que a ÉL mesmo puede que de hambre
redepente lo atropellen,
¡ahi-juna... pu! lo desuellen
y le coman el matambre.

Con que, mi alma, hasta la vista:
que el papel toca a sus fines,
como tocan los clarines

ahora mesmo a pasar lista.
Rogale a Dios que me asista
en la presente campaña,
y que me deje dar maña
hasta conseguir mi gusto,
que es toparme con don Justo
y trajinarle una entraña.

Después de eso vos verás
cómo todos los paisanos
luego nos damos las manos
y ya no peliamos más;
pues sólo tendremos paz
libres de ese Mashorquero
presidente terutero,
manotador y ambicioso,
a quien rastrea hoy tu esposo

José Araoz El Lujanero.

Nº 14. Buenos Aires – Octubre 1º de 1859

Ahí te mando, primo, el sable:
no va como yo quisiera;
de Tucumán es la vaina
y de Salta la contrera.

Don Venancio Undebeita.

*Artículo de fonda. - El refrán veterano. - Mi salida. - Hágome el petizo. -
La picana de don Manuel Pérez. - El cielito. - El truco de Virotica. -
¡Retruco y barajo! - El güevo. - La chalana y las pelotas. - La chorizada
de Bilbao. - Urquiza alunao. - El coronel Fausto. - Vuelta al reñidero, y
allá va el Gallo.*

Cuando al general Tristán
lo imprimó la patria gaucha
hasta pelarle la chaucha
en Salta y el Tucumán,

salió entonces de refrán
aquel verso inolvidable,
por tan gaucho y aplicable
a todo golpiao, si en copla
sale un paisano y le sopla...
¡ahí te mando, primo, el sable!

¿No es verdá, paisanos, que el refrán veterano es chusco y gaucho? Mesmamente: y por eso como yo también soy gauchón y ando con sangre de pato, con cierto justo motivao, velay que hago ahora esta nueva salida, a ver si encuentro algún otro general primo o golpiao, para atrácarlo en copla bien o mal concertada, y pegue o no pegue, como solía soltar versos el difunto bendito don Venancio Andabestia, pueta del tiempo de la pajuela.

Pero antes de entrar en argumento, alviértole al auditorio, que, en lengua gaucha, el decir un primo, es lo mismo que decir un golpiao, un cantimpla, un tilingo, un zonzo, un lele, un payo, y la ecétera de don Gaspar...

Adelante.

Hecha esta alvertencia, dígole al público, que como yo no he pelechao haciendo gacetas, ni presumo de ser escribido o versista, ya había tocao retirada a respeuto de soltar más Gallos, con todo de que a veces me tentaba a largarlo el ver lo que porfía y forcejea el señor de Urquiza, Diretudo cabezudo, por costitucionarnos, manotiarnos y sicofantiarnos. ¡Zape, diablo!

Pues, a pesar de tal majadería terutera, se guía yo mi propósito, y calladito me andaba haciendo el petizo, riéndome solo en mis adentros del cacareo, las balacas, las proclamas, y la guerra tremenda y enfurecida del general Colafruncida; pero el diablo sin duda, como es tan tentador, vino y le metió la cola a mi amigo don Manuel Pérez, quien, de puro urquizano, renejao y cándido (a lo Limeño), una mañana se puso a picaniarme, apostándome 200 pesos a que yo no soltaba el Gallo de miedo de la invasión, cuando el Diretudo don Justo pensó venírseos con su chalana y las pelotas de cuero aquellas, que por acá supimos que estaba armando Vuceleñencia, porque en una gaceta de acá salieron

las décimas que voy a imprimir abajo de esta llana, donde las leerá el que guste.

La gaceta decía así

NOTICIAS FRESCAS DE LA ARMADA INVASORA

Buenos Aires, y febrero de 1859.

Diz que en cierto embarcadero
del Paraná se halla Urquiza,
armando en guerra a la prisa
tres mil pelotas de cuero,
¡cada cual con su mortero!
y una tremenda chalana
que será la capitana
de aquella escuadra pujante,
en que vendrá de almirante
don JUSTO Macarandana.

Gente sólo le ha faltao
para hacer marinerada;
pero, con teruterada
dicen que la ha tripuliao,
¡diablo! y que determinao,
sin más barco, ni más flotas,
terutereros ni gaviotas,
se nos viene en su chalana,
mandando Macarandana
la invasión de las pelotas.

Pues, señor, y como les iba diciendo: a pesar de tales noticias, cuando lo vi bolsiquiar sacando los doscientos pesos el amigo Pérez, yo saqué de mi tirador otros tantos, hicimos la apuesta con depósito, y... ¡qué diablos! esa misma tardecita, a salud de don Manuel el parador, le canté a Vuecelencia las coplas y el cielito siguiente:

Como mi amigo y querido
paisano, don Eme Pérez,
el chiche de las mujeres

por idéntico a Cupido,
de infeliz se ha presumido
que la invasión cacareada
tiene a la gente asustada,
y al Gallo en particular,
lo quiere desengañar
por medio de una versada...

Aniceto el Gallo

Cielito del terutero

¿Con que el tremendo don Justo
ha dao término a la tregua,
y por fin montao en yegua
viene a matarnos de un susto?
¡Ay, cielo!... ¡Barbaridá!
de invasión precitripada,
si es en yegua preñada,
el hombre cómo vendrá!

De ahí, si por suerte no pasa
la calor que hace al presente,
¿no pudiera al Presidente
redetírsele la grasa?
Mi cielo, temo y supongo
que aun viniendo el viejo al paso,
si lo pilla algún solazo
se le haga aceite el mondongo.

¿Quién diablos lo habrá tentao
a semejante invasión,
estando tan barrigón
y de yapa abichocao?
Cielito: tome un consejo,
señor don Justo José,
no se venga, mire que
para tal cosa está viejo.

Hay gauchos en esta tierra

que mesmamente dan risa,
pero el Diretudo Urquiza
con sus balacas de guerra...
Cielo mío, es por demás
de loco para esas cosas,
de suerte que a su amo Rosas
¡lejos! lo ha dejao atrás.

Deje toda esa bambolla
«que ya voy; que de acá a un mes...»
véngase ya de una vez,
le sumiremos la bolla.
Cielo, porque es de alvertir
que colegimos sus fines,
y que se pela a maquinas
para hacerse RELEGIR.

Cese pues de balaquiar,
véngase ya cuesta abajo
y evítenos el trabajo
de tener que irlo a buscar.
Cielo, porque unas gaviotas,
que esta mañana han venido,
cuentan que se le han podrido
la chalana y las pelotas.

Hechas pues las coplas anteriores, por supuesto le trajiné los doscientos
al mozo infeliz, los mismos que cabalitos se los di de limosna a los
pobres de la Recoleta.

Después, a la cuenta mis versos llegaron a Gualaguaichú, aonde se
agravió por ellos cierto Cantimpla llamao Virotica, quien, de tapao bajo el
poncho de un imaginao Barriales, me truco a desvergüenzas; pero luego
supe que allá en Entrerríos no había tal chimango coplero llamao
Barriales, sino el mesmo Virotica, secretario y tiernísimo yerno del
Diretudo, a quien no se le despega bailándole de pelao, o el pelao, que
es idéntico a la gazuza.

De juro, me calentó el manflorita con sus relinchos, y me obligó a
soplarle el tapón de más abajito: y si volviese a rebuznarme, ¡ahi-juna! le

prometo atracarle gallo y más gallo hasta hacerle largar un güevo
morrudo y jediondo, como de terutero.

Velay va el tapón que le prendí: con permiso del auditorio.

Retruco a virotica

Señor Imprentero del Nacional.
Buenos Aires, a 28 de abril de 1859.

En su gaceta, patrón,
por la patria hágame un cabe
para la viruta suave,
que largó a continuación
por toda contestación
al Virotica coplero
Barriales y Cantafiero,
poeta de la manada
que va a morder cuando invada
Justo Panza y Terutero.

ANICETO.

Dice un refrán que no es mengua
dar ciertas contestaciones,
cuando para ello hay razones;
y, a cada bruto en su lengua.

¡Barajo! ¡qué versería
puerca la del tal Barriales!
ahi-juna pu...! ¿en qué andurriales
ese bruto nacería?
¿Qué yegua lo pariría
que al pujo no reventó?
cuando diz que lo largó
¡con seis patas! y que al verlo
tan animal, sin lamberlo,
alzó el rabo y lo solfió!

De ahí, cuentan que entre un maizal

con leche de choclo y miel
lo crió un gaucho de Montiel,
hasta prenderle el morral.
Entonces el animal
de juro se hizo maicero,
y después de eso afrechero
insaciable, hasta que al fin
ya es bruto grande y Rosín,
roncador y mashorquero.

Pues, ese mismo bagual
me ha salido relinchando,
y como contrapuntiando
de versista federal.
¡Habrased visto animal
más jediondo y presumido!
sin duda se ha persuadido
que saliéndome a toriar
yo me voy a calentar;
pero, sepa ese aturdido...

Que a todo bruto Rosín,
que me hace coplas iguales
a las del tapao Barriales
le contesto a lo mastín;
que cuando un cuzco ruin
con ladridos lo torca,
el mastín lo desprecea,
y en vez de echársele encima,
ni le gruñe: se le arrima,
alza la pata y lo mea.

Después de estos lances, volví a dejarme andar calladito, pero luego sucedió que, ahora días pasaos en compañía del señor general don VENANCIO FLORES, cayó de Entrerríos a esta ciudá una pandilla de jefes, oficiales y soldados, todos Orientales amargos y más coloraos que el fuego, que es lo mismo que decir: Salvajes Unitarios.

Entre los nombraos llegó también un amigo mío de todo mi cariño y confianza, como lo es el señor coronel don Fausto Aguilar, hombre que

en la guerra siempre anda puntiando a vanguardia, haciéndose el desganao de peliar (con tigres, digo yo), pero que, en ofreciéndose un entrevero, es capaz de tragarse hasta de a seis teruteros a un tiempo; y que de yapa todavía se queda lambiendo por un gallo de los míos. ¡Vaya un buitre insaciable!

De por fuerza: cuanto supe su llegada, enderecé de carrera a visitarlo, encontrándolo felizmente en su casa a eso de la oracioncita.

Así que llegué, y que me iba colando en la sala que estaba llena de oficialada y medio oscura, el coronel Fausto, que es un lince, me clavó el ojo y se me echó encima prendiéndome un abrazo a lo soldao, con el cual me hizo crujir los costillares... ¡La...pu...janza en las muñecas! De ahí me mandó sentar a su lao, y agarró la taba diciéndome:

-¡Por Cristo! mi sargento Aniceto, ¡cuánto me alegro de verlo! ¿cómo le va de salud? pues desde el tiempo aquel, en que estuvimos juntos en la zapallada de Caseros, hasta hoy, nada he sabido de usted. ¿Dónde sale, amigazo?

-De por acá no más, amigo coronel Fausto, y va me ve algo alentao. ¿Y a usted cómo le va yendo?

Hombre, a mí me va viniendo la gana de campo afuera, pues, como he llegao a pie, deseo y necesito pronto apretarle la cincha a cualquier Rosín de esos de por el Rosario... por más mordedor y bellaco que sea.

-¡Ay, hijito, qué deseo tan indireuto! ¡óigale al colorao viejo!

-Cabal: y además deseo saber ahora mesmo, amigo Aniceto, si ¡no trai el gallo de mi afición.

-¡Adiós diablos! ya lo sentí venir, pero no se lo traigo, porque no lo he soltao, ni ya me entretengo en eso.

-¡Voto a Cristo! ¿Cómo es eso que ahora en la ocasión más linda y calentona se empaca y no suelta el gallo? ¿entonces en qué diablos se entretiene?

-¡Me ando no más despacito en procura de trajinar una polla fina y linda, como para sacar cría, y entonces sí verá uste que...

-Salga, amigo Aniceto: ¿sabelo que yo pudiera ver si usté se anda así lerdiando? es que de repente don Justo lo pille a tiro y le atraque un trajín y una polla de mi flor! ¿Oye?

-¿De veras? ¡oh! ¿y por qué?

Chancita: que se lo digan acá mis compañeros, y después no se encoja:

-¡largue prontito el Gallo y abra el ojo! que lo primero le conviene a nuestra causa, y lo segundo a usté para salvar el cuero y acreditarse, a fin de hacer carrera linda en la milicia.

-¡Pues no, mi alma, y que hacía yo carrera linda en la milicia largando gallos!... No diga, coronel Fausto.

-Sí digo, sargento Aniceto; sin duda de que aquí ya sus paisanos cuando menos le habrán dao un buen cargo.

-Pues, señor, se equivoca muy fiero, porque acá los salvajes de hoy en día no me han dao ni leche, cuando a veces la redaman sobre algunos maulas mamones, ni tampoco tengo más cargo que la gineta aquella que, después de la aición de Monte Caseros, me dio don Justo José, a quien sea del modo que fuere se la debo; pero a los unitarios de ahora no les he merecido nada, sin duda porque soy poco pretencioso, y medio cimarrón para acercármeles, cuando largan nombramientos por cargueros; pero, como por eso yo no me he de resertar de la banda en que siempre me aguanté sin agraviarme por nada, sigo y sigo defendiendo el pleito por la Patria y nada más. ¿No le parece, coronel Fausto?

-Muy bien: y me parecerá mejor que, a pesar de lo que me ha dicho, suelte el Gallo, porque nos divierte mucho y anima a la paisanada, y en ancas porque a los mismos terutereros les gusta, y que sólo al viejo Justo lo abomba y lo hace rabiar.

-Eso es cuento, amigazo: ¿qué caso ha de hacer el Diretudo de mi Gallo infeliz?

-¿Qué dice? ¿que no le hace caso? Oiga: ahora poco tiempo, cuando nos preparábamos en Entreríos para sacarle el cuerpo a Urquiza, sabíamos por allá, de buena letra, todo el entusiasmo que había aquí entre el Porteñaje, y leíamos todos los periódicos de esta ciudad que iban chispiando contra el Viejo Soberbio, pero como no viamos ni una copla de Aniceto, medio desconfiando decíamos: ¿cómo es esto que ahora tan luego el Gallo ha cerrado el pico? ¿si le habrá entrado moquillo, o estará juído, o si estará envaretao, o por ladiarse del todo en esta cuestión?

-¡María Santísima! ¡qué esperanza! cuando usted sabe bien, coronel Fausto, que yo soy y seré siempre Salvaje Unitario, de opinión firme como palo a pique, y que ni el diablo me ladea. ¡Vaya, vaya, con sus dudas! ya me están haciendo calentar, no embrome.

-Me alegro: justamente es lo que yo quiero: templarlo en su lindo y hacerlo corcoviar hasta que suelte el Gallo; y de fijo que lo suelta cuando le diga yo algo más.

-Bueno pues, prosiga y desembuche de una vez.

-Pues, como le iba diciendo: en esas dudas estuvimos hasta que por fortuna y casualmente yo, y acá ese compañero, nos hallamos en presencia del viejo Justo, al tiempo que un tal Bilbao acababa de hacerle la lectura de un larguísimo chorizo de su misma Gaceta (como les dice la Tribuna).

-Y es verdad que la Tribuna así los llama a los argumentos de don Pancho el Ráculo.

-Pues bien, ese mismo día Urquiza tenía ya entripada la noticia de que le fallaba la alianza del Paraguay y el Brasil: y que Cafulcurá lo andaba medio embrollando; y supo también ese mismo día temprano, que un vapor de los de acá lo había manoteado, de un barco en el Paraná, nada menos que dos mil garabinas y tres mil sables, entre los cuales le mandaban para él uno muy rumboso con vaina de plata, regalo que le venía de perilla cuando el viejo está tan escasón de armamento.

-De por fuerza: ¡con tantísimos ejércitos que tiene armaos!

-Hágase cargo, amigo Aniceto.

-¡Pues no: barajo! ¡y cómo estaría de alunao por la falsiada de las alianzas, el manoteo del armamento atrás, de la ocurrencia de metérsele allí ese cócora de Bilbao a soplarle la longaniza o chorizo o argumento de su gaceta. ¡Barbaridá!

-Pues, con todo eso, don Justo no se calentó fiero sino cuando, para rematar la fiesta, entró ese su secretario Virotica trayéndole fresquitos los nuevos versos de usté, y que, como despreciándolos y por gracia, se puso a lerlos medio a la oreja del viejo, que luego empezó a hinchar las narices y a rascarse los cuadriles, medio clavándose las uñas, hasta que a media letura reventó, pegando un bufido y diciendo: «¡Ahi-juna grandísima pu... salvaje perro: seguí no más largando Gallos, que el día que yo te agarre, juro y prometo hacerte engrasar bien la cabeza, y después de hacértela quemar como chicharrón yo mismo, de un revés te la he de cortar en el chiquero de los chanchos. ¡Anda, no más, pícaro piojoso!» ¿Qué le parece, amigo Aniceto?

-¿Qué quiere que me parezca? Calentura del Vuecelencia y nada más. ¿Con qué me va a cortar nada si anda tan desarmao, y yo le tengo acá el corvo ese de los tres mil que le manotiamos? ¿con qué, repito, me puede afirmar el corte seis para descogotarme en el chiquero? con nada. Aunque ahora que viene al pelo, encuentro un cabe para facilitarle arma y quedar bien con el costitutionero.

-Vamos a ver, ¿qué piensa hacer para desagaviarlo?

-Nada más que soltarle un Gallo, que lleve un corvo en las patas y en la cresta la copla siguiente:

Ahí te mando, primo, el sable:

no va como yo quisiera,
del Paraguay es la vaina
y del Brasil la contrera;
los tiros son de Pa-juera,
aonde los perdió asustao
Cafulcurá que ha escapao
en una yegua rabona;

y también va una dragona
de chorizos de Bilbao.

-¡Superiorazo! dijeron el coronel Fausto y sus compañeros, de quienes me despedí largándome a dormir, sin soñar con el chicharrón que quiere hacer de mi mate el golpiao Directudo, a quien por último lo calculeo bien achicharronao con tantísimas contrariedades, chicharras y Teruteros flacones que lo rodean en el pantano que se ha metido de puro SICOFANTÁSTICO.

Carta fresca y noticiosa del Ejército del Norte

Campamento en Cepeda, setiembre 28 de 1859.

Señora doña Sinforosa Pretao.

Celebraré, amada esposa,
que esta te halle ricotona
y sin estar barrigona,
que estés siempre buena moza;
yo acá estoy como la rosa,
gracias a la Providencia,
aunque sintiendo la ausiencia
de tu amor, que es mi regalo;
ando de amores al palo,
y, ¿qué hemos de hacer? Pacencia.

Con esta carta van dos
que te escribo esta semana,
pues tarde, noche y mañana,
a toda hora pienso en vos,
que este invierno sabe Dios
los fríos que habrás pasao,
a no haberte calentao,
como cuasi lo supongo,
de día con tu morrongo,
de noche con el pelao.

Has hecho bien, Sinforosa,
como yo, haciendo un esfuerzo,

para concertarte en verso
esta carta cariñosa:
aunque lo pior de la cosa
es que he de verme apurao
para hacer tal concertao,
a pesar de que haré empeño
pero es el diablo que el sueño
me tiene muy atrasao.

Y no pensés que el servicio
me esté haciendo cabeciar,
no es eso, es el orejjar...
que siempre será mi vicio:
así anoche, con Mauricio
tu primo, en una jugada
me pasé de trasnochada,
porque me sentí acertao;
aunque había trasnochao
en la anterior de avanzada.

Pues, con todo, entre bostezos
y sin más luz que la luna,
sin errar carta ninguna,
les pelé nueve mil pesos
a unos mercachifles de esos
que, vienen de la ciudá
a pelarnos por acá,
vendiéndonos el tabaco
a diez pesitos el naco
y aventao... ¡Barbaridá!

Y aquí que corre moneda,
como en la vida se ha visto,
por diez papeles, ¡qué Cristo!
sin pitar naides se queda:
pues no hay soldao que no pueda
hoy en nuestro campamento
gastar veinte, o gastar ciento,
divertirse y voraciar,
y por supuesto pagar

sin hacer asco al momento.

Únicamente he notao
en nuestra gente un disgusto
presumiendo que a don Justo
el rocín se le ha empacao:
o que se le ha empantanao,
de juro, errando la senda
por la cual a media rienda
a venir se disponía
de un tirón, (¡y que venía!)
a traír la guerra tremenda.

Ojalá llegue mañana:
de veras que lo deseamos,
y verá si le atracamos
chuza, balas y tacana,
pues aquí crece la gana
de peliar, cada vez más;
así, a quien te hable de paz,
mientras que gobierne Urquiza,
hasta sacarle la friza...
largátele por atrás.

Por mí no tengas cuidao,
ni por naides finalmente,
porque, mi alma, entre esta gente
ni con luz se halla un morao:
sólo hay criollaje alentao,
rumboso y bien mantenido,
como igualmente lucido
a respeito de armamento,
pues tenemos, y no miento,
el siguiente contenido:

-Fusiles a Lominié,
garabinas fulminantes,
artillerías volantes
y de cohete Lacongré,
chocho largo y fiero

que encienden entre un cañuto
veinte o treinta por minuto,
y como ascuas culebriando
¡barajo! salen matando
gente y pingos a lo bruto.

En fin: ya el sueño me quiebra,
voy por eso a rematar
esta carta, y destapar
luego un porrón de giniebra,
al que, a tu salú, de una hebra
le sacaré hasta el añil;
y como siento al candil
flaquiar y hacerme chus-chus,
contento aparto a la luz
seis Loros nuevos de a MIL...

Los cuales te entregará
don Rosendo el pagador,
mozo lindo y servidor
con la mejor voluntá:
él, pues, te los llevará
sigún me lo ha prometido;
así, chinita, te pido
que al hombre lo agasajés;
pero no te descuidés,
mira que es medio cupido.

Luego, soltale las riendas
a tu gusto en el gastar,
sin dejarte trajinar
por los mozos de las tiendas.
Comprá, eso sí, lindas prendas,
como es y será tu flujo;
largale el valor al lujo,
y lucí tu aire de taco
zarandeando el miriñaco,
o, más bien dicho... el tapujo.

Con que así, prenda adorada,

adiosito, que ya espicha
el candil, cuando por dicha
mi carta está terminada.
Mañana a la madrugada,
si Dios quiere, Sinforosa,
te escribiré cierta cosa
fatal que me ha sucedido...
al firmarme -tu marido-

Anacleto Reventosa.

Boletín Sicofántico

De noticias importantísimas

Por un pájaro que en este momento acaba de llegar de Santa Fe, hemos recibido periódicos del Rosario, en los cuales se registra el curiosísimo anuncio que copiamos a continuación, y el cual aquellos periódicos lo han publicado bajo el título de:

La Sicofantada

Verso de todo tamaño y calibre:
ancho, angosto, largo, corto y libre.

Circo olímpico

Gran función extraordinaria para el día 1º de diciembre próximo, en celebridad del aniversario de la gloriosa revolución que en la provincia rebelde de Buenos Aires hicieron los heroicos Urquizanos en contra de los infames e ingratos demagogos, porteños sicofantas.

Si no amanece alunado,
o Sicofantás-meado,
el día arriba anunciado,
el presidente afamado
en la plaza del Paraná
al público le dará
una variadísima función
de danza y equitación,
a beneficio de la Invasión Urqui-Sicofantiza,
terute-espantadiza;

fiesta en que Su Excelencia
ofrece a la concurrencia,
a pesar de la ausencia
de su querido genera
del Ejército Confederal
don Geromito Costa,
que en figura de langosta
el Diretor de los directores
ese día hará primores,
si no estuviere con dolores
de flato o reumatismo,
o sicofanticismo;
pues bailará en la maroma
la chuciada y la broma
de los Arreciferos,
voleando Teruteros:
y la mashorca a bordo
huyendo de Gorordo;
o sea, HORNOS y Mitre,
por desplumar al buitro
de buche extraordinario
que se traga la aduana del Rosario.

Luego, el mismo Diretor,
si le dura el buen humor
y por gusto se le antoja,
bailará en la cuerda floja
en facha de Terutero
el Minué-Montonero,
la Resfalosa-Federala,
y las apreturas DEL TALA.

En seguida se anuncia,
que presentará su renuncia
al Soberano Congreso,
mandándola entre un queso,
y alegando para eso
que se quiere retirar
a sicofantás-mear,
allá por lejanas tierras,

en esas grandes guerras
de Europa y del Oriente;
pues se halla (el presidente)
entusiasta y decidido,
desde que medio ha sabido
allá por informes confusos
la derrota de los Rusos:
por cuya consecuencia
suelta la presidencia,
largándose Su Excelencia
sin dar más beneficios
a ofrecer sus servicios
al emperador Nicolás.

De ahí dicen más atrás,
que, como es tan indeciso
Su Excelencia, de improviso
tomó otra resolución
y cambió de opinión
al saber poco después
la muerte del mariscal francés
general del Ejército Aliado:
cosa que don Justo ha lamentado
y por la que ha determinado
irse en yegua por tierra
a Francia y a Inglaterra;
cierto que desde allí se sopla
al trote en Costantinopla,
desde que lo lleva el afán.
de empeñarse con el Sultán
para que le den el grado
del generalísimo finado.

Antes, para todo esto
renunciará, por supuesto,
a sus justas pretensiones
de humillar a los bribones
porteños Sicofantones,
desde que tiene aspiraciones
de concluir heroicamente

en la gran cuestión de Oriente
con todo Ruso viviente!
como que se morirán de susto
al saber que allá va don Justo,
llevando para ese fin
a su general Crespín,
acollarado a su mastín
Purvis, el Cancervero,
para soltarlos en algún entrevero:
y ofrece al mundo entero
el Presidente terutero
que por el siete de enero
próximo venidero,
antes de entrarse el sol,
como chuparse un caracol
se tomará a Sebastopol,
a Cronstad y hasta el Mogol,
si lo mandaren atacar,
aunque se tenga que tragar
al Peñón de Gibraltar...
para tener la gloria de triunfar
¡a sangre y fuego!
y de venirse luego
sin más tardar,
a Buenos Aires a sicofantear,
y de a pie o de a caballo
torcerle el pescuezo al Gallo.

¡QUÉ BARDARIDÁ!
¡LA CASACA POR DONDE LE DA!

Poesías varias

Publicadas con seudónimos diferentes relativas en su mayor parte a la guerra contra el tirano Rosas e inéditas algunas de ellas

Al 25 de mayo de 1810

Recuerdos

Que de las glorias de la patria hicieron los gauchos argentino Chano y Contreras en las trincheras de Montevideo el 25 de mayo de 1844

Alvertencia

Que los españoles luchos
no se quieran agraviar
oyéndonos renombrar
maturrangos y matuchos:
porque, cuando los gauchos
por la patria combatían
esos nombres les ponían,
a los que no eran jinetes,
y a un corcovo de los fletes
por las orejas salían.

Contreras recibiendo a Chano en el palenque, la mañana del 25 de mayo

CONTRERAS: Óiganle a Chano el versista:
velay está, mirenló:
¿diaónde sale, paisanazo,
tan garifo? y de armador
de 25 de Mayo,
celeste y blanco...

CHANO:...¡Pues no!
lo lindo es para lucirlo:
¿cómo está, señó Ramón?

CONTRERAS: Ya lo ve, amigo, alentao,
sin novedá la menor.
¿Qué hace, pues, que no se apea?
¿O no le da compasión
estarle oprimiendo el lomo
a su picazo flacón?

CHANO: Pues, mire que de mi hacienda
éste es el pingo mejor,
y el único que reservo
para algún lance de honor,
y no se le haga tan ruin
por verlo así delgadón,
pues cuando le cierro piernas,
aunque atropelle a un cañón,
este flete en la rompida
es como una exhalación.

CONTRERAS: ¡Ah, Chano, si ha de morir
siempre facilitador!
miren, pues, de qué sotreta
dice que es un volador;
pero, ¿díaónde diablos sale?
déjese cair por favor.

CHANO: Aguarde, no me apesure;
que vengo medio alegrón
de resultas de que anoche
nos metimos en calor,
y en el cuartel nos cruzamos,
yo y el sargento Veloz,
contra dos mozos de ajuera,
a jugar un truquiflor; en el cual últimamente
nos pelaron a los dos,
después de estar orejiando
hasta que el candil dentró
a relampaguiar menudo:
y tanto se enflaqueció
que, al echarle un ¡vale cuatro!
a uno que me retr
hasta la mecha del grito
¡a la gran... pu...nta saltó!
Al fin, en esos primores
la noche se nos pasó;
y hoy a la madrugadita,
cuando el lucero apuntó,
el corneta de la escolta

tan de una vez se florió
en la diana, que del todo
el sueño se me ahuyentó;
de manera que ensillé,
y apenas medio aclaró,
cantando y al trotecito
vine a dar por el Cordón
a un rancho, en donde acostumbro
caír a explicar mi dolor,
y luego hacerme el morrongo
si se ofrece la ocasión.

CONTRERAS: ¡Ah, gaucho! ¡Si será el diablo!
¡y tan viejo, veanló!
pero, siempre trajinista
y vasallo del amor.

CHANO: Cabal, amigo: ¿qué quiere?
no he perdido la afición.
De balde ya en los fandangos
me duermo en cualquier rincón;
no reculo... pero... atienda:
¿sabe lo que me pasó
con su hermano hoy tempranito?
Ahí me salió en el Cordón;
(¡ah, muchacho busca vida!)
ni sé como me vichó
al pasar por una esquina
el caso es que me salió,
y atajándome de golpe
al estribo me alcanzó
un vaso con la mañana,
y en ancas un cimarrón.
Luego, quiso entretenerme;
pero yo le dije, no:
que hoy es día VEINTICINCO,
y antes que despunte el sol
me voy a lo de Contreras
a pegarle un madrugón...
a pesar que por desdicha

hoy me encuentro, ¡de mi flor!
cortao hasta lo infinito
así, tengo precisión
de irme a campiar unos medios
para largarle el valor:
y aunque no tengo más prendas
de valer que este fiador,
hecho como está a la vista
de trenza resuperior,
puede que por él encuentre
quien me largue un patacón.
Al decir esto, de veras,
su hermano se me enojó,
y arremangándose el poncho
desprendió del tirador
cuatro pares de botones,
y ya me los aflojó:
de juro, poniendomé
en la juerte obligación
de tomarlos; pero ¡cuándo!...
solamente tomé dos,
quedándole agradecido;
de manera que me armó:
y lo que me vi platudo,
cogí en el mismo Cordón
y compré... velay, giniebra.
Tome, que vengo de humor
de divertirme a su lao y afirmármele al fogón,
para desechar si puedo
las penas del corazón.

CONTRERAS: Me gusta, amigo, apiesé;
echará un verde... Trifón,
poné agua al fuego a la juria.

.....
Entonces Chano se apió,
y sacando el cojinillo
la cincha medio aflojó
luego al pingo rienda arriba
y maniado lo dejó

junto al palenque, y después
a la cocina entró:
sentose, cruzó las piernas,
y así que se acomodó,
recorriendo el pensamiento
de esta suerte se explicó:

CHANO: Pues, desde anoche, paisano,
hice mi resolución
para pegarle este albazo,
y como hay satisfacción esta limeta compré
de giniebra superior,
la cual del todo debemos
apurarla entre los dos
a salú del Veinticinco
de nuestra revolución.
Con que así, afirmeselé...
¡ahora, aparzero Ramón,
que principian los repiques,
y las salvas!... ¡Bro... co...tón!
Oiga las musiquerías
y las dianas, ¡qué primor!
y... ¡vea, qué cosa linda!
ya empieza a nacer el sol
que en mil ochocientos diez
a esta mesma hora alumbró
a nuestra patria querida,
¡libre del yugo español!...
¡Ah, patria de aquel entonces,
quién te mira y quién te vio!

.....
Aquí Chano contristao
lagrimiendo se agachó.

CONTRERAS: ¡Voto-alante! No se aflija,
¿qué quiere hacerle al dolor?
Vamos sufriendo, paisano,
de la desdicha el rigor
hasta gozar algún día,
si nos da vida el Señor...

CHANO: ¿Algún día?... ¡qué esperanza!
lo mismo decía yo
cuando entonces sacudimos
el yugo del Español;
pero hoy, cuasi nada espero
al ver, amigo Ramón,
que con tanto prometernos
libertá, organización,
paz, abundancia y primores,
nuestra triste situación
le da tres rayas afiera
al tiempo de la opresión,
o más bien del rey de España,
cuando de patriota yo
abandoné hasta mis hijos
y el fruto de mi sudor,
por dedicarle a la patria
alma, vida y corazón.
Ya sabe; de veintiocho años
me le agaché al pericón,
y llevo ya ¡treinta y cuatro!
sin desprenderme el latón;
de manera que a la fecha
me aprietan sesenta y dos,
y atrás de la patria vieja
sigo meniando talón,
y más que gaucho he de ser
si me llega el mancarrón.
Así mesmo, no desmayo
del todo en la situación;
pero, eso sí, en tanto afán
me voy volviendo terrón,
sin que desde aquella patria
hasta esta haiga visto yo
más libertá, ni sosiego,
ni porvenir, que un montón
de ruinas y desengaños,
falsedades, desunión,
rivalidades, embrollas,

manoteos y ambición
de mandarnos como a brutos:
y luego por conclusión
verme como yo me encuentro
en la presente ocasión,
reducido a la miseria...
pues todos mis bienes
son tener el cuero ojalao,
y ese triste mancarrón,
este cuchillo envenao
y mi aperito cantor.

CONTRERAS: Es triste cosa, en verdá,
y de igual suerte ando yo,
pero esto poco me aflige:
otro es, amigo, el dolor
que hasta el alma me lastima...
ya se hará el cargo.

CHANO: ¡Pues no!
colijo, amigo Contreras,
de que su pena mayor
es contemplar nuestra tierra
humillada a un saltiador
como Rosas, por el cual
estamos, matandonós
entre amigos y paisanos
que un mismo techo cubrió
así es que de mis pesares
también éste es el mayor.

CONTRERAS: Pues, de semejante diablo
vamos olvidandonós,
por ser día de la patria,
más digno de hacer mención
de los triunfos de aquel tiempo
que de un gaucho fanfarrón.
¿No es verdá, aparcerero viejo?

CHANO: Cabal, amigo, ésas son,

dígole con evidencia,
las miras de mi intención:
y siendo así, de esas glorias
le hará una recordación,
la misma en que mis relatos
no irán a la perfección,
por algunas omisiones
que haré sin mala intención; pues, para hacerle al presente
completa mi relación,
no me asiste la memoria
ni me ayuda la expresión.

CONTRERAS: ¡Ah, Chano, si en los preludios
de cualquier conversación
demuestra hasta lo infinito
de su saber y razón!...
Velay mate, y... larguesé,
que ya tengo comezón
de oírle contar las campañas
y guerras en que se halló,
y que me diga, al principio
cuando la patria se alzó,
quiénes hicieron la punta.

CHANO: Me acuerdo de eso. Oigaló
La patria del año diez
en Buenos Aires se armó,
por SAVEDRA, por CASTELLI,
RODRÍGUEZ, PEÑA, VIAMÓN,
VIEITES, CHICLANA, DÍAZ VÉLEZ,
(escuche con atención)
LARREA, FRENCHES, MORENO,
BERUTI, PASOS, ¡ay, Dios!
y mi general BELGRANO,
¡de quien cuando hacen mención hasta los Pampas tributan
respeto y veneración!...
Velay, paisano Contreras,
los nombres en relación
de los primeros patriotas
de nuestra revolución.

Ellos hicieron con gloria
flamiar el primer pendón
celeste y blanco, que un día
al aire se desplegó
en la heroica Buenos Aires,
cuando el virrey español
al grito de esos valientes
la altiva frente agachó,
y con su audencia y sus leyes
a los infiernos guasquió...
En el instante después
de aquella revolución,
toda la provincia el grito
de libertá secundó,
y el gauchaje voluntario
a las armas acudió.
Por supuesto, yo hice punta,
saliendo en la expedición
con el general Balcarce,
cuando al Perú enderezó
a peliar con los Gallegos.
¡Ah, tiempo de bendición!
Pasamos por las provincias
llenos de sastifación,
y hasta Suipacha subimos
sin mayor oposición:
pero allí... ¡la pu... cha y truco!
de golpe nos embistió
fiero la maturrangada
del ejército español;
¡ahi-juna, y la sujetamos
por la primer ocasión!

CONTRERAS: ¡Ah, gauchos americanos!
qué poder les resistió
cuando a peliar por la patria
el criollaje se juntó!
¡y que no la sujetaban!
Traiga, Chano, por favor,
alcánceme la limeta,

le daré un beso...

CHANO: ¡Pues no!
velay, tome, peguelé,
y atienda... Pues, sí, señor:
en ese día en Suipacha
la patria se revolcó
a un ejército rialista,
y allí mesmo tremoló
esa bandera que tiene
dorado en su centro un sol.
Luego que venció en Suipacha
nuestro ejército, marchó
por esos cerros tremendos
del Perú, y atravesó
sembrando la libertá
en todo cuanto abrazó
pero, como era morrudo
el poder del Español,
¡cuándo lo hacía flauiar
una redota ni dos!
Así es que un tal Goyo-Nече
caliente nos aguardó,
y allá en el Desaguadero
de firme se nos paró
con doble sarracenada,
y otra vez nos atacó.
Al principio le aguantamos,
pero luego nos largó
toda la maturrangada,
¡ah, Cristo! y nos trajinó.
Dimos güelta, por supuesto,
apuraos y en dispersión,
y atrás de nosotros toda
la armada se descolgó,
y hasta llegar a Humaguaca
medio al trote nos arrió.

CONTRERAS: ¡La pujanza, el Goyo-Leche,
que sería apretador!

CHANO: ¡Qué leche, ni qué botijas!...
Goyo-Nече, dije yo:
y era ¡un duro! mesmamente;
pero luego se ablandó,
junto con un tal Tristán
que vino y se le ayuntó,
hasta que la patria al cabo
a entreambos los revolcó.

CONTRERAS: ¿Ahora salimos con ésa?
ya lo maliciaba yo:
porque acá con Vigoder
un caso igual sucedió,
cuando quiso endurecer,
y en esta plaza aguantó
veintidós meses de sitio
que la patria lo atracó;
pero, amigo, estuvo al palo,
hasta que se adelgazó
tan fiero la soldadesca,
que como una arpa salió
solo una mitá, que la otra
¡ni la osamenta llevó!

CHANO: Pues, como le iba diciendo,
ese Tristán avanzó,
y como venía engreído
todo lo facilitó.
Por ese tiempo Belgrano
a esos parajes cayó
y al general don Balcarce
del mando lo relevó,
y de ahí Belgrano en su lindo
la retirada emprendió
con el ejército nuestro,
y a retaguardia dejó
al comendante Balcarce,
su tocayo don Ramón,
que un día que la vanguardia

de los Godos lo apuró
en el río de las Piedras,
¡ah, hijito! se le agachó
y en una media angostura
el guano me les sacó:
porque, con sangre en el ojo
todo bicho allí pelió.
¡Qué sabliada a los Matuchos
medio se les arrugó
allí! pero don Tristán,
godo viejo barrigón,
y que traíba punto grande
de soldados ¡de mi flor!
no hizo alto, y al Tucumán
echando espuma embistió.
Allí el ejército nuestro
medio en apuros se vio,
y la patria con nosotros
por cuasi nada rodó
en un aujero terrible,
y a todos nos apretó.
Pero el día veinticuatro
de setiembre amaneció,
y cuando, el viejo Tristán
mas a la fija creyó
voltiarnos de una cornada,
la aspa en el suelo clavó:
siendo el caso que Tristán
ni la saliva tragó,
en cuanto Belgrano dijo
a su frente: ¡aquí estoy yo,
y están los Americanos!
¡ahora verás, fanfarrón!
¡si duebla la libertá
su cuello al yugo opresor!
y ahí no más en seguidita
la violinada empezó:
de suerte y conformidá
que, el primer atropellón
que les pegamos, Tristán

fue el primero que emplumó
charquiando con las dos manos,
y a rienda suelta salió
taloniando a los infiernos,
y con el susto arrumbó
las armas, los estandartes
y cargas de munición,
sus soldaos, su pesería,
sus cacharpas y el bastón.
Belgrano luego de atrás
cortito me lo sacó,
y al conocerlo asustao
como a pleito lo siguió
hasta Salta, pues allí.
recién Tristán sujetó:
porque el virrey a la juria
de nuevo lo reforzó
con otro ejército lindo...
que alá mesmo se lo fundió:
pues si en Tucumán Belgrano
de un golpe lo atolondró,
en Salta le dio un repaso
y ya lo redomonió;
de manera que a su gusto
mansito lo mansió.
¡Día 20 de Febrero!
la luz de tu mismo sol
allá en el valle de Salta
y acá en el de Ituzaingó,
¡triunfar a nuestros patriotas
de dos monarcas miró!
En ochocientos catorce
la patria en Salta venció
de suerte la más heroica
que en nuestras guerras se vio,
y a los trece años después,
también en Ituzaingó
la República Oriental
su independencia afianzó;
y de los mismos guerreros

la sangre se redamó
aquí y allá, porque entonces
¡todo era patria y unión!...
¡Ah, tiempo aquel! Pero en fin,
y volviendo a lo anterior,
Tristán en Salta ese día
a peliar se resolvió;
y ¡viese los batallones
que allí nos desenvainó!...
pero el ejército nuestro
tampoco le reuló.
¡Ah, soldaos los de ese tiempo!
¡qué oficialada de honor!
de mi general Rodríguez
hasta ahora recuerdo yo
lo nobleza y la bravura
con que ese día pelió,
lo mesmo que don Díaz-Vélez,
quien de general mayor
tuvo el cargo en ese día,
y en cuanto se presentó
fue el primero a quien un chumbo
del pingo lo solivió;
luego al terne Lamadrí
otra bala lo ojaló,
pero así mesmo aujeriaos,
chorriando sangre los dos,
desde el principio hasta el fin
pelieron duro en la aición.
Así un comendante Luna
allí también se florió
mandando la artillería
¡pu...cha, el hombre acertador!
lo menos cincuenta bochas
seguidas les embutió
en medio de las colunas
del ejército español.
¿Y un comendante Zuperi,
valenciano de nación?
gusto daba el verlo a ese hombre

mandar una volución,
tan sereno y tan valiente
en el apuro mayor.
Pero el más bravo oficial
que en el mundo he visto yo,
era un Oriental llamao
Benito Álvarez, la flor
de todos los Orientales,
¡ah, mozo guapo! ¡era un lión!
y hombre que facilitaba
la dificultá mayor;
y el cual desgraciadamente
en Vilcapujío murió...
¡triste suerte! pero, al cabo
en su oficio sucumbió.
Pues, como le iba diciendo
a respeto de la aición,
con las tropas del virrey
en Salta se reforzó Tristán,
y allí a los patriotas
tragarnos vivos creyó;
pero el hombre fieramente
de nuevo se equivocó,
porque luego que Belgrano
la batalla le formó
con los criollos, como al paro
de firme se le agachó,
y a cargas de todas layas
lueguito lo atolondró.
¡Qué peliar de banda a banda!
¡viera, paisano Ramón,
la resistencia que hacía
el ejército español!
hasta que muy apurao
pidió capitulación
no sé con qué condiciones,
que Belgrano no almitió;
porque todos nuestros jefes
decididos a una voz
resolvieron allí mesmo

rendirlos a discreción:
y entonces Martín Rodríguez,
que también fue de opinión
de rendirlos a sablazos,
a degüello les tocó,
y a juerza de bala y corvo
en la plaza arrinconó.
desde el famoso Tristán
hasta el último tambor.
¡Qué manguitada soberana
allí los amontonó!
y en seguidita al Cabildo
Martín Rodríguez subió
y en la punta de la torre
trionfadora les plantó
la bandera de la Patria,
y tres ¡vivas! lo pegó.
¡Ah, patria! las dos seguidas
al viejo Tristán le echó,
una en Tucumán en puertas
y otra en Salta trascartón.
De resultas de ese triunfo
en nuestro poder quedó
prisionero todo junto
el ejército español:
el mismo que al otro día
en destilada salió
a un lugar que desde entonces
se llama el Campo de honor,
y al pie de nuestras banderas
vieron todos como yo,
que, desde el guapo Tristán
hasta el último tambor,
a la bandera Argentina
uno por uno rindió
las armas del rey Fernando;
¿Qué dice, amigo Ramón?

CONTRERAS: Digo que Tristán ¡ay-juna!
a la cuenta se escapó

con las bolas que Belgrano
en Tucumán le prendió,
y hasta Salta echando diablos
relinchando disparó;
pero que MARTÍN RODRÍGUEZ
allí otro par le largó,
¡ah, gaucho! y en ese tiro
de firme se las ató.
¡Qué vitoria! Mire, amigo,
se me ensancha el corazón
al recordar esos tiempos,
pues también anduve yo
en las guerras de esta Banda
cuando la patria triunfó:
¡ah, Orientales los de entonces!
¡ah, mi coronel Rondó!
Rivera, Pérez, y Vázquez,
Quinteros, y una porción
que hoy se miran...

CHANO: ... En el suelo:
mire, ahí se le redamó
la giniebra, ¿voto a cristas!

CONTRERAS: ¡Barajo! ya me atajó
por la limeta...

CHANO: ... ¡Pues no!
y vea, amigo Contreras,
si tiene agua la caldera,
pues, acá traigo, velay,
tome... que es del Paraguay.

CONTRERAS: ¡Mirá! ¿Diaónde ha trajinao?

CHANO: ¡Qué! ¡si me había olvidao
que traíba esta cebadura!
y ahora que el vicio me apura
recién vengo a recordar
después de cimarroniar

a su costa y grandemente.

CONTRERAS: Pero al cabo, redepente
larga usted su paraguaya;
y tan luego de esa laya
es mi deleite el tomar;
pues aprendí a yerbatiar
por allá cuando subimos...
y con Belgrano anduvimos
primero que usted, tal vez;
¡pues no! ¡si en el año diez,
él mandó esa expedición,
cuando en la revolución
el Paraguay se hizo a un lao!

CHANO: Mesmo: que estuvo empacao,
y lo fueron a peliar,
con miras de hacerlo entrar
por juerza o de buena gana.

CONTRERAS: Así es, pero lechiguana
más grande que ésa no he visto.
Los peliamos, pero ¡ah, Cristo!
cuasi clavé la aspa allí;
¡viese, amigo, el camuatí
que el Paraguay nos largó!
cuasi, cuasi nos fundió.
Tuvimos pues que volver,
y ya empecé a padecer,
porque yo caí prisionero,
y con otros compañeros
de allá nos enderezaron
acá, a unos barcos armaos,
aonde medio maltrataos
nos tuvieron los matuchos
Allí vino entre otros muchos
el paisano Estanislao
López, aquel afamao
que era cabo solamente,
pero mozo muy valiente

y muy aparcerero mío;
tal, que en este mesmo río
una noche nos alzamos
y al agua nos azotamos.

CONTRERAS: ¡Ahi-juna! ¡Barbaridá!

CHANO: Pero con felicidad:
porque a la costa salimos,
aonde al momento supimos
que se hallaban los patriotas
poniéndose acá las botas.
De ahí nos fuimos al Cerrito.
y allí topamos lueguito
con el coronel Rondó,
que a gusto nos destinó
a su cuerpo de Dragones,
o más bien diré de ¡Liones!
aunque es mala comparancia,
pero digo esa jatancia
porque serví en la primera
del comendante Ortiguera.

CHANO: ¡Ah, regimiento alentao!

CONTRERAS: Era, amigo, ¡desalmao!
valeroso y ternejal:
todo gauchaje Oriental,
y muy capaz ¡voto-alante!
de llevarse por delante
al infierno, diablo y todo.
Y si no, escuche del modo
que se portó cierto día:
¡gente amarga, Virgen mía!
permítame su atención.

CHANO: Lárguese, señó Ramón.

CONTRERAS: Una mañana, no sé
de fijo que día fue,

acá en la Banda Oriental
en el ombú de Grandal,
salió todo mi escuadrón
a toparse de intención
con trescientos maturrangos,
con los cuales los chimangos
se dieron una panzada.
Pues, mire: era duplicada
la juerza de los matuchos,
y así mesmo, dos cartuchos
no les dejamos quemar;
porque, al mandarnos cargar,
en la primera pechada
se envolvió la gallegada,
y en cuanto remolinió,
ni el p...ito se les oyó...
Ahora, ¡vea si sería
sabiada la de ese día!
Entre los hachazos fieros
que dieron los compañeros,
hubo uno ¡barbaridá!
si peligra la verdá.
Ello es que en el entrevero
un Dragón, mozo coquero,
se estrelló con un soldao
español muy alentao;
y al llevarlo por delante,
como el de Uropa era infante
le hizo no sé qué gambeta,
y el fusil y bayoneta
le largó con cuerpo y todo.
El Dragón, del mismo modo,
que era alarife y jinete,
le sentó en su lindo el flete,
y en la asidera del lazo
recibió el bayonetazo;
y en cuanto le mezquinó
el cuerpo, ya le afirmó
el corte dos: pero, amigo,
chispió el sable, ¡pucha, digo!

lo mismo que pedernal,
¡ah, mozo! y era oriental
pues del golpe, crealó,
por la mitá le trozó
cañón y todo al fusil,
y en ancas hasta el cuadril
al matucho le aujerió.

CHANO: ¡La purísima, qué lance!
bien haiga el Dragón... Alcance,
quiero tornar aguardiente
a salú de ese valiente.

CONTRERAS: Así mesmo, eso fue nada
¡viese después la trezada,
cuando la aición del Cerrito,
que comenzó tempranito
de diciembre el treinta y uno
casualmente en un cebruno
como ese de usté me hallé.
Velay, oiga cómo fue.
Cuando en el sitio segundo
que duró hasta lo profundo,
un día se calentaron
los godos y nos cargaron:
y allá ajuerita Rondó
resuelto los esperó,
poniendo dos escuadrones
de sus amargos Dragones
a la zurda del Cerrito,
con la orden de que lueguito
que el enemigo avanzara
el violín se les tocara.
Frenche, y Vázquez (don Ventura)
que era mozo criatura,
y a los Blandengues mandaba,
con los cuales se floriaba
y en la vida reculó,
en el centro se aguantó
junto con la infantería

que a Frenche le obedecía.
Con el Seis quedó Soler
la derecha a sostener:
y en esa disposición
dieron el atropellón
los de adentro, y nos cargaron,
y en dos columnas marcharon.
La primera bien fornida
hizo rumbo en la embestida
como a lo de Juanicó,
que ahí no más la basurió
nuestra brava artillería:
y después la infantería
y Vázquez se le agacharon
y a toda la difuntieron.
La otra columna embistió
a Soler lo atropelló
tan fiero, que me han contao
que anduvo cuasi trabao,
porque la noche anterior
medio entregao al amor
los godos lo sorprendieron,
y cuasi me lo fundieron;
pero en la aición principal
pelió como un ternejal
y aunque lo desalojaron
cuando recién lo cargaron,
o él mesmo se retiró,
luego se le alborotó
de golpe la pajarera,
cogiendo una cartuchera
y un fusil que se chantó,
y en la punta atropelló
a bayoneta calada
con el Seis. ¡Ah, morenada!
ésa decidió la aición.
¡Qué superior batallón!
parecido a éste del Tres,
que son como gallo inglés,
sigún tengo reparao.

Mesmamente, es alentao
en iguales condiciones
que los demás batallones
que en las trincheras tenemos
y con ellos, ya sabemos
que si atropella el Manquito
cualquier día al Cerrito,
el tal Ciriaco Alderete
puede que largue el rosquete,
y le atraquemos morcilla
a él y a toda su pandilla.

CONTRERAS: Dígame: ¿será verdá,
que también Montoro está
de mashorquero allá ajuera?
¡ahi-juna! ¡quién lo creyera
que se arrecostara a Rosas!
pero, amigo, se ven cosas
en este engañoso mundo...
que... yo a veces me confundo,
y hasta vergüenza me da
el contemplar la ruindá
con que ahí están humillaos
ciertos jefes renombrados,
¡que por la patria lucharon
y que se sacrificaron
desde que Rosas andaba
jugando el poncho a la tabla!
Por fin, que le sirva Maza
y Pablo Alegre... ¿qué traza
es Alegre, ni Violón,
ni Bárcena, ni un montón
de diablos de entre esa gente?
saltadores mayormente
y malevos criminales:
mas, los otros oficiales
que le nombre... es un dolor
y la vergüenza mayor,
que sostengan al tirano
más ruin Americano.

En fin, ya me he calentao fieramente y me he ladiado del rumbo en que principié, pues sin querer trompecé con la situación presente.

CHANO: Yo también ya estoy caliente, y ahora se me haría nada, por una palabra sola, prenderle hasta la virola a algún diablo mashorquero y abrirle tamaño aujero... aunque luego me estaquiaran y los diablos me llevaran: sin que por esta razón desconfíe en la custión, ¡y que dudaba! ¡pues no! por esta cruz crealó, que en esta lucha sin duda espero que con la ayuda de Dios hemos de triunfar, como es lícito esperar por último resultao de un pueblo que se ha mostrao tan heroico y decidido. A esta gloria han contribuido los actuales gobernantes, que si los mandones de antes así se hubiesen portao, jamás habría llegao para la Banda Oriental una ruina tan fatal, ni Rosas se viera alzao: pues lo hubiéramos voliao hace muchísimo tiempo, no lo dude: y, por ejemplo, oiga una comparación, y luego, la explicación... usté que sabe entender muy bien se la puede hacer.

Rosas fue como un bagual
altanero, que al corral,
aunque las mansas le echaron
allá en el Sur, no lograron
ni recostarlo siquiera:
mas salieron campo ajuera
cuatro o cinco domadores
de diferentes colores,
este de un pago, aquel de otro;
y que en fin, atrás del potro
no hay duda que se afanaban,
y que entre todos desiaban
a toda costa boliarlo
y luego redomoniarlo;
pues bien: y ¿qué ha sucedido,
cuando ensillarlo ha podido
alguno que lo apuró
y cuasi se le horquetió?
¡Ay, amigo!... aspiraciones,
ruindades y altercaciones:
que, porque si era Porteño
(por ejemplo) el que hizo empeño
a montarlo, otro Oriental
se le metía al torzal,
prometiéndolo apadrinarlo,
pero que por ayudarlo
lo dejó golpiar tal vez
cuando en esto un Cordobés,
buen domador y capaz,
supóngase que de atrás
al bagual se le afirmó,
y que luego le salió,
como quien dice, al camino
otro gaucho Correntino,
(hago de cuenta que fue),
a decirle: «vuelvamé
las espuelas y las riendas:»
y ya entraron en contiendas,
cuyo triste resultao
fue que, estando embozalao

el bagual, se halló pretexto
para cortarle el cabresto
al gaucho más forastero,
tan sólo porque el apero
supongo fuese presta:
y en suma, sólo han lograo
ensoberbecer al potro,
sin montarlo ni uno ni otro
en la ocasión más bonita.

CHANO: Mesmo: y ya no facilita
ese bruto hoy en el día
como algún tiempo solía.

CONTRERAS: Pues, así mesmo, paisano,
crea que está en nuestra mano
el apretarle la cincha:
de balde el bagual relincha.
Si entre los que hoy le persiguen
de buena armonía siguen,
y no hubiere disensión,
contra el suelo de un tirón
lo han de dar en esta guerra.
Sí, amigo: cairá por tierra,
aunque el diablo lo sostenga,
y este Oribe vaya y venga
con Urquiza y con Violón,
y el infierno en conclusión.
Deje que Frutos Rivera
medio se asome siquiera,
pues ya viene abriendo cancha,
y quien le prendió en Cagancha
a Badana la vacuna,
sin diricultá ninguna
tanto a Oribe como a Urquiza
les ha de sacar la tiza:
y luego a Rosas verá
cómo lo manoseará.

CHANO: ¡O amigo! si se arrimase

hoy mismo y nos convidase:
¡ahi-juna! ¡si me blandeo
a impulsos de mi deseo!
y, a pesar que estoy viejazo,
me viese estirar el brazo
el día que los arriamos
y a rebenque los sacamos
dende allá atrás del Cerrito
al Pantanoso mesmito...
¡eh, pucha, gente morada
y tan vil y desalmada!

CONTRERAS: Pues, por ahí puede opinar
aónde se irán a guasquiar
cuando miren que de ajuera
les viene la polvadera;
por eso están, que da risa,
haciendo zanjas de prisa,
los guapos, los que vinieron
y ahora dos años hicieron
sobre el Cerrito una salva.
¡Ah, Ciriaco, que no valga!
pues, cuanto llegue Rivera,
lo hemos de hacer tapadera
ahí no más en el Cerrito.
¡No se enoje, paisanito,
ni se entre en Montevideo!...

CHANO: ¡Oiga!... escuche el tiroteo:
ahí salen los Nacionales
que son mozos ternejales.
¡Qué Cristo! voy a pelear.

CONTRERAS: Aguarde, voy a ensillar,
y juntos nos largaremos,
y ¡ah, malhaya, los topemos
medio cerquita siquiera!
Amigo, ¡qué chiste fuera,
que hoy Veinticinco de Mayo
me hiciese de un buen caballo

a costa de algún Rosín!

CHANO: Todo puede ser al fin,

CONTRERAS: Pues entonces ¡vamonós!

.....

Y ya salieron los dos
a la par Chano y Contreras,
y al mirar en las trincheras
la bandera nacional,
¡VIVA LA BANDA ORIENTAL!
gritó alegre el viejo Chano
¡VIVA EL PUEBLO AMERICANO!
Contreras le contestó...
Y el diálogo se acabó.

Carta

Del ejército libertador a un miliciano del Nacional

Campamento de Yeruá a 23 de setiembre, año de la libertad de
ochocientos treinta y nueve.

Querido amigo Ricardo,
Me alegraré que estés bueno
gozando de la salud
que yo para mí deseo.

Sabrás que aquí nos hallamos
con el general Lavalle,
y que pronto enderezamos,
a la fija, a Buenos Aires.

Ayer a la madrugada
topamos la montonera
que tenía un tal Villagra,
maula viejo donde quiera.

Eran mil y setecientos;

y nosotros la mitá;
pero al RUBIO ni por esas
se le hizo dificultá.

Y al punto que los clarines
nos tocaron a degüello,
ahí no mas a los Chanases
se les atajó el resuello.

Pues nuestros lanceros viejos
se empezaron a floriar,
y ya comenzó el gauchaje
en chorrera a disparar.

Algunos que presumían,
quisieron medio sentarse;
y a Hornos con unos poquitos
se le hizo bueno agacharse.

¡Ah, cosa! si fue una gloria
verlos en el entrevero...
sin recularles nadita,
a éste quiero, a éste no quiero.

Luego el coronel Montoro
atropelló, y al instante
lo mismo que bagualada
se los llevó por delante.

De ahí los demás escuadrones
siguieron dándole juerte
más de tres leguas seguido,
y siempre echándoles suerte.

Les quitamos los caballos,
las armas y municiones,
y luego fueron cayendo
a presentarse a montones.

Ya por acá no hay cuidao,

está muy linda la cosa,
porque en toda la provincia
nos tratan como la rosa.

¡Si vieras al general
cómo trata a los paisanos...
con un agrado! ¡Bien hayga
el hombre guapo y cristiano!

De todas partes, da gusto,
se le vienen a ofrecer
con moneda y con caballos...
¡Ricardo, si es un placer!

El gobernador Ferré
le ha escribido al general,
que se viene con su gente...
que es un pucho regular.

De aquí a unos días, de cierto,
tendremos dos mil soldaos,
sin contar los Correntinos
que también se han ofertao.

Todos nuestros oficiales
se han portado con primor,
y estamos deciplinaos
de lo lindo lo mejor.

Con que, será hasta la vista,
que ya tocan a formar;
y presumo que nos vamos
derechos al Paraná.

Memorias a los amigos
compañeros orientales,
y a todos los que se acuerden
de...

José Antonio Olivares.

Carta

De un soldado de los coraceros del general Lavalle, dirigida de Entre Ríos a la campaña Oriental

Campamento en la Concordia mes de octubre día trece: año de la libertad de ochocientos treinta y nueve.

Mi más querido Jacinto:
me alegraré que ésta te halle
buenazo sin novedá,
y lo mesmo a mi comadre.

Ésta sólo se dirige
a darte algunas noticias,
pues sé que te han de agradar
porque son puras delicias.

Aquí está la división
con el cuartel general,
y pienso que marcharemos
muy pronto a Mocoretá.

El coronel Chilaver
ya se nos ha reunido;
y tiene otra división
de ochocientos Correntinos.

¡Ah, gente, bien haiga Dios!
que está brava y decidida;
no tengas duda, hermanito,
por Lavalle dan la vida.

Toda la Correntinada
de golpe se ha levantao,
y el gobernador Romero
del julepe ha renunciado.

Ya la Junta de Corrientes
ha hecho publicar un bando

y manda que don Ferrer
caiga a recibir el mando.

Sabrás que este general
es hombre muy patriotazo,
y que con el RUBIO nuestro
ha sido siempre amigazo.

Y así dende la redota
de Estrada en el Pago Largo,
el gobernador Ferrer
a monte no más ha andado.

Pero ya ha vuelto a Corrientes
a recibir el gobierno
con todos sus camaradas
que lo han andado siguiendo.

Ya también la misma Junta
de Corrientes ha mandao
que el gobernador Ferrer
junte cuatro mil soldaos;

Y que el general Lavalle
se haga cargo de esta gente,
porque la Junta lo aclama
el protetor de Corrientes.

Los cuatro mil, por supuesto,
son para ir a Güenos Aires;
fuera de dos mil que dejan
como Guardias Nacionales.

Esto no es chanza, Jacinto;
es la purita verdá:
ver la gente que se junta
¡es una temeridá!

Cada día está cayendo
gente de todo pelaje

a ofrecerse al general...
y sobre todo el gauchaje.

¡Qué pingos lindos tenemos!
relumbrosos como espejo;
y armamento superior,
todititos por parejo.

En Entreríos, mentira,
no hay un gaucho alborotao
de punta a punta a Lavalle
todos le siguen el lao.

De balde por allá dicen
que por aquí hay reuniones,
y que ya se viene Oribe;
mienten esos chapetones.

Ojalá se le antojara
a ese López Mascarilla,
que gobierna en Santa Fe,
venirse con su pandilla.

El general don Ricardo
y el coronel Felipillo...
¡si vieras las reuniones
que han hecho en el Entre Ríos!

Y al tiro se han presentao
pidiéndole al general que,
si acaso López viene,
quieren salirlo a topar.

¡Pero qué, si eso es velorio!
Mascarilla está en su tierra
juntando Santafecinos
y aguardando la tremenda.

Además, aquí sabemos
que al mismo Restaurador

con el susto del Yeruá
se le ha quitao el humor.

Citando supo la noticia,
se quedó como cuajada
blanco... y ahí no más lueguito
se le cayó la quijada.

Y ansí anda como culebra
averiguando de Urquiza
o de Echagua, porque dicen
que no tiene ni noticia.

Aquí hasta tenemos gente
venida de Güenos Aires;
¡los vieras contar primores
de Rosas y sus parciales!

Ya verás de aquí a unos días
por diciembre a más tardar,
el amigo Juan Manuel
donde p...uchas va a parar.

Con que, será hasta otro día,
que ya vamos a marchar,
porque estoy viendo a la escolta
que ha comenzao a ensillar.

Soy tu amigo hasta la muerte,
y no gasto veleidades:
con que así, nunca te olvides
de...

José Antonio Morales.

Parte

Del general don Pascual Echagüe al restaurador de las Leyes, dándole cuenta de la derrota y disparada de Caaguazú, en donde fue completamente batido y hecho prisionero todo el poderoso ejército Rosista a las órdenes del restaurador del Sosiego público

Al Exmo. Señor brigadier general don Juan Manuel Rosas - Ilustre Restaurador de las Leyes - Héroe del Desierto - Defensor del Continente americano - Miembro de la Sociedad Numismática de las cinco partes del Mundo - Conde de Poblaciones - General en jefe de los ejércitos federales, y gobernador y capitán general de la Confederación Argentina con Mashorca y todo, etc., etc., etc.

Paso del Infiernillo a 1º de diciembre de 1841.

Juan Manuel: no extrañarás
que hasta ahora te haiga escrebido,
porque a corral me ha tenido
cerca de tres meses Paz.
¡Ah, diablo! pero sabrás
que me escapé a lo ñandú,
el día que en Caaguazú
me echó la correntinada
con la marca recaldeada
a quemarme el caracú.

A sujetar a Alegrete
vine a dar con el jabón,
y pensaba del tirón
juir hasta Portugalete:
pero ya el número siete,
lo creo en siguridá:
y en esta conformidá
te escribo la relación
del cómo perdí la aición
por una fatalidá.

El 26 del pasado,
frente a Capitaminí,

caliente me resolví
a guasquiarme al otro lado
pero el río estaba a nado,
y el diablo que atravesara:
así, tomé una tacuara
esa noche, y redepente
se azotó Paz con su gente,
que son como capiguara.

Y allá al rayar el lucero,
estando yo en el fogón,
al tragar un chicharrón
recién sentí el avispero:
salté a caballo ligero,
y ya mandé a tirotiarlos,
y conseguí el sujetarlos;
y así hasta de noche oscuro
les hice arrimar del duro,
con intención de tantiarlos.

La noche del veintisiete
toda los hice pelear,
y luego empecé a tratar
de asegurar el rosquete.
Le hice una pregunta al flete,
y, al sentirlo tan liviano,
dije entre mí muy ufano;
«no hay miedo que aquí se ofrezca:
¡ya verán cuanto amanezca
lo que es un amor tirano!»

Así fue que al aclarar
del veintiocho, me trepé
a una carreta, y logré
desde la tolda vichar.
Después entré a meditar
cómo saldría de allí;
cuando, en esto, colegí
que Paz se me iba atracando
muy suavemente, y largando

avispas del camuatí.

Al punto a mis escuadrones
de punta a punta aclamé;
y después que les mandé
que pelaran los latones,
yo me saqué los calzones
y me puse medio atrás,
pues como soy ¡tan voraz!
no quise compromismarme,
y creí mejor apartarme
por no calentarme más.

Núñez se vino adelante
y me comenzó a toriar,
y cuando empieza a chanciar
¡el demonio que lo aguante!
Yo me enojé, y al instante
mandé que doce cañones
y veinticinco escuadrones
salieran a escarmentarlo;
¡que a ese tape el sujetarlo
no es cosa de dos tirones!

Así al amigo Servando
le dije: «vaya adelante,
y atropelle, que al instante
van a salir apagando;»
dio vuelta Núñez chanciando,
porque ahí no mas se empacó;
Gómez de eso se asustó
y ya me lo atropellaron.
¡Cristo! lo que le aflojaron:
¡y que aguantaban! ¡pues no!

Disparando en pelotones,
cayeron a una cañada,
donde estaba de emboscada
López con sus batallones,
que salieron como leones

del pajonal ¡a la carga!
y en la primera descarga
el tendal allí quedó,
y Gómez nunca se vio
en situación más amarga.

Mi izquierda y centro que vieron
disparar a mis dragones
y que otros dos batallones
de los bañados salieron,
«¡para los pavos! dijieron,»
tratando de disparar;
pero no les dio lugar
Ramírez el salvajón,
que a bala, chuza y latón
nos hizo pericantar.

Entonces yo rebenqué
juyendo a los malezales,
y entre unos tacurusales
cuasi me descogoté.
Hasta las botas largué,
chaqueta, poncho y justillo:
y de ahí le metí cuchillo
a la cincha, porque al fin
se me aplasta allí el rocín,
si no salgo en calzoncillos.

¡Pu...cha la correntinada,
que se ha explicao esta vez,
cuando a lo gato montés
me sacó de disparada!
¡maldita sea la espada
y el cargo de general!
pues temo ¡a fe de Pascual!
que el día menos pensao
me han de dejar estirao
en algún calcagüesal.

¡Si vieras el aguacero

de bolas que hemos sufrido!
la fortuna mía ha sido
que yo puntiaba el primero,
pues si no ando tan ligero
me prienden las tres marías,
y a esta fecha lo tenías
al Restaurador Badana
boleao y con la picana
al sol para muchos días.

Al amigo Algañarás,
el más terne que yo traíba,
se le atravesó un tal Paíba
y se las prendió de atrás.
Boliaron a otros mil más,
que mataron a lo perro;
y hasta le sonó el cencerro
a mi pobre cirujano,
que como andaba orejano
también le atracaron yerro.

Galán y su infantería,
sin escaparse un soldao,
a discreción se ha entregao
junto con la artillería.
Luego en la musiquería
que nos dieron hasta el fin,
por supuesto, hubo violín,
y también hubo violón,
contrabajo, serpentón,
fagote, trompa y clarín.

Prisioneros, ¡Virgen mía!
raro será el que ha escapao,
pues todo bicho ha quedao
en el pantano ese día.
Pueden tener fantasía
del triunfo los Correntinos,
que se han hecho tan ladinos
para eso de menear hacha,

que le limpian la caracha
al diablo en esos destinos.

La caballada todita
la dejé a Paz a invernar,
porque él los ha de cuidar
para hacerte una visita.
¡Ya verás la gentecita
que te larga el Cordobés!
Conmigo ya no contés,
porque si vuelve a la cancha
Pascual Cristóbal Cagancha,
la embarra, bien lo sabés.

En fin, yo para otra empresa
me siento muy incapaz:
puede que te sirva más
Oribe, el Corta Cabeza:
pero, si se le atraviesa
López el de Santa Fe,
tendrá que hacer hincapié,
o que dejar de mojón
el mate en algún horcón,
ahí no más por Melincué.

Con que, será hasta la vista
pronto iré a darte un abrazo,
si Dios quiere, y por si acaso,
tené la jeringa lista.
Me alegraré que te asista
conformidá, compañero;
ya ves que no es el primero
Badana en darte disgustos,
aunque puedan estos sustos
apretarte el tragadero.

Pascual Cristóbal de Banada y Cagancha.

Noticias

De un retazo de cierto mensaje monstruo del Ilustre restaurador de las leyes, a cuya lectura concurrió un gaucho bruto, enemigo del tirano; quien de lo poco que comprendió de tal mensaje lo informó a Brígida Gauna su esposa, residente en Montevideo.

Buenos Aires, febrero 28 de 1846.

Mi queridísima Brígida.

Me alegraré que al recibo de ésta te halles gozando de la más cabal salud que yo para mí deseo.

Como te creo ganosa de saber algo de lo que pasa en tu tierra, te diré, china, que la semana pasada me encontré por casualidad en la Sala de los LIONES deputiaos de Rosas; y se ofreció que un ministro de Juan Manuel les echó una relación diciéndoles más o menos las coplas siguientes.

¡Hacete cargo de la esperanza que les queda a los salvajes! a pesar de que acá mesmo entre los deputiaos de Rosas hay muchos salvajones que se hacen no más los sarnosos, pero que aborrecen mortalmente a los federales netos como yo, tu marido...

Mamerto Reventosa.

Posdata...

Velay cómo se explicó el hombre al platicarle a la junta de los deputiaos.

I.

Señores: hoy que repunta
Juan Manuel su carnerada,
y sabe que ya encerrada
se halla esta Majada-Junta,
a mí me manda en la punta
de madrino cencerrero,
para que, a cuanto carnero
se encuentra aquí en el machaje,
la largue un Gauchi-mensaje
por el MASTÍN OVEJERO.

II.

No puede serles extraño
que Ancafilú (hablando en plata)
acá les mande a Batata,
como acostumbra a fin de año;
pues ÉL sabe que me amaño
y que me sabré explicar
muy lindamente al echar
la relación que me ha dao:
con que así, ¡pongan cuidao!
que ya me voy a largar.

III.

¡Rico, gordazo y potente,
se conserva con salú
el Ilustre Ancafilú,
defensor del continente!
y antes que le meta el diente,
otro que aspire a mandar,
la osamenta han de dejar
los gauchos de Sur a Norte,
sin que al Ilustre le importe
hacerlos exterminar.

IV.

Dice, «que la Salvajada
en su último manoteo
está ya en Montevideo
hambrienta y acorralada,
esperando a la Gringada
que vendrá en este verano
a sacarla del pantano;
y que vengan de una vez,
entonces sabrán quién es
el Ilustre Americano!»

V.

Que, «como a cueriar baguales
mandará cueriar Ingleses
y más inmundos Franceses

que bosta hay en los corrales:
y que ya los federales
saben que Rosas ha sido
gaucho que siempre ha sabido
sacando el cuerpo peliar,
y que, sin desenvainar
su sable, siempre ha vencido!»

VI.

«Que así no más se ha tirao
a todos los unitarios,
como a los Cipotenciarios
que los han apadrinao;
que siente el haber dejao
que se escaparan de aquí
ese Osley y Dofodí,
sin que los mandara inflar
y en seguida refrescar
con lavativas de ají.»

VII.

«Que éstos eran dos bribones
como Lané y como Inglifes,
otra yunta de alarifes,
y los cuatro salvajones
que tuvieron intenciones
de cogerlo a Juan Manuel
y divertirse con él
a bordo de la Africana,
préndiendole en la picana
trescientos con un cordel.»

VIII.

«Que ya no se hará la paz
sino cuando a él se le antoje,
y que no esperen que afloje
ni trate con naides más.
Pues, ni un ministro capaz
hasta el día ha recibido:
porque cuantos han venido

han sido unos salvajones,
razón por que las custiones
hasta ahora no se han concluido.

IX.

Últimamente, señores,
dice Ancafilú (chanciando)
que «el aguantarse en el mando
le cuesta muchos sudores
y tan crueles sinsabores,
que pide con sumisión
le permitan que a un rincón
se retire a descansar,
y tiernamente llorar
a su amada Encarnación.»

.....

A este tiempo, dos chiflidos
un mashorquero pegó,
y la majada empezó
a espantarse y dar balidos;
luego, al ver despavoridos
los carneros, me asusté
y a la calle disparé
atrás del campanillero, que salió como carnero
juyendo y gritando me... e.. e.. e!»

Con que, Brígida; lo que te informés de esta correspondencia a
respeito del mensaje, echala al fuego carta por las dudas, ¿eh?...

Hasta la vista, chinita,

Tuyo siempre

Reventosa.

Cielito patriótico

Al pronunciamiento de las provincias de Entre Ríos y Corrientes contra la tiranía de Rosas en 1º de Mayo de 1850.

Cielito patriótico compuesto, y publicado en el COMERCIO del PLATA de Montevideo el 25 de mayo del mismo año, y con el remitido siguiente.

Señor imprentero del Comercio del Plata.

Patroncito: he concertado
esas coplas, y no temo
que al titulado Supremo
le causen un desagrado:
porque como está atrasado
con la peste y el calor,
la pérdida y el dolor
de su Encarnación amada,
puede con esta versada
ponerse de buen humor.
Soy su piñón y servidor.

Paulino Lucero.

Cielito gauchi-patriótico

Para que lo canten en las trincheras de Montevideo sus valientes defensores.

Por prima alta cantaré
un cielito de a caballo;
¡y viva la Patria vieja
y el VEINTICINCO DE MAYO!

Cielito celeste y blanco,
cielo de Gualeguaichú:
¿qué me cuentan del Supremo?
¿cómo le va de salud?

Porque el general Urquiza
lo cre del todo apestao;

así es que se ha dado prisa
y el voto le ha reculao.

Allá va cielo, tirano,
cielito del estribillo:
¿dígame, restaurador;
le gusta el contrañoquillo?

¿Qué mas quiere Juan Manuel,
si, al tenor de su renuncia,
le canta don Justo el cielo
y en su lindo se pronuncia?

Cielito, y... considerando,
lo vuelve a considerar,
y al fin le dice: «recule...
¡Voto al diablo, qué amolar!»

¡Ay, Juan Manuel! ¡qué calor
sentirás del Uruguay,
del Paraná, de Corrientes,
del Brasil y el Paraguay!

¡Ay, cielo de la apretura,
cielito de la aflicción!
andá, preguntale a Urquiza
quién ha hecho la quemazón.

Luego, en el Salto Oriental,
Tacuarembó y Cerro-Largo,
la Colonia y Paisandú;
Juan Manuel... ¿no te haces cargo?

¡Ay, cielo de la amargura
y de tu gloria final,
cuando te suelten de rastra
a la cola de un bagual!

A un tal Felipe Batata
dos tirones del buceto

le ha de dar un Entrerriano
con simpatía y respeto.

Cielo del campanillero
que anda enredando las notas,
hasta que de un redepente
de un susto largue las botas.

Desde el año treinta y tres
hasta ahora nos acordamos
de aquel refrán, que decía...
y del lomo, ¿cómo andamos?

Cielo de la Refalosa,
cielito de la Bajada,
donde preguntan: ¿y Rosas,
cómo está de la quijada?

Porque se corre la voz
que las provincias de adentro
también lo hallan al Ilustre...
viejo y manco del encuentro.

Cielito, y por consecuencia
seguirá la reculada,
antes que dé el mancarrón
de Palermo una rodada.

Fiebre y confusión de niervos
tiene ya el restaurador,
pues las lechuzas y cuervos
le andan tomando el olor.

Cielito: chupá, tirano,
si te vienen disvaríos,
lechiguana de Corrientes
y camuatí de Entre Ríos.

Tal desprecio en esos pagos
del Supremo hacen las mozas,

que, al dar flores, una dijo:
«Siento de que sean rosas.»

Allá va cielo divino,
cielito de la beldá;
si así se explica una dama,
un Argentino ¿qué hará?...

¡Cristo! por pillarlo a tiro
y al Supremo Vucelencia
prenderle un chaleco fresco
¡cuántos harán diligencia!

Cielo del alma: ¡ah, malhaya,
a pie... permitiera Dios
que el Supremo y yo en el monte
nos topásemos los dos!

¡Óiganle al loco soberbio!
¡Óiganle al bruto fatal!
Allá va Urquiza a montarlo
sólo con medio bozal.

Cielito de la fijeza,
cielito del Veinticinco,
cuanto le cace la oreja
se le acomoda de un brinco...

Ahora que está el gaucho a pie,
en continuo clamoreo,
porque con fiador y lazo
se le va Montevideo.

Cielo del restaurador,
supremo jefe mostrenco,
tirano degollador,
ñato, morao y flamenco

¡Velay! el nombre argentino
por un tirano ultrajao

hoy Urquiza y Virasoro...
¡velay... lo han revindicaó!

¡Ay, cielo! La patria vieja
con su ley renacerá,
y entonces quien mereciere...
lo que merezca será.

Nuestras pasadas custiones
olvide todo paisano;
y no haiga más ambición
que desnucar al tirano...

Cielito, a ese Juan Manuel
que nos trata como a potros,
cuando hay mozo entre nosotros
capaz de montar sobre él.

¡Ea, paisanos, unión!
Corvo al cinto y a caballo,
a bailar en Buenos Aires
el tabacuí paraguayo.

Cielito, y ¡viva la patria
paraguaya independiente,
y su ejército tremendo,
y su guapo presidente!

Con una Porteña linda
al libertador Urquiza
le he de hacer dar un abrazo
y bordarle una divisa.

Cielito, y en la Pirami
del general Virasoro
he de pedir que su nombre
se escriba con letras de oro.

¡Que vivan los correntinos
y el ejército entrerriano!

¡viva Urquiza y Virasoro,
y Garzón!... ¡Muera el tirano!

Otra vez: ¡viva Garzón!
pues dice que, en la voltiada,
al que se recueste a Rosas
no le ha de suceder nada.

En fin, termina el cielito
¡Viva la Banda Oriental,
su ejército, su gobierno
y la guardia nacional!

Cielito, y por conclusión
deseo a la despedida
que un Argentino al tirano
lo tumbe de una sumida.

Diálogo

Rasgos biográficos de D. J. M. Rosas

Explicación

Se supone que en una fría mañana del mes de julio del año de 1850, en el campamento ejército de Oribe conversaban, como dicen, mano a mano, inspirados por el cansancio y aburrimiento consiguientes a sus prolongados trabajos, y por la influencia natural que en ánimos así dispuestos debieron producir los primeros rumores de la magnánima resolución de los pueblos Entrerriano y Correntino, llevados hasta allí por las brisas del Uruguay.

El protagonista, Ramón Contreras, viene de visita y platica con su amigo Salvador Barragán. Viejos soldados desde 1815, ambos han participado activamente de las diversas eventualidades que han agitado este largo periodo de nuestra historia. Conocedores contemporáneos de los antecedentes de Rosas, hablan de la triste situación a que éste los tenía reducidos; narran diversos hechos de la vida de aquel Tirano, y concluyen manifestándose adictos a la causa de la Regeneración, proclamada entonces por el general Urquiza.

Diálogo

Contreras llegando al fogón de su aparcerero

CONTRERAS: Por un barrial que da miedo
y una helada de mi flor,
a pie vengo a visitarlo,
aparcerero Salvador,
y apenas llego...

BARRAGÁN Lo he visto
renguiando, amigo Ramón.
A la cuenta andará manco
del encuentro...

CONTRERAS: No, señor.
Vengo sí medio despiao,
porque en aquel callejón,
como el viento se encajona,
está el barro secarrón,
y al pisar sobre la escarcha
un clavo es cada terrón
¿Qué me dice del pampero?

BARRAGÁN: Que de nuevo roncador
se está dejando sentir;
y anoche, cuando limpió
y empezaron las estrellas
a chispear, medio calmó:
pero, al dentrase la luna,
vuelta el viento refrescó,
trayendo como acostumbra
un frío penetrador
que taladra hasta los güesos;
y tanto lo siento yo
que desde la madrugada
del todo me acoquinó.

CONTRERAS: De veras? ¿y cómo afloja,
aparcerero Salvador,
con tan buen poncho que tiene?

BARRAGÁN: ¿Poncho dijo, o cernidor?
porque éste no es otra cosa
de tan ralo, mireló.

CONTRERAS: Ya lo veo: es de las prendas
que nos da el restaurador
a los federales viejos.
Mire, amigo, rifeló
y meta en ancas el mío.
¿Con que, hace fresco?

BARRAGÁN: ¡Pues no!
Por eso me dejo estar
morronguiando en el fogón,
y aguardo, mientras se quema
hasta el último tizón,
que la helada se levante
y medio caliente el sol.

CONTRERAS: ¡Ah, hombre vil! y yo al contrario,
en un día frescachón,
no hay cosa que me sujete;
pues cuanto amanece Dios,
si no me ataja el servicio,
salgo meniando talón a yerbatiar donde encuentre
buen agrado y proporción.

BARRAGÁN: ¡Voto-alante! por desgracia,
ayer se me desfondó
la caldera, que allí está
arrumbada en el rincón:
y ayer también cabalmente
la yerba se me acabó.
Y como hacen tres semanas
a que no dan la ración,
hasta ahora estoy en ayunas,
sin tener, creameló,
a pesar de mis deseos
cómo darle un cimarrón.

CONTRERAS: Hubiese excusao, amigo,
todita esa relación,
para decirme que está
sin tomar mate; pues yo,
cuanto le vide la cara,
le conocí...

BARRAGÁN: ¡Cómo no!
Eso nunca se le oculta
a un gaucho conocedor.
En fin, pitará un cigarro;
velay tabaco, armeló
a su gusto: y digamé,
¿cómo le va?

CONTRERAS: ¡Qué sé yo!
De abandonado que vivo
hasta eso inoro, en razón
que los ocho años y medio
de campaña, o de prisión,
que en este sitio funesto
hemos sufrido los dos,
las miserias, las fatigas,
y la triste privación
de mi mujer y mis hijos,
y además otra porción
de penas que me acongojan
y devoro en mi interior...
me han abatido tan fiero
y puesto en tal situación,
que he resuelto finalmente
entregármele al dolor,
y de mi propia existencia
no acordarme, crealó.
Sólo tengo una esperanza
fundada en cierto rumor,
y que pronto se realice
es cuanto le pido a Dios.
Ansí, deseo explicarme

con usted en satisfacción,
y bajo de una amistad
abrirle mi corazón.
Para eso hablaré despacio,
no sea que algún soplón
escuche lo que platico
y nos cueste un sinsabor.

BARRAGÁN: No hay cuidao: estamos solos;
y del ranchito al redor
por la quincha vicharemos
si se arrima algún mirón.
De mi parte, ya usted sabe
la completa estimación
que siempre le profesé;
así, puede sin temor
soltar sus quejas del pecho,
bien seguro de que yo
lo apreceo enteramente
y venero su razón.

CONTRERAS: Pues en esa inteligencia,
con la franqueza mayor
me explicaré, y le suplico
me permita su atención,
y si llego a equivocarme
también perdonemelo,
porque puedo padecer
alguna equivocación.

BARRAGÁN: Me parece razonable,
amigo, su prevención:
y alvierta que yo tampoco
presumo de acertador;
pero nunca en mis errores
procedo con intención,
mientras que algunos sabiendo
yerran más fiero que yo,
de puro diablos... Prosiga,
amigazo...

CONTRERAS: Pues, señor:
al paso que van las cosas
se aumenta mi desazón;
y por tanto padecer
de la desesperación
al borde estoy, le asiguro:
y deseo ¡como hay Dios!
el caírme muerto o trocar
de suerte...

BARRAGÁN: ¡Amigo Ramón!
No diga barbaridades,
que le hacen poco favor:
ni ande queriendo aflojar
al concluirse el pericón,
y cuando puede aguantar
a ver si el restaurador
algún día cumple...

CONTRERAS: ¡Ahi-juna!
que lo aguante un redomón;
pues hacen veinte años largos
que encima del mancarrón,
cuesta arriba y cuesta abajo,
andamos por su ambición
matándonos los paisanos
unos a otros... al botón.
Y Rosas, en Buenos Aires,
¿qué ha hecho, amigo Salvador,
en los veinte años terribles
que ha sido gobernador,
con facultá entreordinaria
como naides gobernó?
¿y con las leyes mentadas
que dice él que restauró,
para darle a la Provincia
la paz que nos prometió?
¿Sabe lo que ha hecho? Velay:
en primer lugar, logró

calzarse de gobernante,
cargo que no mereció
de ningún modo, porque
todos saben como yo,
de que Rosas siempre fue
y hasta el día es un collón,
que de su bulto a diez cuabras
en la vida le chifló
una bala. ¿No es así?
Así es no más, y si no,
que lo diga, el año veinte,
del modo que se portó,
cuando don Martín Rodríguez
a fuego y sangre avanzó
el día cinco de octubre
y a Buenos Aires entró.
Rosas ¿qué hizo cuando entonces
el general le ordenó
cargar con los coloraos?
¡Y que cargaba! ¡pues no!
apenas le dieron la orden
y oyó tronar el cañón,
se le ablandó la barriga,
y pretextando un dolor
de muelas o de quijadas,
cerca de la Concepción,
el héroe del Continente
en un güeco se empacó:
y de allí a la Recoleta
rebenquiando disparó
a meterse entre los flaires,
donde escondido aguardó
a que el general RODRÍGUEZ
trunfara... como triunfó;
y Rosas al otro día
sano y bueno amaneció.
¡Velay la primer hazaña
del heroico defensor
de todito el Continente
y de la Federación!

Luego, hasta el año veintiocho,
allá en el sur se llevó
apadrinando malevos
para ganarse opinión,
y sin hacer más campaña
que salir de valentón
hasta el Salao una vez:
y.. vea cómo salió.
En el año veintisiete,
cuando la guerra que armó
con el Brasil Buenos Aires,
cierto día sucedió
que el comendante de allí
estando medio alegrón,
con la mañana ñublada,
en la descubierta vio
una punta de avestruces,
o yeguas, o qué sé yo;
y que se desembarcaban
los Imperiales pensó,
porque al Salao unos barcos
estaban bocleándolo.
El comendante asustao
pidiendo auxilio escribió
a Raucho, y don Juan Manuel
se vino de valentón
a impedir el desembarco...
que, por cierto, no creyó.
En fin: llegó balaquiando,
y, como nada encontró,
se fue esa noche a un fandango,
de arbitrario se arrió
a todos los marineros
que en el camino topó,
y por su cuenta no más
en el cepo los metió,
porque andaban divertidos.
De balde le reclamó
por los suyos un Francés,
capitán (presumo yo)

de una boleta grandota
El hombre allí le alegó
con razones; pero Rosas,
altanero y fanfarrón,
le hizo un desprecio al Francés
y en encas lo amenazó.
Éste era un Musiú Carrué
que echando futris salió,
y al otro día en el río
a Rosas lo devisó,
cruzando en una canoa
a tomar un cimarrón.
al barco de don Gallino,
que allí estaba a la sazón
y con Rosas diariamente
cimarroniaban los dos.
Ahora sí, dijo el Francés:
y ya también se largó
en su bote atrás de Rosas
y allí no más lo apretó,
en vano fueron clamores,
al bordo se lo llevó,
y al momento de subirlo
la velería soltó.
Aquí fueron las angustias
de nuestro Restaurador;
¡eh, pu...nta! si del julepe
amarillo se quedó,
y viendo de que el Francés
demostraba la intención
de llevarlo a Portugal...
a venderlo, le lloró,
y soltar los marineros
mansito le prometió.
Así fue: don Juan Manuel
de la boleta escribió,
y los presos al ratito
al capitán le largó.
Entonces ¿qué hizo el Francés?
en cuanto los recibió,

al Presidente Supremo,
al heroico defensor
de todito el Continente
y de la Confederación,
el Francés Musiú Carrué
de la boleta lo echó
con un puntapié en la cola,
después que lo zamarrió!

BARRAGÁN: ¡Qué vergüenza para un criollo?
¡Barajo! amigo Ramón:
si a mí tal me sucediera,
¡por ésta ! creameló,
que en la boleta al musió
más tajos le prendo yo
que besos le dio su madre...

CONTRERAS: La del Francés...

BARRAGÁN: Sí, señor
ni el diablo me sujetaba
en semejante ocasión.
¿Y que haiga hombre tan morao
como Rosas se mostró
en el barco? ¡Voto a cristas!
se me hace conversación,
por ciertos antecedentes
que del hombre tengo yo.

CONTRERAS: ¿Qué dice? pues, no se le haga,
así mesmo sucedió:
y por las dudas, si acaso,
puede preguntarseló
cuando entre en Montevideo...

BARRAGÁN: ¡Ahora sí me trajinó
con la entrada que me suelta
al cohete y de refilón!

CONTRERAS: Mire: no se haga el sarnoso,

BARRAGÁN: Es que me da comezón el envite de la entrada.

CONTRERAS: Pues haga resolución
de cabrestarme, y verá
si dentra alguna ocasión...
a la fija.

BARRAGÁN: Maliceo
el rumbo, amigo Ramón,
de balde me hago el potrillo,
¿no ve que soy mancarrón?
Paisano, cuando usted va,
ya vengo de vuelta yo;
siendo así, también deseo
que se realice el rumor
en que funda su esperanza,
o la fundamos los dos...
alvirtiendo que de usted
sólo espero un ¡vamonós!
y también que soy de Urquiza
todo entero, sepaló.
¿Qué tal le parece el quiero?

CONTRERAS: ¡Cosa linda, superior!
deme esos cinco, supuesto
que colige mi intención.

BARRAGÁN: Velay, tome, y dele guasca:
no corte la relación
de la vida primorosa
de nuestro Gobernador:
a ver si la sabe a fondo.

CONTRERAS: La sé, aparcerero, ¡pues no!
y a relatarla completa
lo desafío al mejor.

BARRAGÁN: Entonces, puede afirmar
con fundamento y razón,

que tiene malas entrañas
y es diablo el Restaurador;
y hace una máquina de años
a que lo conozco yo,
y en algún tiempo confieso
que le tuve estimación:
y voy también a contarle
cómo le tomé afición
en cierta gauchada. -Escuche.

CONTRERAS: Vamos a ver.

BARRAGÁN: Pues, señor:
en mil ochocientos trece,
(¿Qué le parece el tirón?)
en la plaza del Retiro,
me acuerdo que se jugó
una corrida de toros,
que toriaron de afición
don Lezica, don Somalo,
Dorrego y otra porción
de puebleros ricachones,
y todos de buen humor.
Entre ellos don Juan Manuel
de gaucho se comidió
sin arrear el pellejo
a salir de enlazador,
y como era vaquianazo
la oferta se le almitió.
Para lucir en la plaza
a prepararse empezó,
y en el momento preciso
don Juan Manuel ensilló
un zaino como una niña,
y cinchero superior.
A los toros esa tarde
el pueblo se descolgó,
pues como eran por la patria
todo bicho se coló:
a extremos de que la plaza

por dentro era un borbollón
de tanta gente que hacía
crujir toda la armazón.
A eso de las tres y media
la corrida principió,
con un toro yaguané
que soltaron y salió
zapatiando cola-alzada,
y, así como cegatón,
del brete; pero al instante
que se desencadiló
y allí cerca del toril
vido gente, ya embistió...
¡la pu...janza! y de un bufido
al quinto infierno aventó
a todos los capiadores;
pero antes se revolcó,
ahí no más, junto a la valla
al pingo y al picador.
¡Ah, toro aquel! yo no he visto
animal más superior
en su laya, ni tampoco
más liviano y cargador.
Escuche el lance siguiente,
a ver si tengo razón.
Queriendo banderillarlo,
cuando el caso se ofreció,
creo que fue don Somalo
quien a la suerte salió:
pero asustao, a la cuenta,
antes de juir le prendió
la banderilla en las aujas;
¡Cristo! y, apenas sintió
la punta del clavo el toro,
dando un bramido saltó
como un gato, y en el aire
todo el cuerpo culebrió,
arquiándose de manera,
que al caer vino y lo ganó
la vuelta al banderillero...

que en vez de correr voló.
Así fue que a la barrera
como balazo llegó;
pero, al entrar, justamente
en la puerta lo cazó
el toro, de la culata,
y allí lo desfundilló;
y la plaza una algazara
de chiflidos se volvió.
Don Juan Manuel, entretanto,
riyéndose y de mirón
asomaba la cabeza
por encima de un portón,
donde los enlazadores
estaban en reunión.
En esto, dando dos golpes
sobre la caja el tambor,
sin duda hizo la señal
de salir el matador;
porque luego don Lezica
medio ladiado salió
a matar... con una espada
del largo de un maniador:
y aparentando coraje
para ocultar el jabón,
y haciendo el hombre un esfuerzo
y de tripas corazón,
a gambetas y chuzazos
con el toro se agarró,
y sin poderlo matar
las paletas le charquió.
Al ver eso, la pueblada
otra algazara formó,
¡y fuera, fuera! gritaban
cuando la caja tocó
a enlazar; y en el momento
entreabrieron el portón,
por donde Rosas puntiando
el primerito salió...
me acuerdo, de poncho pampa,

bota-juerte y pantalón,
un clavel tras de la oreja
y un sombrero gachón.
Con esa facha a caballo
Rosas se nos presentó
en la plaza de los toros
por la primera ocasión:
y el pueblo de Buenos Aires
entonces lo conoció...
Ahora, amigo, se me ocurre,
hacerle una reflexión,
para mostrarle que el mundo
es diablo y engañador.
En aquel tiempo dichoso,
en sus glorias y esplendor
se ostentaba Buenos Aires;
y en aquella reunión
no vido en Rosas, tal vez,
más que un buen enlazador
y Rosas también quizás
no tuvo más pretensión,
esa tarde, que lucirse
de gaucho, como lució;
y hoy en día a Buenos Aires...
¡qué mudanza! vealó
a las plantas de ese gaucho
rindiéndole humillación!

CONTRERAS: ¡Eso sí es una vergüenza,
aparcero Salvador!
y a ese sí le atracaría
de filo y de punta yo:
no al francés Musiú Carrué
que tuvo mucha razón
cuando a ese loco altanero
en el barco lo patió.

BARRAGÁN: ¿Es decir, que la pelota
me vuelve usté en la ocasión,
por aquellas expresiones

que le solté calentón?
¡Si será diablo! No le hace:
seguiré con su perdón,
y oiga al fin, cómo en los toros
don Juan Manuel se portó.
Al salir garboso, el lazo
de los tientos desprendió;
y, haciendo una armada grande,
las espuelas le atracó
al zaino, que de un balance
a media plaza salió,
en donde Rosas de golpe
de una rienda lo sentó,
y allí el pingo media luna
con los garrones rayó.
Pero, al dar esa sentada,
don Juan Manuel calculó
dejar el toro a la zurda,
y en cierta disposición
para asegurarlo al tiro
y así mismo sucedió,
pues, cuando el toro rompía
atrás de otro enlazador
y ya con las aspas iba
peinándole el mancarrón,
Rosas alzando la armada
al revés la revolió,
y, cuando se le hizo bueno,
al toro se la soltó
por encima de las riendas;
¡ah, gaucho! y se la prendió
de las dos aspas limpitas,
y en cuanto el lazo cimbró...
al toro patas arriba
lo vio vuelta del tirón.
Desde esa vez, le confieso,
don Juan Manuel me prendó,
y a muchísimos paisanos
lo mismo les sucedió;
pues al instante que el toro

del golpe se enderezó,
y que Rosas de galope
a la cincha lo arrastró,
en la plaza un palmoteo
estruendoso resonó
en prueba de que a los criollos
el lance nos agradó.

CONTRERAS: Muy lindo: pero confiese,
aparcerero Salvador,
que Rosas, así, a gauchadas
la trampa nos preparó,
pues, si en la plaza esa vez
a enlazar se presentó,
no fue por costiarle a naides
la risa o la diversión,
sino porque en sus adentros
llevaba hecha la intención
de engatusar a los gauchos,
como nos engatusó
al principio, para traernos
a esta triste situación
de abandono, de miseria,
y de completa opresión;
en la que, si yo me encuentro
no es por lerdo, no, señor;
que, a respeto de gauchadas,
le contaré la mejor
de todas las que yo sé
de ese mismo enlazador:
para que usted se convenza
de la ruin inclinación,
la perfidia y mala fe,
la codicia y la ambición
que desde tiempos de atrás
ese gaucho alimentó
en sus entrañas de tigre,
y su invariable tesón
hasta salir con la suya
en la iniquidad mayor.

¡Mire, no se quemé el poncho!
y présteme su atención.
Cuando el finado Dorrego
(que esté gozando de Dios)
era en el año veintiocho
supremo Gobernador,
se acordará usted, paisano,
de aquella revolución
que, el primero de diciembre,
del mando lo solivió
al finado, y que en Navarro
el infeliz sucumbió.
Se acordará usted también,
supuesto que allí se halló,
que Rosas desde Navarro,
aquel día de la acción,
como era su maña vieja,
fue el primero que surquió
disparando a Santa Fe
en donde López lo armó;
porque Rosas de asustao
hasta las botas perdió;
y finalmente, usted sabe
todo lo que sucedió
desde aquella disparada
hasta que Rosas volvió,
y en el mando al fin y al cabo
por desgracia se afirmó
Después de eso, todos saben
que él mismo se tituló
Restaurador de las leyes,
y también que aparentó
por el difunto Dorrego
el sentimiento mayor;
pues hasta el día maldice
aquella revolución,
cómo asegura que siente
todavía un gran dolor
por la muerte de su tierna
y adorada Encarnación:

cuando sabe todo el mundo
que la vieja se murió
suplicando agonizante
que viniese un confesor,
a lo que Rosas furioso
totalmente se negó,
y en el cuarto de la enferma
se estuvo y no se movió
hasta que su amada prenda
sin confesarse expiró!

BARRAGÁN: ¡Ahi-juna-gran...pa el judío!
¡si tendrá perdón de Dios!

CONTRERAS: Lo dudo: pero, dispense,
no me ataje a lo mejor.
Pues, oiga: el año veintiocho,
en esa revolución,
los unitarios tan sólo
le ganaron el tirón
a Rosas, quien a Dorrego
ya andaba rastrandoló
para apretarlo de firme
hasta arrancarle el bastón.
Y el finado lo sabía
conforme lo supe yo
que fue del modo siguiente.
Oiga, amigo Salvador.
Un tal don Manuel Moreno,
viejo, ricacho y dotor,
y hombre de letra menuda,
era del Gobernador
ministro en aquel entonces,
hasta que al fin se largó,
en el mismo año o después,
con el cargo y comisión
de Plenocipotenciario
a la ciudá de London.
Pues ese dotor Moreno
sin duda se descuidó,

una tarde que yo fui
a llevarle un mancarrón
a su quinta, y le escuché
todo lo que platicó
con otro hombre de casaca
abajo de un corredor;
y todo con referencia
no más que al día anterior,
en el cual, diz que en el Fuerte
había estado el doctor
en su propia escribanía
y con el Gobernador, c
uando Rosas redemente
allí también se coló;
y, como era Comendante
general, luego alegó
que, «por falta de armamento
lema mucho temor
de que cayese la Indiada
y arrasara de un malón
a todita la Provincia:
pues, amenazandoló
andaban los Pampas ya
por tanto, que a precaución
se le dieran seis cañones
y al menos un batallón;
de ahí sables y garabinas,
pólvora y otra porción
de cachibaches de guerra,
y plata por conclusión.»
Sin levantar la cabeza
el finado lo escuchó
con bastante indiferencia:
y por fin se le negó
a cuanto solicitaba
Rosas, el cual no cejó;
al contrario, machacando
de nuevo le replicó,
diciéndole que «sentía
que el señor Gobernador

expusiera la campaña
a sufrir una invasión
de los Indios, por no darle
las cosas de precisión
en los apuros» ...Entonces
le dijo el Gobernador:
«¡Sé muy bien, don Juan Manuel,
cuáles sus apuros son...!
y nada más me replique
habiéndole dicho no!»
Y Rosas cerrando el pico
dio vuelta, y ya se salió de allí,
mordiéndose el rebenque
y el poncho arrastrándolo.
Tenga presente, aparcerero,
para informarse mejor,
que todo aquel alegato
Moreno lo presencié:
así, al momento que Rosas
puerta afuera se largó,
en la misma escribanía
templando el pecho el doctor
después de tomar polvillo
le dijo al Gobernador,
que «encontraba razonable
de Rosas la pretensión,
por los riesgos» y... ahí no más,
el resuello le atajó
Dorrego, que redemente
como un tigre se enojó,
y al pararse, en el impulso,
cuarta y media se estiró;
y, como tenía un genio
como huracán, le afirmó
un puñetazo a la mesa
que toda entera crujió;
y abriendo tamaños ojos
al ministro le gritó:
«¡Barajo, señor Moreno!
¡qué riesgos, ni qué invasión:

todas esas son embrollas
de ese hipócrita bribón!
ahora mismo, sepa usted,
que tiene ese salteador
dispuesto contra el Gobierno
un plan de revolución;
el cual a un amigo nuestro,
que antes de anoche durmió
en el paso del Venao,
incauto se lo confió
Pedro Burgos, a quien Rosas
le ha dado la comisión
de andar recogiendo firmas
para cierta petición
anárquica, mientras ÉL
ya tiene una reunión
o montonera en el Sur,
formada de una porción
de vagamundos que abriga,
y para esa chusma son
las armas que solicita.
Y, finalmente, señor,
sepa usted, que ese bandido,
por envidia o ambición,
detesta entrañablemente
a los hombres como yo
y como usted, y como todos
los que en la revolución
DEL 25 DE MAYO
con patriotismo y honor
combatieron y triunfaron
contra el poder español.
«Sepa usted más: ese GAUCHO,
a no sofrenarlo yo,
en desprecio de los hombres
de bien y de educación,
y de todos los gobiernos
y la civilización,
¡ese Rosas! si pudiera,
aquí vendría, señor,

a carnear dentro del Fuerte
y en medio de este salón,
y sobre todas las leyes
¡clavaría el asador!»
Pues, amigo Barragán,
Dorrego se pronunció
como un profeta ese día;
y el tiempo lo acreditó
a los doce años después,
cuando en el Fuerte se dio
un convite federal
y allí mismo se carnió.
Y para esa comilona
don Juan Manuel convidó
a los hombres más rumbosos,
poniendo por condición
asistir precisamente:
y también se le ocurrió
que todos se presentaran
con bigotes, y si no,
que allí se los pintarían;
y a su gusto se burló
Rosas de los generales,
y alcaldes y otra porción
de personas de copete,
a quienes enmascaró
tiznándoles los bigotes
él mismo, y de ahí los llevó
a bailar la Refalosa,
que esa noche se bailó
al gusto de la Mashorca,
y en aquel mismo salón
donde Rosas y Dorrego
tuvieron la alegación.
Y doña Manuela Rosas
también allí fandanguió;
y, en osequio de las damas,
por gusto el Restaurador
dispuso que revolcaran
a una moza en el salón,

para verle si las ligas
eran punzones o no:
y concluida esa jarana,
conforme pronosticó
Dorrego el año veintiocho,
así mismo sucedió.
Después de esa trasnochada,
sintiéndose delgadón,
Rosas quiso churrasquiar
allí en medio del salón,
donde por hacerle el gusto
un ladrillo se arrancó
y allí con un costillar
plantaron el asador!

.....

En este punto Contreras
el diálogo suspendió,
porque tocaron llamada
en el cuartel de Violón,
y tenía que largarse
por ser de aquel batallón.

Mesmamente, de su amigo
Barragán se despidió,
ofreciéndole volver
a concluir la relación
de las mentas y ruindades
del liendre Restaurador.

Así fue, al día siguiente,
antes de nacer el sol,
Contreras se vino al trote
al rancho de Salvador,
y atrás de los buenos días
le dijo de sopetón:
«Vaya, amigo, dese prisa,
y también deme un abrazo,
ahora que ha llegado el caso
de rumbiar aonde está Urquiza,

que anda de este lao, ¡ah, Cristo!,
¡con Virasoro y Garzón!...»

BARRAGÁN: Pues, bien, amigo Ramón,
cuando guste, ya estoy listo.
Vámonos, no hay más que hablar,
esta noche rumbiaremos:
y después que nos larguemos...
que nos vengán a rastriar.

CONTRERAS: Con que, será hasta lueguito
entonces, dijo Ramón.

BARRAGÁN: Después de dar la oración...
sin falta, compañerito.

Las milicias de Rosas

Y episodio de Camila Ogorman

Montevideo, octubre de 1843.

Donato Jurao, gaucho hacendado de Buenos Aires, y enrolado en los regimientos de milicias de la campaña, escribe a su mujer que se halla en Montevideo, acompañando a una tía suya, la carta que va a continuación de la siguiente Dedicatoria a Rosas. Si hay algunos lectores tan escrupulosos que duden de la autenticidad de la carta, no habrá empeño en convencerlos; porque los sentimientos expresados en ella son tan verdaderos, y tan fiel la pintura de las vejaciones, crueldades y engaños que allí se sufren, que la mayor parte de los que han sido arrastrados a los campos militares, en que el gobernador Rosas tiene sujeta a la población de la campaña, expresarían los mismos lamentos que Donato Jurao, si tuviesen libertad para hacerlo.

Dedicatoria

Señor don Juan Manuel Rosas.

Aunque parece repecho
muy cuesta arriba en el día,

largarle esta versería,
será la última que le echo;
y quedaré satisfecho
desde hoy para eternamente
si me aguanta la presente,
en desquite de ¡veinte años!
que me hace en pagos extraños
rodar miserablemente.

Esos son los que he rodado,
juera de dos de un tirón
que me tuvo sin razón
con grillos y encarcelao;
y ocho meses que apretao
en el PONTÓN me sumió:
a más, lo que le escribió
usté al difunto Anchorena...
que me matara, y de pena
ese hombre no me mató.

Luego en la Banda Oriental
por fortuna me anidé,
y de atrás me salió usté
persiguiendo a lo animal;
y allí me tuvo a corral
atrasao y delgadón;
pero así mesmo, patrón,
ya no volveré a escribirle
para darle ni pedirle
ninguna satisfacción:

Porque con esta versada
en que voy a maltratarlo,
sin volver a molestarlo,
mi cuenta está chancelada.
Pienso no deberle nada,
y en caso que usté me deba,
la media arroba me lleva:
pues, como anda bien montao,
me daré por trajinao

sin pedirle cuenta nueva.

Tan solo, si yo pudiera
del gobierno recularlo,
y de su tierra aventarlo,
le asiguro que lo hiciera;
desiándole que se viera
pobre y fundido algún día;
aunque usted se llevaría
todo lo que ha manotiao,
después de haber difuntiao
tanta infeliz gauchería.

También, ojalá mudara
con el pellejo su maña,
pero usted es víbora extraña
y eso juera cosa rara.
Así no le veo cara
de que se amanse jamás,
cosa que lo hace incapaz
para buen gobernador:
siendo así tan matador,
y con lo ajeno voraz.

Si quiere mudar, de cierto,
un consejo le daré:
no mate, ni... pero ¡qué!
si es predicar en desierto,
y como tirarse a muerto,
presumir que usted, paisano,
mientras viva lomo sano...
pueda componerse y mude
de... pero, en fin, ¡Dios lo ayude!
Y así, quedamos a mano.

Donato Jura a su mujer Andrea Silva.

Parte primera

Buenos Aires, agosto 20 de 1848.

Mi más apreciada esposa.

Tan infortunado he sido
ausente de ti, mi cielo,
que no he gozado el consuelo
hasta hoy de haberte escrito,
a causa de que en tu ausencia
enfermo y por desventura
al pie de la sepultura
me he visto con evidencia.

Ahora por felicidad
me siento medio alentado,
favor que me ha dispensado
su Divina Majestad;
y al colmo de mi deseo
he sabido, dueña mía,
que acompañando a mi tía
seguís en Montevideo.

Siguro de esto, ya ves,
tomo la pluma y te escribo,
anhelando que al recibo
de esta carta disfrutés
cabal salud, sin que sea
por desdicha interrumpida:
cosa que con alma y vida
mi fino amor te desea.

Luego con todo mi afeto
me es placentero decirte,
que también al escribirte
tengo el amoroso objeto
de anunciarte mi partida,
y cuando menos pensés
a tu lado me tendrás,
si Dios me presta la vida.

En esta confoirmidá,
si acaso andás por venirte,
paso también a decirte
que te aguantés por allá,
de cualquier modo que sea:
no te meniés, ya te digo;
y si no es junto conmigo,
no te me vengás, Andrea.

Porque esto se va poniendo
otra vez endemoniao,
y asigún he olfatiao
la cosa se va frunciendo
Pero, china... ¡por la Virgen!
con naides me platiqués
de esta carta, si querés
no ser vos mesma el origen,
para que don Juan Manuel
me enderece al matadero:
mirá, mi bien, que no quiero
tener más cuentas con él...

Porque cuando está alunao
es diablo y escarbador,
y más atropellador
que toro recién capao:
y hoy más que nunca le tomo
olor a tigre; por esto
más de cuatro, por supuesto,
andamos hinchando el lomo.

Yo al menos he de cabriar,
y creo cosa sigura
que si viene una apretura
a mí no me ha de apretar;
porque apreceo mi vida,
y viendo el lance venir,
no he de aguantar a salir
como a la gala parida.

En fin, me voy alargando...
que ni sé cómo me voy;
mesmamente, porque estoy
atolondrao y cismando,
con la última atrocidad
que hemos visto ante de ayer:
¡cosa que ha hecho estremecer
la campaña y la ciudad!

Ya sabés, china, que yo
tengo una alma de reyuno,
y que suceso ninguno
en la vida me espantó;
pero ha pegao un bramido
don Juan Manuel, tan feroz,
y es tan sangriento y atroz
el horror que ha cometido...

Que ha de ser más que insensible
el hombre que no se ensañe,
y luego se desengañe
con este golpe terrible,
¡que solo un don Juan Manuel,
pensando el caso, ha podido
matar a quien no ha nacido
de un modo feroz y cruel!

Y por tener aterrada,
y en costante humillación
a toda la población
de esta tierra desgraciada,
brama Rosas, y «¡aquí estoy!
(le dice a esta gente vil),
¡como en octubre y abril
siempre el mismo TIGRE soy!»...

¡Ahi-juna!... y se presumía
de que ya estaba blandón;
pero con tal manotón,

como el que ha dao en el día,
han ido a dar al infierno
las creencias de la criollada,
que hoy anda más achuchada
que pelaos en el invierno.

Pues, con un par de alharidos
que suelta cuando se enoja,
se limpia a quien se le antoja;
y de ahí todos encogidos
los paisanos se amedrentan
pero ¡cómo!... que los ata
un hombre solo, y los mata
a unos, ¡y a otros los ahuyenta!

¡Cristo! si el diablo me lleva,
cuando veo en casos tales
a porteños federales
temblando ganar la cueva,
sin saberse defender,
ni hacer más que acoquinarse
y en el peligro asustarse,
como animales al ver...

Cuando en el campo voltean
a una res entre el ganao,
que apenas la han degollao
los novillos la olfatean;
y ahí se empacan tiritando,
de la sangre alrededor,
y allí un ruin enlazador
solito los va voltiando.

Y... ¿qué hacen en tales casos
los *torunos* que igual suerte
deben sufrir, y la muerte
ven con *tamaños* ojazos?
Se asusta la *novillada*,
y el *gaucho* así la degüella,
porque un toro no *atropella*

y le *atraca* una cornada.

Y olvidando, de terror,
su fortaleza en los cuernos
para *echar* a los infiernos
de un *bote* al *degollador*...
toro que logra escapar
con vida en esa *voltiada*,
muere en la otra, sin que nada
le importe, a fin de *engordar*.

Velay la comparación
mas *perfeta* y aparente,
que yo le aplico a esa gente
cuando oigo en la situación
que el *porcentaje* se queja,
y no hace más que entregarse
al cuchillo y agacharse,
sin *mezquinar ni la oreja*.

Y mientras no los asusta
don Juan Manuel y los mata,
si les deja ganar plata
y comer, ¡todo les gusta!...

¡Qué vergüenza! En esta tierra,
donde nacieron famosos
argentinos valerosos,
que han vencido *en tanta guerra*...
ver que hoy a los federales,
desde el *dieciocho* de agosto,
se les hace el campo angosto
de *asustaos* a lo *baguales*.

¿Y las *hembras*?... ¡Virgen mía!
toditas, las más *picudas*,
hoy las *tenés* como mudas
suspirando noche y día.

Luego, los curas y beatas,

en particular los *flaires*,
hoy andan en Buenos Aires
más *espantaos* que las ratas,
cuando acuden al olfato
de la carne en la *ramada*,
y *ahi mesmo* de una emboscada
se les deja caer un gato.

Ahora, entre la *soldadesca*
y el gauchaje, ¡Cristo mío!
si *querés* dejarlo frío
al que más *terne* parezca,
largale estas espantosas
palabras que hacen temblar,
y verás si al pronunciar
¡SANTOS LUGARES DE ROSAS,
hay hombres que a esta expresión
endurezca y no te afloje,
sintiendo que se le encoge
el alma y el corazón!

¡Ay, Andrea!... ¡qué te cuento!
por Dios... no te me asustés
al decirte... que *podés*,
desde este triste momento,
ir encomendando a Dios
al pobre... ¡Anima bendita!
nuestro padrino el curita,
el que me casó con vos...

No hay mas alivio, *llorá*,
mi vida, y no le *dejés*
de rezar, ya que *sabés*
que pasó a la *eternidá*,
después que le *desollaron*
las manos y la cabeza,
¡barbaridá! y atrás de esa
el viernes lo *afusilaron*,
de orden del Gobernador,
sin-más alcalde ni nada

que el mandato y la humorada
del tigre Restaurador...

Yo me encontré por desgracia
en ese amargo momento
cerquita del campamento
con mi cuñada Damasia,
mujer de ánimo *fortacho*:
pero se hallaba *preñada*,
y ese día de asustada
como muchas *largó el guacho*.

Velay el fin tan funesto
que el pobre cura ha tenido;
y ojalá hubiera querido
Dios que no fuera más que esto;
pero *hubieron* todavía
una *máquina* de horrores,
y... *escuchá* los pormenores
de ese clamoroso día.

Esto es lo que me han *contao*
y he oído generalmente,
a una voz, entre la gente
con la cual he *platicao*.

Diz que el curita ¡infeliz!
como hombre, la vez pasada,
en una calaverada
salió haciéndose *perdiz*,
junto con una *mocita*
donosa que *engatusó*;
y que también se *largó*
en las *ancas* del curita.

Es de *alvertir* que la moza
no era una mujer cualquiera:
al contrario, dicen que era
de una familia *rumbosa*...
muy cantora, muy ladina,

musiquista y vivaracha,
alhajita la muchacha,
y por desgracia argentina...

Sí fue robo o *seducción*,
sobre eso no hay que dudar:
pues creo, sin vacilar,
que hubo en la niña pasión;
porque a una *china* cualquiera
no es cosa fácil *arriarla*,
y mucho menos robarla
lo mismo que a una *ternera*.

¿Cuál es la hembra que da treguas
no queriendo *cabrestiar*,
ni se deja *galopiar*
más de cuatrocientas leguas,
sin hallar en la cruzada
algún medio de escaparse,
o alguno a quien lamentarse
cuando la llevan forzada!

Pues bien: doña CAMILITA
(*velay* como se llamaba)
por todas partes cruzaba
a la par con el curita:
cosa que hace presumir
que desde que se largaron
ambos-dos se encamotaron
sin poderlo resistir.

Y *juyendo* de las gentes,
dejando sus amistades,
ganaron las soledades
de las selvas de Corrientes;
y por allá, de *escueleros*
pobres, en esa campaña
vivían dándose maña
como esposos verdaderos.

No hay duda, se apasionaron;
y, como es cosa terrible
y pasión cuasi invencible
la del amor, se *arronjaron*
a esa vida tan penosa,
disfrazada, montaraz,
pobre, maldita...y ¿qué más
castigo para la moza?...

¡Infeliz!... en mi *concencia*
discurro sin ser *letrao*,
que esa niña en el *pecao*
llevaba la penitencia,
con solo el remordimiento
que en *sus adentros* tendría
a cada *istante* del día,
sin cesar, desde el momento
en que se vio separada
de su familia querida,
y que salió maldecida,
fugitiva y *deshonrada*.

Por fin, el *Poder divino*,
que a todo *bicho* viviente
le señala justamente
su buen o su mal destino,
quiso que un *clérigo inglés*
que andaba en alguna *embrolla*
por esos *pagos de Goya*
(*sigún dicen*) hace un mes,
se *topó* con la mocita
por una *casualidá*,
aonde por *fatalidá*
se hallaba con el curita.

Y en cuanto los conoció...
¡*ahi-juna*, el hombre soplón!
de puro mal corazón
a un alcalde se lo *apió*
con el *chisme*: y *ahi* no más

dio el soplo, y tuvo el placer
de hacerlos *atar* y ver
que de allí a *San Nicolás*...
a la niña la mandaron
atada brazo con brazo,
y al cura en cepo de *lazo*
también me lo enderezaron.

¡Pobrecita!... ¡*hacete* cargo,
qué angustias no pasaría
en tan larga *atravesía*,
y en un lance tan amargo,
viendo que la conducían
enteramente *preñada*,
y que iba a ser despreciada
de los que la conocían!

Yo creo que en ese *istante*,
muerta se habría *quedao*
si le hubiesen *presentao*
su familia por delante;
pero ese triste consuelo,
o tormento, o qué sé yo,
la infeliz no mereció
sigún lo dispuso el cielo...

Porque la desembarcaron
con su amante, y al momento
a los dos al campamento
en carretas los mandaron;
y al ratito de llegar,
de sopetón, sin clemencia,
le leyeron por sentencia
que la iban a *fusilar*.

¡Barbaridá! los *soldaos*
cuasi todos se espantaron,
y a tirarle se negaron
algunos muy *aterraos*:
viendo a la moza *preñada*,

y en tal lance... ¡Virgen mía,
matarla así!... ¿Quién podría?
solo gente desalmada...

Así, la infeliz les dijo
llorando... «yo moriré:
pero, paisanos, ¿por qué
me quieren matar a mi hijo?
¡Válgame Dios!... ¿es posible
que por causas del amor
me imponga el Gobernador
un castigo tan terrible?,
que será el más inhumano,
porque en mi estado presente
este *angelito* inocente
ni siquiera está cristiano».

¡Clamor y quejas al viento!
porque Rosas lo quería,
y *ángel* y todo debía
morir en aquel momento.

Solamente concedió
el que, antes que la mataran,
al hijo lo bautizaran;
y para *esto se riyó*,
mandando que a la mocita
le hiciese algún oficial
UN BAUTISMO FEDERAL,
echándole agua bendita.

Y por la boca *¡zas-tras!*...
un hisopo le embocaron;
y en cuanto se lo vaciaron,
cuasi ahogada, así no mas,
la sacaron al *istante*
medio muerta de fatiga,
defendiendo su *barriga*
con las manos por delante.

Y, ni sé si la sentaron;
pero antes que se *ladiase*,
para que no se *golpiase*
¡ocho balas le *atracaron!*

En situación tan amarga,
fue su triste compañía
el curita que sufría
a su lado otra descarga...

.....

¡Y... humeando y *ensangrentaos*
la CAMILA y el *amante*,
cayeron a un mismo *istante*
con los sesos *destapaos*.

Ni una *boquiada* dio el cura
pero la niña penó,
y en el vientre le saltó
tan *fiero* la criatura,
que los soldaos dispararon
de aquel lugar *aterraos*,
y dos o tres *desmayaos*
sobre los muertos quedaron.

Al rato a los dos difuntos
en un cajón los metieron,
y... ¡quién sabe lo que hicieron,
antes de enterrarlos juntos!

.....

¡Mi Dios! en este momento
me da una *corazonada*
de furia desesperada...
y... yo no sé lo que siento,
déjame pues respirar,
que luego continuaré
y a informarte pasaré
sobre *mi particular*.

Parte segunda
Constante el gaucho Paulino

Pues, como te iba diciendo,
en cuanto a siguridá,
la cosa, china, se va
enteramente frunciendo.

Ansí, no me aguanto más,
y sea como se fuere,
antes de un mes, si Dios quiere,
alzo moño, lo verás.

Ya trece años que he troteo
con tantísimo trabajo,
cuesta arriba y cuesta abajo,
me tienen muy resabiao...

de Rosas y su custión,
que el diablo se lo llevara,
con tal que a mí me dejara
anidarme en un rincón;

aonde pobre y sin camisa,
mi alma, teniéndote a vos,
viviría, como hay Dios,
alegre y muerto de risa...,

con tal que no me sonara
ni de lejos la corneta,
y el sable y la camiseta
¡a la gran punta arronjara!

Solo deseo agacharme
a mi antojo a trabajar,
y a la hora de descansar
a tu lado revolcarme.

Y mas que duerma en el suelo,
volviendo a mi libertá,

con la mayor humildá
daría gracias al cielo...

Una vez que me libraba
de esta guerra asoladora,
que más crece y nos devora
cuando dicen que se acaba.
¡Cristo, Andrea!... ¡si ya estoy
hasta el pelo de aburrido,
y caliente, y decidido
a juirme como me voy!

Pues aquí, como animales
el alma echamos sudando,
día y noche trabajando
para jefes y oficiales.

Así se ven de platudos
estos diablos desalmaos,
mientras andan los soldaos
galguiando de hambre y desnudos;

que a no ser por lo infeliz
y sin juerzas que he quedao,
hasta hoy no hubiese aguantao
sin hacérmeles perdiz.

Ya del servicio, por junto,
¿qué me resta que esperar,
sino que me haga matar
don Juan Manuel? ¿Y a qué asunto?...

He de aguardar la infinita
que Rosas nos quiere echar,
haciéndome difuntear,
y dejándote viudita?

Ansí me estoy afilando
y poniéndote los puntos,
¡jay-mi-alma! y por vernos juntos

el cuerpo me está hormigueando.

Sólo temo que al disgusto
de verme tan atrasao,
y pobre, y descangallao,
te caigás muerta del susto.

Ansí un par de calzoncillos
allá me trajinarás,
pues los que llevo verás
que apenas tienen fundillos;

y eso, porque el chiripá
medio los ha apadrinao;
al mesmo que lo ha cuarteao
mi tirador de aguará.
¿Y mi camisa? ¡ay, Jesús!
si en el campo me acostara
creo que se me enredara
encima algún avestruz;

porque tiene un enflecao
por faldas, mangas y cuello,
que si a oscuras la atropello
se me entra por cualquier lao.

A mi poncho no le iguala
el cribo más ojalao,
y en ancas de remendao
tiene más ñudos que un tala.

De ahi tengo una camiseta,
¡ah, prenda! ya la verás
y ansí mesmo dudarás
si es de encaje o de bayeta.

Después tengo, y no me pongo
mi bonete colorao,
que como no ha pelechao
está color de mondongo;

por eso a bocha pelada
ando como limosnero;
eso sí, con el letrero
en la cinta colorada...

VIVA LA FEDERACIÓN!
¡y viva don Juan Manuel!
¡ahi-juna! y solo por él
nos roban el corazón.

¡Ay, Andrea! ahora lamento
lo engañado que he vivido,
y que muy tarde he venido
a caer en conocimiento.

Por ese tenor, recién
oigo a muchos lamentarse,
diciendo que el engañarse
es de hombres; y dicen bien.

Pero el error es un daño,
y como en una escritura
se pone la enmendatura
cuando se alvierte un engaño.

También debe en ciertos casos
el hombre que marcha errao,
viendo que va equivocao,
volverse sobre sus pasos...

Sin deber desesperar,
porque la vida es muy larga,
y como se pone amarga
también se sabe endulzar.

Es verdá que hay infinitos
hombres que yo he conocido,
a quienes les han fundido
todos los animalitos;

y hoy andan tan aguiluchos,
que da ganas de llorar
verlos que para pitar
andan recogiendo puchos;

y echando el alma en servicios
de este y aquel general,
sin que les larguen un rial
siquiera para los vicios;

Como hace mi coronel
don Prudencio el cuerizador,
(yo no sé el Gobernador
cómo no se fija en él)...

Que todito el regimiento
lo ha repartido en pionadas,
y en sus faenas y cuerizadas
no les da alce ni un momento,

en las estancias que abarca
con más de ochenta majadas
y un sin fin de caballadas
y esos rodeos que marca;

luego, en los grandes trigales,
que hace sembrar y recoge,
sin que ni en la trilla afloje
para yerba cuatro riales;

Y en ese inmenso cueriar
que en todas partes apura,
pues ya no hoy vaca sigura
que él no mande desollar.

Ansí es que mis ovejitas
se las vendí conociendo
que me las iba fundiendo,
lo mesmo que las vaquitas;

que al fin me las manotió,
porque dir a repuntarlas,
ni siquiera señalarlas,
nunca me lo permitió.

Lejos de eso, en mi campito
me hizo echar una invernada
y una tremenda yeguada,
que ahí lo pelaron lueguito.

¿Y qué diablos iba a hacer
mi suegro, un viejo quebrao?
¡Infeliz! ¿ni qué cuidao
de nada pudo tener?

Sólo me mandó decir
con el amigo Fernando,
que aquello se iba atrasando,
que si yo podría dir.

Entonces pensé sacar
una licencia cortita;
y esa mesma tardecita
nos mandaron a ensillar...

A unos cien del escuadrón,
con la orden de prepararnos
para de allí ir a golpiarnos
a Languyú del tirón.

Tan desaviao me encontraba
que ni tabaco tenía,
y fui a la pulpería
a ver si el mozo me fiaba.

Ahi por desgracia topé
al coronel muy risueño,
que me dijo: «tengo empeño
de hacer trato con usted;

«y si anda muy atrasao
hoy mesmo lo puedo armar,
si usted me quiere largar
su terreno y su ganao.»

¿Qué le iba yo a responder
a semejante propuesta?
Me encogí, y de la respuesta
ya te harás cargo, mujer.

Y, como me vio blandito,
me dijo: «vaya, Donato,
yo quiero que hagamos trato;
apiésé, echará un traguito.»

Y ya también lo mandó
al galope a su ayudante,
a decirle al comendante
que ya no marchaba yo.

De ahí me hizo luego montar
y a las casas me llevó,
en donde me engatusó
sin poderle replicar.

Por el ganao grande y chico
me dijo que se alargaba,
y por todo me pagaba
a siete pesos y pico.

Del rancho no me hizo menta;
pero de ahí por la majada,
el campito y la manada,
allí me ajustó una cuenta,

que me calentó los sesos;
y sin poder retrucarle
todo tuve que aflojarle
por dos mil quinientos pesos...

Que en papelitos de a cien
me contó en una mesita;
y esa misma nohecita
él me los ganó también;

porque empezaron a entrar
otros hombres al ratito,
y allí el coronel luegoito
se puso al monte a tallar.

Y ansí como por favor
me dijo: «Juegue, Jurao...»
que si hubiese reventao
habría sido mejor;

Porque ahí estiré la geta,
y en cuanto nos descuidamos
a todos los que apuntamos
nos hizo el jefe roleta.

Finalmente, en la jugada
largué el mono y me apedé,
y le dije no sé qué
al coronel, de humorada.

Quién sabe qué le diría;
pero él se me retobó,
y al momento se paró
con la mayor fantasía...

Y largándome un escrito,
me dijo: «Fírmelo usted»,
y en cuanto se lo firmé,
replicó: «El trato está listo.»

Lárguese pronto, Donato,
al campamento, no embrome;
si va cortao, velay, tome
treinta pesos de barato.»

A unas palabras tan tiernas
no tuve más que agacharme,
y como cuzco largarme
con el rabo entre las piernas.

Me fui a mi rancho, mamao
de pesadumbre; y al rato
que me dormí, hasta el barato
me lo habían soliviao.

Ahí se aumentó mi tristura,
por lo que entré a cavilar
y me comencé a secar
de una fuerte calentura.

Tal me atrasé, que a la cuenta,
como allí en el campamento
todos los del regimiento
me llamaban «la osamenta»...

Decidieron el mandarme
echao sobre una carreta,
antes que a la Recoleta,
a este hospital a curarme;

aonde he tenido la suerte
en diez meses de arribar,
a fuerza de forcejear
tiro a tiro con la muerte.

Y hoy hacen cinco semanas
que en buenas carnes me siento,
aunque a lo zorro aparento
que ando flacón y sin ganas;

y solo estoy esperando
a ño Antonio el portugués,
que dice que antes de un mes
se irá, pues ya está cargando.

Ahi tenés que en su lanchón
meterá el bulto tu esposo;
y aguardo ser muy dichoso
al verte, mi corazón.

Ansí, Andrea, por si acaso,
rogale por mí y por vos,
el que me permita Dios
llegar y darte un abrazo.

Conque, será hasta la vista;
si Dios quiere, antes de un mes
y por las dudas podés
tenerme la cama lista.

Y no me culpés de ingrato,
porque muy firme en quererte
es, y será hasta la muerte,
tu fino esposo...

Donato.

Brindis

Que pronunció Paulino Lucero el 23 de junio de 1851, en un banquete que dio el señor general Urquiza a bordo del vapor oriental Uruguay, para obsequiar a los señores Dres. don Manuel Herrera y Obes y don Luis José de la Peña, en los primeros días del arribo de estos caballeros al pueblo de la Concepción del Uruguay, al cual también volvió Paulino Lucero precisamente a los 20 años después de que en aquellos destinos, contra el poder de la tiranía, había combatido en las filas del infortunado y valeroso general don Juan Lavalle.

Costante el gaucho Paulino
a la patria y al amor,
a los veinte años, señor,
vuelve a caer a este destino;
como patriota argentino
sólo cumplo mi deber
viniéndomele a ofrecer
a Vuecelencia, a mi modo;

es decir, con cuerpo y todo
hasta morir o vencer.
Caigo de Montevideo,
ya se hará cargo, señor,
en un apero cantor
sin más prenda que un sobeo
con el mismo que deseo,
a pesar de que ando a gatas,
que nos salga a echar bravatas
el supremo titulao,
para de un pial de volcao
atarle las cuatro patas.

Al fin, del suelo entre-riano
la patria en su ley renace,
contra los esfuerzos que hace
por sucumbirla el tirano:
y a ese gaucho bruto y vano
que en Palermo atemoriza,
por si acaso se precisa
algún día coronarlo,
allá va a redomoniarlo
don Justo José de Urquiza.
Y si piensa Juan Manuel
el pretendiente Corona,
que se encierra en su persona
toda la patria y su aquel,
ya lo verá del tropel
que le vamos a pegar
¡donde pu... untas va a parar
con todo su poderío,
si no se turba en el río
y allí lo hacemos ahugar!

Urquiza en la patria nueva

O dos gauchos orientales platicando en los montes del Queguay, el 24 de julio de 1851.

ADVERTENCIA

Clemente Morales en el poema siguiente es uno de los prisioneros del Salto que, protegido por el señor general Urquiza, permaneció en Entre-Ríos hasta que, teniendo lugar el hecho que relata, concurre a él, y va a buscar a su amigo Luciano Oliva, que ha sabido por algunos pasados se encontraba en los montes del Queguay, huyendo de los malos tratamientos que los tiranos de Plata daban a los amigos de la libertad.

Recibimiento que en el monte le hizo a Morales su amigo y compañero LUCIANO OLIVA.

¡Por Cristo!... amigo Clemente,
déjese caer: quiero verlo
y abrazarlo para crerlo.
¿Cómo le va?

MORALES: Lindamente,
aparcerero. ¿Cómo está?
Ya me ve, en la soledá
de esta selva, matreriando
tristemente y lamentando
día y noche que en mi tierra,
con esta espantosa guerra,
¡ni taperas van quedando!
Ansí vivo, ya le digo,
en el monte soterraio;
y ansí no sé cómo ha dao
usté, aparcerero, conmigo.

MORALES: Me informé, por el deseo
que tenía, paisanazo,
de caer a darle un abrazo
y mostrar que lo apreceo,
en la situación precisa,
pues sabrá que en Paisandú
queda guapo y con salú
el Gobernador URQUIZA...
para que naides se atreva
a decir que se encogió,
y a vanguardia no salió

¡URQUIZA EN LA PATRIA NUEVA!

OLIVA: ¡Amigo del corazón!
por su vida, creamé;
anoche mesmo soñé
recebir este alegrón:
y felizmente el primero
es usté en darme este gusto.
¡Conque ya pasó don Justo!
¡Ah, cosa linda, aparcerero!
¡Viva la Patria! ahora sí...
de la humillación saldremos,
y el yugo sacudiremos
que nos han puesto hasta aquí.

MORALES: Sin duda; porque las cosas
demuestran que este verano,
más que a la fija, paisano,
se lo lleva el diablo a Rosas,
en seguida de la zurra
que debe llevar primero
acá cierto mashorquero,
titulado Mama-burra.

OLIVA: ¡Barajo!... Bien la merece;
pues a él solo le debemos
la miseria en que nos vemos...
y ojalá, amigo, cayese
pronto el general Garzón.
¿Por dónde viene, aparcerero?

MORALES: Pasó por el Hervidero
con su linda división;
y hoy me dijo Goyo Siris,
que al general, al instante,
con su fuerza el comandante
oriental don Lucas Piris
se le había apsentao;
de lo que me alegro mucho,
porque don Lucas es lucho

y jefe muy alentao.

OLIVA: Cabal que sí: mesmamente;
y... ¿cuándo pasó la gente
que trai el Gobernador?
¿Hace mucho?

MORALES: No, señor:
la madrugada del veinte...
por causa de cierto mocho
que enredando la jugada
hizo atrasar la pasada,
que pudo ser el dieciocho.
No hubo más inconveniente
asigún lo que yo entiendo.
De ahí, como le iba diciendo,
la madrugada del veinte,
la infantería entre-riana
coronaba las cuchillas,
y del pueblo a las orillas,
a el alba, tocando diana,
rompió la musiquería,
y cornetas y tambores,
empezando los primores
de ese venturoso día;
¡y no habían terminao
las dianas, creameló,
cuando ya se devisó
todo el pueblo embanderao!

OLIVA: ¡Ah, cosa! ¡qué madrugón
tan lindo y tan de-una-vez.
¡A que no juyeron tres,
le apuesto! y...

MORALES: Tiene razón.
Solo de la Polecía,
disparando a todo apuro
en un parejero oscuro,
salió un mozo al ser de día; pero de atrás ¡Virgen mía!

nuestros lince lo vicharon,
y cuentan de que dudaron
si era un jinete o venao,
y por las dudas, cuñao,
ahí no más me lo volieron.
¡Mozo vivo, y con maletas!
(vaya un refrán: sí, señor)
y con caldera al fiador
y pistola en las paletas;
salir haciendo gambetas
al ñudo, a que lo volieran
y por lindo lo pasiaran
ufano entre la coluna;
y sin ofensa ninguna,
que al ratito lo soltaran.

OLIVA: ¿Ese no más disparó?

MORALES: Ese y otros dos lulingos,
quizás por lucir los pingos;
luego, naides más juyó.
Al contrario, muy contento
el vecindario enseguida
a darnos la bienvenida
se descolgó al campamento,
y así que el sol apuntando
colorió por el oriente,
ya decidido y valiente
el general don Servando,
en esos mismos instantes,
rumbiando al puerto pasó
y al pasar nos saludó:
lo mesmo sus ayudantes.
Luego, subió a toda prisa
después de que se abrazaron,
y en la playa platicaron
con el general Urquiza.
Al rato, la división
crecida de don Servando
formó en la plaza aclamando:

¡Que viva URQUIZA, GARZÓN,
VIRASORO y los paisanos,
y las leyes, y la paz!,
para lo que yo de atrás
grité: ¡Mueran los Tiranos!
Después de Sacrá en la costa
don Servando se acampó,
y allí se le reunió
criollada como langosta.

OLIVA: Pues, habiéndose resuelto
don Servando el general,
a Oribe le ha echao un pial
de firme y de codo vuelto.

MORALES: ¡Soberbio! y con su divisa
anda desde que llegó,
y mucho que le gustó
eso al general Urquiza;
como que todo su anhelo
de esta ocasión lo ha fijao
en reunir a su lao
divisas de todo pelo,
con tal que quienes las usen
sostengan la libertá,
de modo y conformidá
que de ser libres no abusen...
Pues hoy en la patria nueva
la libertá ha de fundarse
en la ley, sin propasarse;
y ¡pobre del que se atreva
en el día a pretender
manotiar las propiedades,
ni atizar enemistades
por opiniones de ayer!...
Ni andar con celos mezquinos
o distinciones fatales,
nosotros entre orientales,
o aquellos entre argentinos;
porque hoy todos vamos a una

en esta lucha, paisano,
que es a voltiar al tirano
Juan Manuel Rosas.

OLIVA: ¡Ahi-Juna,
el tigre!... Dios lo bendiga
al Gobernador Urquiza,
que esas miras garantiza.
Ahora, si gusta, prosiga
relatándome, paisano,
todo lo que vio por ahi
al pasar el Uruguay
el ejército entre-riano.

MORALES: Pues, sí, señor: como he dicho,
con la música y la diana
en Paisandú esa mañana
se entusiasmó todo bicho,
de modo que a rumbo incierto
los vecinos en tropillas,
los unos por las cuchillas,
y los otros por el puerto,
buscaban al General,
que allí a las ocho del día
con valor y bizarría
pisó en la Banda Oriental;
y las barrancas que solas
un momento antes se hallaron,
al instante se cuajaron
de armas y de banderolas,
galeras, carpas, ramadas,
pingos, soldaos y fogones,
ruedas, ejes, municiones
y carretas desmontadas. Tal fue el primer campamento
que el General levantó,
y allí el pueblo se agolpó
a recibirlo contento;
pues, ni bien lo devisaron,
en cuanto lo conocieron,
miles de ¡Vivas! se oyeron

que en el monte resonaron,
y a los cuales respondían
las valientes divisiones
que en numerosos lanchones
cruzando el río venían...
a tiempo que, raudaloso
y de costa a costa lleno,
corriendo limpio y sereno
el Uruguay majestuoso,
en sus aguas como espejos
retratava vivamente
árboles, barcos y gente,
la costa y los ranchos viejos,
que en el puerto en multitud
se han ido desmoronando,
y allí están atestiguando
las ruinas de Paisandú:
pueblo que fue tan lucido
en un tiempo afortunado,
y hoy, ni cercos le han quedao...
¡tal se encuentra de fundido!
Ya se ve, con esos Moros
que ha traído Oribe a mi tierra,
y con nueve años de guerra
no van dejando ni toros,
ni baguales, sí, señor:
y esta no es ponderación...
Ahí está Maza Violón
y otros por ese tenor,
a cuenta de Federales
y de Rosistas, ¡barajo!,
manotiándose el trabajo
de más de cuatro orientales,
cuando hay familia que vive
¡desnuda, abajo de un cuero!
porque a cualquier mashorquero
le larga una estancia Oribe,
¡voto al diablo!... y...

OLIVA: Deje estar

no se caliente al botón,
que va a llegar la ocasión
de podernos desquitar.
De aquí a unos días, si acaso
se ofreciere un entrevero,
entonces sí, compañero,
le daremos gusto al brazo.
Concluya, hágame favor,
el cuento que ha interrumpido.
Conque, ¿estaba muy crecido
el Uruguay?

MORALES: Sí, señor;
fue cosa particular
que la víspera cayó
una avenida, y creció
anchamente como un mar.
Así es que tenía el paso
sus doce cuadras de anchor;
y así mismo, era un primor
ver los muchachos que a brazo
al Uruguay se azotaban,
de las islas anegadas
manguiendo las caballadas,
que en tropillas se largaban:
las que fogosas bufando
por los remanses venían
y relumbrosas salían
a esta costa relinchando.
Donde vi en cuanto pasó,
a un mozo todo mojado,
que a un redomón requemao
en pelos se le sentó,
y ya también se agachó
el rocín a corcoviar;
y el mozo sin vacilar
lo soltó, y dijo: ¡andá, vete,
y decimelé a Alderete
que lo vengo a visitar!

OLIVA: ¡Ah, mozo gaucho, oiganlé!
¿conque, no lo solvió
el pingo, y se le pegó?

MORALES: Lo mesmo que zobaipé
pero lo soltó, porque
quiso moniar el bagual,
y ya en la Banda Oriental
ningún bruto corcovea,
pues bastante bellaquea
el Presidente Legal.

OLIVA: ¡Nueve años!... es evidente,
bellaquiando ha hecho diabluras,
porque con caronas duras
no ha sabido hasta el presente
tironiarlo fuerte un pión
tan guapo y acreditao,
y tan bien apadrinao
como el general Garzón.
Velay quien lo ha de amansar
ahora, del primer rigor;
no lo dude... Y por favor
acábeme de contar
lo que usté sabe y yo inoro
del Hervidero adelante.

MORALES: Me olvidaba; ¡voto-alante!
que el coronel Virasoro
también con sus escuadrones
Salto arriba atravesó,
y de esta banda salió
atrás de unos quebrallones
que juyeron campo ajuera
rumbiando para el Cerrito,
donde ha de ser lo angostito
y fiero de la manguera.
No hay alivio, lo estoy viendo;
allá va desesperada,
y ahí muere la Rosinada.

Además: vaya sabiendo
de que el comendante Neira
don no sé cómo se llama,
mozo que tiene la fama
de más guapo que Pincheira
decidido en la custión,
dejándole a Oribe el cuento
se nos vino al campamento
con todito su escuadrón.

OLIVA: Quiere decir, aparcerero,
con tanto golpe mortal,
que el titulado legal
va por un refaladero.

MORALES: Y en ancas el comendante
don Ventura Coronel.
quiso juir, y de tropel
me lo arriaron por delante,
trayéndolo prisionero
por ser jefe gamonal,
razón por que el general
lo mandó soltar ligero.
De suerte que don Ventura,
que tendría sus temores
allá por ciertos primores...
de verse en una apretura,
no tuvo nada que hacer,
ni siquiera presentarse,
sino venir y largarse
a dormir con su mujer.
Ansí, bien dice, aparcerero;
con tanto golpe fatal
la presidencia legal
va por un refaladero;
pues don Costancio Quintero
(un coronel muy querido)
también se nos ha venido
trayendo toda su gente,
desgracia que al presidente

debe tenerlo afligido.

OLIVA: ¿Y Rosas no se vendrá
a cuartiarlo en el Buceo?

MORALES: ¡Ah, malhaya! pero creo
que Juan Manuel lo que hará
únicamente será
cacariar como gallina,
y echar mano a la pretina
a cada rato en Palermo,
donde él dice que está enfermo
y atrasao de mal de orina.
¿Cómo ha de arrear así
enfermo de la vejiga,
mucho más cuando lo hostiga
del Paraná el camuatí?
Pues le asiguro que allí,
tan sólo, amigo Luciano,
del ejército entreriano
hay siete mil hombres largos,
que muchos ratos amargos
tienen que darle al tirano.
De yapa el gobernador
don Benjamín Virasoro,
jefe que vale un tesoro,
le ha cantao a Rosas ¡flor!
con un truco apretador,
trayéndose de Corrientes
otros siete mil valientes,
muchachos todos fornidos,
por la causa decididos
y contra Rosas calientes.
Siendo así, en esta jugada,
el tal REY de los Rosines
no podrá ni con maquinas
escapar de una pelada;
pues le ha soltao la empalmada
el gobernador don Justo,
y lo hará pisar a gusto

por donde se la dirija,
y ahí podremos a la fija
jugar la plata sin susto.

OLIVA: De por juerza: no hay que hablar...
¡Ah, Cristo! gracias a Dios.
Ahora mesmo vamonós,
amigo: voy a ensillar.

MORALES: Aguarde, tome este bayo
que le traigo, ensilleló
con franqueza, y monteló,
siguro que irá a caballo.

OLIVA: Por supuesto: me hago cargo
que será resuperior...

MORALES: Es un pingo de mi flor,
cuando juega en trecho largo.

OLIVA: Ansí ha de ser; bien lo veo...
Velay... monto... y... ya estoy listo.
Pues, sí, paisano, ¡por Cristo!
lo estoy viendo y no lo creo.

MORALES: ¿De veras? pues acá estoy;
no tenga duda, cuñao,
y me tiene a su mandao
para servirle desde hoy.

OLIVA: ¡Oiga el diablo! y se corrió
que allá por el otro lao
me lo habían difuntiao;
y ansí me lo asiguró
Rivas, que usté había muerto,
y...

MORALES: Ya lo ve que no es cierto,
asigún yo lo atestigo.

OLIVA: Me alegro en el alma, amigo,
después de haberle rezao.
Ya se ve, habiendo cuadrao
su ausencia tan dilatada,
más me pareció fundada
la triste noticia; así
yo también se la embutí
al sargento Valdivieso.

MORALES: ¡La pu... cha digo en el queso!
¿Me habré muerto sin sentir,
o me andaré por morir
sintiéndome tan buenazo?
Pero ¡qué! yo no hago caso
de dizques ni de visiones,
ni excuso las ocasiones
si se ofrece meniar corvo,
porque nada me hace estorbo
en la patriada presente...
a no ser que el presidente
Mama-burra...

OLIVA: Quitesé,
no eche pelos, cubrasé.

MORALES: ¿Que me cubra dice, amigo?
¡La gran pu... nta y truco, digo!
Me almira el ver que se ríe;
pues, paisano,
no se fíe del titulado legal:
mire que es viejo fatal,
y que de puro Rosín
le sirve de comodín
al Restaurador eterno.

OLIVA: ¡Otra liendre para yerno,
el supremo titulao!
¿Cómo se habrán ayuntao
tan de firme esos legales?
¿Ha visto diablos iguales?

MORALES: Siempre a la bruta se ayuntan
calandrias como esos dos,
por la razón de que Dios
los cría y ellos se juntan.
Pero, así mismo pudiera
permitir Dios que don Justo
le atraque a la yunta un susto
y le corte la collera.
Con esa resolución
se ha venido de este lao,
y con la misma ha cruzao
nuestro general Garzón.
Siendo así, por consiguiente,
como dijo usted, amigazo,
le daremos gusto al brazo
cuando un lance se presente,
pues en tal caso, paisano,
justo es buscar el desquite.
¿Diga usted ahora si el envite
con Urquiza es?...

OLIVA: ¡Soberano!
con tal triunfo quiero a punto,
y en su caso un contraflor;
y en cuanto al Restaurador...
ni por sus tantos pregunto.

MORALES: Por supuesto, es excusao
hacer caso de esa maula,
que de Palermo en su jaula
está del todo abollao:
sufriendo de un modo vil
después de tanta bambolla
la gran sumida de bolla
que le ha pegao el Brasil,
metiéndole al Paraná
todos sus barcos de guerra...
a ver sí sale por tierra,
y en una voracidad

se asoma a alguna barranca
el baladrón Juan Manuel,
y el almirante Grenfel
le echa un pial por sobre la anca.

OLIVA: ¡La pu... rísima! ¿Esa más?
¡Que vivan los brasileros!
ahora que a los mashorqueros
me los apuran de atrás.

MORALES: ¿De atrás dice? En pocos días
verá usted que al Miguelete
por encima de Alderete
pasa el conde de Cajías
Y no crea que es balaca,
que el Imperio con don Justo
y Montevideo a gusto
de tres han hecho una baca...
¿de tres, dijo?... Me he turbao;
de cuatro, diré más bien,
porque Corrientes también
tiene parte en el tratao
para voltiar mashorqueros;
y acá en la Banda Oriental
el titulado legal
ha de caer de los primeros.

OLIVA: Entonces pronto, paisano,
la costancia y la vitoria
van a coronar de gloria
al pueblo Montevideo.
¡Ah, pueblo, amigo Luciano!
¿Ha visto? ¡Ocho años sitio,
cuerpo a cuerpo ha rechazao
con sus tropas valerosas
a todo el poder de Rosas,
que allí por fin se ha estrellao!
¡Y la Uropa!... Pero... ¿qué
es aquello que negrea
allá en la cuchilla? ¡Vea!

MORALES: Ésa es la juerza... parece;
debe ser, estoy pensando,
sigún lo que vide ayer...
esa gente debe ser
del general don Servando.
Cabal que sí, mesmamente;
él es con su división;
velay, pues, linda ocasión
de que usté se lo apresente...
Pues yo tengo que cortar
acá en esta dirección,
porque al general Garzón
me le debo incorporar.
En virtù que con licencia
por seis días me quedé,
y el viejo andará, ya sé,
extrañando mi presencia.

OLIVA: Ahora sí que me apresento
dejando de matreriar;
y ahora sí me haré matar
por la causa muy contento:
lo mesmo que debe hacer
en la presente patriada
peliando la paisanada
hasta morir o vencer.

MORALES : Ésa es la resolución
que en esta lucha he formao;
y soy el más ruin soldao
de la escolta de Garzón.
Pero él sabe que soy suyo
como patriota oriental;
y en no hacerlo quedar mal
fundo mi gala y mi orgullo.
Conque, suélteme un abrazo,
y al largarse, amigo viejo,
oiga; le daré un consejo
en amistá, por si acaso.

«Pórtese bien de esta vez,
como siempre se ha portao,
si quiere ser respetao;
y llegando a la vejez,
presuma con altivez
de patriota a toda prueba;
y al más alto que se atreva
a no atenderlo, cuñao,
dígale: «¡YO FUI SOLDAO
DE URQUIZA EN LA PATRIA NUEVA!

OLIVA: ¡Qué lindo, déme otro abrazo!

MORALES: Al momento: tome dos.

OLIVA: Paisano Clemente, ¡adiós!

MORALES: Hasta la vista, ¡amigazo!

Y al galope, como un rayo,
cuanto le aflojó la mano,
rompió el pingo de Luciano,
porque era un pájaro el bayo.
Clemente también rumbiando
al Hervidero cortó,
y esta letra se le oyó
que iba al galope cantando
«Jefe supremo Avestruz,
un gaucho que anda en sus glorias,
te manda muchas memorias
del general Santa-Cruz.»
Allá va cielo, tirano,
yo compadezco tu apuro;
pues en Francia... ¡qué rigor!...
el tratado... Sepeduro »

.....

Cielito patriótico

Dedicado el ejército correntino, que a las órdenes del señor general Madariaga obtuvo la más completa victoria en el Riachuelo, escarmentando para siempre a los traidores.

¡Otra vez con la victoria
se alzó la Correntinada!
¡Ah, pueblo fiel y patriota!,
que no se duebla por nada.

Allá va cielo, cielito,
cielito en el Riachuelo;
los mashorqueros traidores
clavaron la aspa en el suelo.

Aquí caigo, aquí levanto,
anduvieron los patriotas,
hasta que alzaron el poncho
y ya se han puesto las botas.

¡Ay, cielo, cielo cielito!
pregúnteselo a Cabral
si toda su rosinada
no disparó a lo bagual.

Con más altivez que nunca,
otra vez los correntinos
amenazan al tirano
de todos los argentinos.

Cielito, cielo que sí,
cielo de la libertá;
a ese pueblo Juan Manuel
nunquita lo humillará.

Él pensó que degollando
y destruyendo a Corrientes,
podría al fin rematar
esa cría de valientes.

Ay, cielo, cielo cielito,
cielito de la altivez,
a ver si el degollador
los sujeta de esta vez.

Allá en la Laguna Brava
su mashorca y su gobierno
ha llevado una sabliada...
que fue a lamberse ¡al infierno!

Cielito, cielo y más cielo,
cielito de la firmeza,
esa provincia tan sólo
le ha de dar en la cabeza.

Cabral, Ramírez y Borda,
con Virasoro y Galán,
que salieron a dos laos,
¡por aónde diablos irán!

Ay, cielo, cielo cielito,
cielito de la mañana,
puede que ni desensillen
en lo de Pascual Badana.

Velay, ansí son los triunfos
del gaucho Degollador;
que aquellos que más hostiga
se le alzan a lo mejor.

Cielito, cielo y más cielo,
cielito de Mocoretá,
nunca el poder del tirano
se ha de aguantar por allá.

De aquí a unos días sin duda,
el general Madariaga
con un ejército lindo
¡hasta el Paraná se traga!

Cielito, cielo y más cielo,
cielito de la esperanza,
si Urquiza escapa de aquí
puede ir allá en la confianza.

Ahí anda el Espantadizo
gambetiando a lo avestruz,
hasta que de un redepente
le atraquen en el tus-tuz.

Cielito, cielo y más cielo,
cielito como balazo,
si de acá se va con bolas
allá le prienden el lazo.

El general MADARIAGA
a don Frutos le ha escribido,
que por allá a los rosines
muy fiero los ha tullido.

Allá va cielo y más cielo.
Ay, cielo del corralito,
y le ofrece la pionada
si tiene algún quehacercito.

Pues dicen que andan ganosos
de azotarse al Uruguay,
a cuerear la rosinada
que puede salir por ahí.

Cielito, cielo y más cielo,
cielito de Yapeyú,
¡Cristo, si caen a la encierra
los gauchos de CAGUASÚ!

Y dice don Madariaga
que no precisa tratao,
pues para matar Rosines
platicar es excusao.

Digo, mi cielo, cielito,
ya empezará el mashorquero
Juan Manuel, con este apuro,
medio a fruncir el yesquero.

Verán si al Restaurador,
viendo la Correntinada
¡sable en mano! y decidida,
no se le cae la quijada.

Allá va cielo y más cielo,
Digo, mi cielo, cielito,
bien sabe que Madariaga
le anda por limpiar el pito.

Vaya pues la despedida
a los bravos Correntinos
que presumen con razón
de famosos argentinos.

Cielos. ¡VIVA MADARIAGA!
¡y sus bravos compañeros!
siñuelo de los patriotas,
terror de los mashorqueros.

Los compuestos de Gualeguaiichú

Dedicatoria

Velay, don Teófilo Urquiza,
le remito esa versada
fieramente concertada,
como escribida de prisa:
porque el tiempo lo precisa
este su fiel servidor,
para ocuparlo mejor
día y noche en discurrir
cómo podré conseguir
boliar al Restaurador.

Porque, hallándose orejano...
es bellaco y altanero,
como yo soy de certero
con las bolas en la mano:
así es que relincha en vano,
pues si yo le tiendo el brazo,
siguro, como balazo
se las amarro de atrás,
o lo revuelco ahí no más,
con el primer chaguarazo.

Y al punto se lo presento
«si lo agarro este verano»
(como dijo un tal Serrano
comendante de talento).
En fin, si lo agarro, intento
dárselo de buena rienda:
es decir, luego que aprienda
a cocinar y barrer,
pues usted lo ha de querer
para criado de su prenda.

Por último, mi mayor,
sólo me resta decirle,
que siempre para servirle
me encuentro de buen humor,
porque usted es merecedor
de un cariño verdadero:
así, endeveras lo quiero,
y en tenerle voluntá
hasta la muerte será
firme...

Paulino Lucero.

Carta noticiosa que desde Entre-Ríos le escribió Rudesindo Morales, caído de la Banda Oriental, a su esposa Pilar Flores, vecina de Chivilcoy, residente en la campaña de Buenos Aires.

Señora doña Pilar Flores.

Campamento en Gualeyán, paso nuevo de Mangudo, a veintitrés de noviembre del año cincuenta y uno.

Mi querida mujer y esposa.

Mi vida: creo excusao
el entrarte a relatar
el modo particular
como he caído de este lao,
cuando ha sido tan sonao
el desenlace triunfal,
que allá en la Banda Oriental
terminó el gobernador
Urquiza, para esplendor
de la CAUSA FEDERAL.

¡Ahora sí, mí alma, la cosa
se le frunce a Juan Manuel!
y el diablo carga con él
de una manera indudosa:
pues la manía lo acosa
al loco infame traidor,
y quiere al Restaurador
ir a echarle un avispero,
allá al principio de enero
cuando apriete la calor.

Y fíjamente, Pilar,
se le prenden las avispas,
y el Supremo echando chispas
se va al infierno a rascar;
donde podrá lamentar
la desgracia que ha tenido
en su ejército fornido,

que allá en la Banda Oriental,
para colmo de su mal,
también se le ha enloquecido.

¡Vaya que ha sido completa
la que don Justo le ha echao,
con habérsele aflojao
tan de una vez la chaveta!
pues la primer manganeta
que al Supremo le jugó,
fue el trote que le pegó
de EntreRíos al Cerrito,
contra el poder infinito
que Juan Manuel cacarió.

Y cuando ciertas Naciones
que presumen de famosas,
le andaban temblando a Rosas
como al gato los ratones...
Urquiza sin presunciones,
con sus criollos de tropel,
lo Ira aturdido a Juan Manuel
diciendole: ¡ea, tirano,
allá va un americano
a ponerte el cascabel.

¡Ah, loco lindo y garboso!,
¡como para echarle el resto
al Restaurador, se ha puesto
parejito y lindo mozo!
¡Lástima a que anda furioso
con la maldita locura,
de tal modo que asegura
que a Rosas va a galopiarlo,
pelo a pelo, hasta largarlo
con tamaña matadura!

Y con igual pretensión
la paisanada se va
recostando al Paraná

lo mismo que nubarrón;
de balde ese baladrón
Supremo dice aturdido,
que a Urquiza no lo han seguido
los paisanos argentinos,
sino unos restos mezquinos
que del Cerrito han salido.

Los restos ¿eh?, ¡morderá!,
no ha de ser chico susto
el que con ellos don Justo
a vanguardia le dará;
aunque Juan Manuel podrá
salir a ver si lo ataja,
ya que le da esa ventaja
de moquillo manifiesto,
quien a ese bruto ha dispuesto
pelarlo con su baraja.

Y entonces va a suceder
que al echarle un contraflor
Urquiza al Restaurador,
fiero se le ha de encoger:
porque lo ha de suponer
a don Justo en la embestida
la cabeza divertida...
y a Rosas le ha de hormigear,
porque don Justo al cargar
tiene muy mala bebida.

Ahora mesmo se halla en punto
cismando con Juan Manuel,
al cual quiere de un cordel
zungarlo solo por junto:
y no lleva más asunto
de justicia y ambición,
ni agravio, ni prevención,
ni tiene más enemigo:
a Rosas solo, ya digo,
va a pegarle un manotón.

Y yo voy también templao
por ese mesmo tenor,
como que el Restaurador
veinte años me ha traginao:
y hoy si lo pilló turbao
lo tengo que atropellar,
porque le pienso cobrar
las nutrias que me ofreció
para cueriar, y si no
a él mesmo lo he de cueriar.

¡Ladronazo, hijuna-pu...!
así se ve por tramposo,
aborrecido, achacoso
y atrasado de salú;
pero, que aguarde el pacú;
que don Justo le destina,
del Paraná, y con la espina,
si el mal de piedra lo hostiga,
que se escarbe la vejiga
y sanará de la orina.

En fin, me voy calentando
contra ese diablo, ¡barajo!,
que ya por un cuesta abajo
de aquí lo estoy devisando.
Concluyo pues, y te mando,
¡seis pesos fuertes!, ¿qué tal?,
una buena cuenta igual
de Rosas no he recibido
en nueve años que he servido
solo en la Banda Oriental;

Y acá, al llegar, esos riales
nos dio don Justo al momento,
y hoy corre en el campamento
la pesería en costales:
después, a todos iguales
también nos ha uniformao;

en fin, hemos pelechao...
como todo el que viniere,
si se porta bien y quiere
servir, sale remediao.

Con que así, decimelés
a los amigos de allá,
que el choclo madurará
gordamente antes de un mes;
y bien morrudo, después,
a Rosas se lo atracamos,
y a la fija lo aventamos
lo menos a Ingalaterra,
y con eso en nuestra tierra
todos en paz trajinamos.

Basta de revolución
y enemistades, Pilar,
como de hacernos matar
por sostener a un ladrón;
esta es la predicación
de Urquiza el Gobernador,
que dice: «al Restaurador
romperle el mate no más,
y luego entre los demás
nada de odios ni rencor;

«Y que al fin, los mendocinos,
los riojanos, los porteños,
los vallistas y salteños,
puntanos y correntinos,
unidos como argentinos
gocen derechos iguales,
y olviden esos fatales
celos entre provincianos,
pues todos somos hermanos
y argentinos federales.»

Velay, en ese sentido
se le oye al viejo explicar,

porque no quiere juzgar
a naides por lo que ha sido
bajo del bien entendido
que solamente desea
triunfar, para que se vea
que la ley se aplique igual,
y se juzgue a cada cual
entonces por lo que sea.

Conque, Pilar, ya podés
recostarte al Paraná,
que yo cairé por allá,
si Dios quiere, antes de un mes;
venite, no te turbés,
verás la güeva tamaña
con que al Supremo lagaña
de tanto renombre y facha,
como al paro, se le agacha
don Justo en esta campaña.

Concluyo a la disparada
esta carta; adiós, Pilar,
porque vamos a marchar
y están tocando llamada:
¡ay, mi alma, y la caballada
van arrimando, qué lindo!,
¡adiós, mi vida!, a Florindo,
a mi suegra y a Belén
dales memorias, mi bien,
de tu esposo...

Rudesindo.

Cielito patriótico de Ejército Grande de Sud América

Compuesto por Paulino Lucero para los valientes santafecinos

En el Ejército Grande
de este lao del Paraná,
quiero cantarle un cielito

a Juan Manuel; y allá va.

¡Ay, cielo! del camuati
ya se soltó el avispero,
y bien puede en estos pagos
cantar Paulino Lucero.

¡Qué lindo! En la Patria nueva
el pueblo santafecino
alzó el poncho, acreditando
ser federal argentino.

Cielito, vana esperanza
la que tuvo Juan Manuel
de que la santafecinada
se haría matar por él.

Ya en los campos del Rosario
las pampas parecen montes,
por cien colunas que forman
en la llanura horizontes.

¡Mi cielo! y de lejos brillan
las armas al resplandor
del sol en los escuadrones
de URQUIZA EL LIBERTADOR.

Desde el día en que pisamos
la tierra santafecina,
no ha sido preciso hasta hoy
ni cargar la garabina...

Cielito, pues no pretenden
los valientes Entre-Rianos
que corra una sola gota
de sangre entre americanos.

Este es el mayor deseo
del gobernador URQUIZA,
como el de agradar a todos

sirviendo a quien lo precisa.

Cielito, y solo pretenden
(no sé si me engañaré)
irse al trote a Buenos-Aires,
voy a decirles a qué:

Como es moda el regalar
cualquier prenda en Año nuevo,
viene nuestro general
a traírle a Rosas un güevo.

Cielito... ¡cosa tremenda!
de modo que Juan Manuel
o en Palermo se lo engulle,
o se atora allí con él.

Antes de eso, bien pudiera
decirme el Restaurador,
de ocho días al presente
¿cómo le va de calor?

Cielito, porque sabemos
los titulados Salvajes,
que el Supremo reculao
anda empacando mensajes.

¡Cuarenta y seis mil Rosines
piensa juntar Juan Manuel!
Mucho miedo les tenemos
con un general como él.

¡Ay, cielo! si se ofreciere,
tendremos que lamentar,
cerrarle un ¡quiero! en su ley
con un traco rigular.

Allá en la Banda Oriental
diez y ocho mil nos largó,
y URQUIZA con cinco mil

fue, y se los envacunó.

¡Ay, cielo de la victoria,
cielito de la fortuna,
así en los cuarenta y seis
va prendiendo la vacuna!

El diablo será que al fin
con estaca y maniador
a la otra banda del charco
se largue el Restaurador.

¡Ay, cielo, y nos deje el cuento
después de tanta balaca,
y las ganas que llevamos
de asegurarlo en la estaca!

¡Ah, Cristo!, ¡quién mereciera
de esta vez pillarlo a tiro,
y ahora que está barrigón
hacerle dar un suspiro!

Cielito, pero al Supremo
ya no es fácil apretarlo,
porque antes la porteñada
allá quiere embozalarlo.

A pesar de su sosiego
el Restaurador Carcoma
al quinto infierno a dos laos
salió con Santa Coloma.

Cielito, y a media rienda
dicen que rumbea Arnol
a embarcarse en Mal-paraíso
en un navío español.

Finalmente en Santa Fe
no hay mashorca, ni la habrá:
todo es gozo y patriotismo,

entusiasmo y libertá.

Ay, cielo, de acá a unos días
a Palermo enderezamos,
y a la mashorca Rosina
hasta el choclo le pelamos.

Echaré la despedida
en la villa del Rosario,
para Juan Manuel Vejiga,
ñato y Salvaje Unitario.

Mi cielo, y ya los porteños
sus cadenas vergonzosas
podrán trozar gritando:
¡viva URQUIZA y muera Rosas!

Rosario, enero de 1852.

Boletín de Rufo Carmona

Guardia nacional de campaña en el ejército del sur

Señora doña Belén Rocalmora.

Campamento general en el paso del Venao, a trece del mes de enero
del año que ha principiao.

Querida esposa.

Por Pedro Pablo Galú,
y por tu carta también,
ayer supe, mi Belén,
que andás guapa en la ciudá;

Y en teniendo vos salú,
y yo sable y tercerola,
dejá que corra la bola...
que lo que ha de ser será.

Ahora, tocante a tu apuro
porque vamos de una vez,
conozco que no debés
tener un suidio tal,

porque el pueblo está seguro,
sigún dice Pedro Pablo,
que no le recula al diablo
esa GUARDIA NACIONAL.

¡La gran pu...nta en la mozada,
que ha salido de mi flor
con toda la agua de olor
que usaba y tanta golilla!

¡Barajo! en esta patriada
caliente se ha destapao,
y tiro a tiro ha mostrao
lo que vale un cajetilla.

Por gusto, Belén, te pido
que a cuantos vos conozcás
un abrazo... y nada más,
de parte nuestra les dés...

Sin tener otro descuido,
chinita, porque esa gente
para un ¡truco! es aparente
y ladina, ya sabés.

De ahí, dejá que el rengo Lagos
amague el pueblo, y lo estreche
con Rivero y Goyo Leche,
y toda esa sabandija:

que ya no se usan amagos,
pues en el Sur sólo se usa
atracarles bala y chuza
y polviarlos a la fija.

No hay remedio; así es preciso
quitarles de allá ese estorbo,
y para eso meniar corvo
desde acá es muy rigular;

Y yo no me hago el petizo
por la Patria en caso alguno,
ni del Sur gaucho ninguno
hoy se pretende achicar.

Al contrario, en estos pagos,
cuanto llegó el coronel,
y que supimos por él
los revoltijos de Flores;

y que relinchando Lagos
contra el Gobierno se alzó,
y a Urquiza se sometió
junto con otros traidores...

Corrió el gauchage veloz
¡a las armas! y luego,
soberbio, les pegó el grito
don Pedro Rosas Belgrano:

«¡A caballo, y vamonós
a Buenos Aires, muchachos,
a probarles a esos guachos
lo que es un amor tirano!»

Para esto el valiente Acosta,
de antemano, reunida
a vanguardia y decidida
tenía su división;

a la cual, como langosta,
de todas partes le vienen.
los porteños que no tienen
ni delitos, ni ambición.

Verás que desenvainada
de chuzas y de latones
le hacemos a esos collones
antes que se acabe el mes;

pues solamente a la Indiada
de sable y de garabina,
si Lagos la ve, no atina
para donde juir después.

De estas verdades deseo
informarte, prenda mía;
ansí, oscuro, al ser de día,
recién humiando el fogón...

Y a pesar de que no veo
por estar muy soñoliento,
de barriga, y muy contento
te escribo esta del tirón.

Letra fierá haré, a la cuenta,
al escribirte, pichona,
encima de la carona,
a la alba y a media luz...

Con una tinta aguachenta
que de pólvora he formao,
un papel todo arrugao
y una pluma de avestruz.

Así mesmo, unas albricias
ya me quedas a deber,
desde que te hago saber
por mis letras cariñosas...

las superiores noticias
que, en todo el Sur decidido,
marcha el paisanaje unido
al coronel Pedro Rosas;

y asigún presumo yo,
por lo que mis ojos ven;
de aquí a unos días, Belén,
por ese lao de Barracas...

Sentirás el pororó,
y verás la polvadera
de toda esa montonera
que anda allá echando balacas.

Con que ¡adiós! china, que ya
están tocando la diana,
y de yapa la mañana
también está frescachona;

y yo... ¡qué barbaridá!
sin ensillar... ¡Jesucristo!
¡Voto al diablo!... ya estoy listo.
Tu esposo...

Rufo Carmona.

La tartamuda o la media caña

Que cantó un corneta porteño para que la bailaran en sus cantones los defensores de Buenos Aires en la noche víspera del 3 de febrero de 1853, cuando amenazó el ex-coronel Lagos que tomaría a viva fuerza la plaza de Buenos Aires.

A salú de los Batallones de Línea de la Guarnición.

Co... co...mo soy tartamudo,
pueden dispensar,
si llevo en ciertas coplas
a tarta... mudear.
Centinela, ¡alerta! -se oye en el cantón
a la primera güelta. -Oído y atención,
cadena y bailar:
que yo con mi changango
me voy a explicar.

Oigan la media caña,
que las puebleras
bailan al tiroteo
de las trincheras.
A la media noche -o al amanecer,
los de afuera dicen -que entran... a morder.
¡Tum... tum!... ¿qué es eso?
de los Italianos
algún bostezo.

¡La pu...u...jan...za en la gente
cruda y amarga!
que al per..díó..sa..cra..mente
sale a la carga...
al trote, de frente: armen bayoneta,
ruempan el cartucho, ceben cazoleta.
Dejen, muchachas,
que espanten de los güecos
las cucarachas.

Ma... ma... tías - Tragaldabas,
también de chulo
diz que viene a tragarnos:
miren que cu...
... que cuco tan fiero - se nos quiere hacer;
si se habrá olvidao - que lo hicimos per...
per... der el rumbo,
haciéndole de atrás
chiflar un chumbo.

¡Tu..ru..tum...tum!... ¡Ah, hijitos!
Bailar, muchachas...
que las guerrillas de HORNOS
a las vizcachas...
por que no hagan daño, -al oscurecer,
de esas castañetas- les suelen hacer.
¡Oído!... ¡Bro..co... tón...!
Ah, comendante Sosa,
siempre rezongón!

¡Qué ruido... voto al diablo!
a media noche.
Es la organización
que entra en coche.
Que no me la espanten - de la batería,
que los teruteros - no armen gritería.
Ya se han callado,
y la cómo se llama
se ha empantanado.

¡Ah, mathaya, ese tal
Goyobotija
puntiara!... pe... pero... ¿cuándo
larga manija?
Pues, mientras no engorde del todo y peleche,
y en el pueblo siga - escasa la leche...
dicen los flaires
que no ha de entrar el hombre
en Buenos Aires,

Doma-gogos nos llaman,
y ya sabemos
y ya eso quiere decir
doma Supremos.
¡Alto ahí! artilleros, - cartucho al cañón;
pie a tierra, y recule la organización,
que desde Montiel
nos trai el hereder
de don Juan Manuel.

¡Pu...cha, gauchos mulitas
esos de Lagos!
haciéndose aujerear
en estos pagos:
aonde diariamente me los difuntean,
mientras que sus jefes holgados cuerean.
Y siga el bureo, y la federación
del manoteo.

Cuatro diablos sostienen
esta pendencia,
porque andan los paisanos
a la obediencia...
de los revoltosos - que arman las custiones
por darle a la hacienda cuatro manotones,
como están dando,
mientras los gauchos lerdos
andan galguiando.

Y acá cuando se viene
cualquiera de esos,
por lo pronto le largan
quinientos pesos...
y lindas cacharpas, - sables, tercerolas,
cuando traen de ajuera apenas las bolas;
porque no he visto
gauchos mas desaviaos,
¡por Jesucristo!

Y de yapa, ahí los tienen
meses enteros,
rondando a la ciudá
Como tahuneros, a güeltas y al trote sobre un pingo flaco,
y sin aflojarles - ni olor a tabaco;
pues dice Urquiza
que les dan demasiado
con la divisa.

¡Siquiera allá esos jefes
tan gamonales
al mes se les vinieran
con cuatro riales!...
a esa montonera de guachos tamberos,
gritones... ¡ahi -juna! más que teruterros:
como si a gritos
quisieran aturdirnos
los compadritos

Rotosos, que pretenden...

¡Miren qué fachas!
entrar a manosiarlas.
¡Oído, muchachas!...
¿Se ríen? me gusta; - ríanse, hacen bien;
pues dice Melchora - que dice Belén,
que los puebleros
no quieren que las pinchen
los teruteros.

Que al verle a una porteña
la cinturita,
hay nacional que todo
lo facilita.
¿Quién vive? ¡La patria!... ¿Qué gente? ¡El amor!
Querelos, mi vida - haceles favor.
Sí, mi alma, dales
todo lo que te pidan
los nacionales.

Esos mozos merecen
por guapetones,
que les pongan blanditos
los corazones.
Zarandiate, mi alma, - lucí la cadera,
hacétele un arco, - porteña embustera.
Ahora mesmito,
en el betún largale
un cariñito.

A esa rubia rosada,
por darle un beso,
le pondría a sus plantas
todo el Congreso.
Ahora que me acuerdo... ¡Qué fatalidá!
Escuchen la infausta - triste novedá...
¡Jesús, qué pena!
Atención, atención,
y hagan cadena.

Antiyer un sujeto,

que particulo,
me dijo cierta cosa
con disimulo...
y ya rebenquié - a la calle Larga,
porque en ese rumbo - sentí una descarga;
y allí por junto,
topé un carro cargado
con un dijunto...

Hasta encima del lecho,
lleno de barro,
y amarrao con torzales
venía el carro.
¡Barajo... qué olor! - cuando me arrimé
al muerto jediondo - que de Santa Fe
venía tieso,
y el carrero me dijo:
¡Es el co... con... greso!

Al fin, con la noticia
del tal mortuorio,
se me va apichonando
el auditorio.
¡Jesús, qué tristura! - basta de bailar:
que ya la guitarra voy a destemplar;
y me despido,
porque también me siento
enternecido.

Conque, será, patrones,
hasta mañana;
y ahora que los cantones
tocan la diana...
juerte, vida mía: gritá, corazón,
¡que viva!, ¡que viva la federación!
Vuelta redonda:
todo el mundo a ese grito...
¡Viva! Responda.
Buenos Aires, enero 8 de 1853.

La sorpresa

¿No ha visto, amigo Fajardo,
del campo en la quemazón,
el susto con que un ratón
sale del güeco de un cardo
como bala de cañón?

¿Y el terror que la domeña,
del fuego en la orilla, ha visto
cuando una víbora, ¡Cristo!,
topa con una cigüeña
y no halla un agujero listo?

Y un reyuno, si el latón
llega a oír o la corneta,
¿no ha visto cómo se inquieta
y dispara el mancarrón
que ni le diablo lo sujeta?

Pues ni ratón, ni reyuno,
ni víbora habrá pasao
susto igual al que me ha dao
usté al soltarme su albuno,
para que un improvisao...

Le haga yo, como si fuera
el destripar una laucha,
o pelar solo una chaucha,
concertar a la ligera
cualquier versada gaucha.

Con todo, de espantadizo
no me ha de acusar ninguno,
ni jamás dirá su albuno
que al verlo me hice el petizo.

De balde usté de improviso
por coplas me busca el fallo;
para hacer versos no es payo

ni sabe hacerse perdiz,
aunque es un gaucho infeliz...
su amigo

ANICETO EL GALLO.

Poesías inéditas

Que Aniceto el Gallo conservaba olvidadas en su cartera

En la guerra que sostuvo por nueve años la República Uruguayana contra la invasión devastadora y sangrienta del ejército de Rosas, cuando en campaña los jefes del partido de la libertad obtenían algunos triunfos parciales sobre las divisiones invasoras, en Montevideo los guardias nacionales algo gauchos decían: «El jefe tal le ha soplado la viruta en tal parte a tal o cual jefe rosista.» Por ese refrán el Gaucho Aniceto hizo las décimas siguientes en 1848.

Las virutas

Como del río Uruguay
sacan petrificaciones
de los postes y raigones
de tala y de ñandubay,
andan diciendo por ahí
que alguno había sacado
de un tala petrificado
una viruta muy ancha:
la que TAJES en Cagancha
a Moreno le ha soplado.

Dice el bravo coronel
Silveira que, por fortuna,
a Olid lo espantó con una
virituta de laurel.
En esto aparenta aquel
una equivocacioncilla...
en cuanto a la virutilla
y el palo, pues el muy pillo

bien sabe que de espinillo
le atracó toda una astilla.

Solicitud

De Aniceto el Gallo ante el ministro de la guerra de quien era edecán en 1853, pidiéndole, una montura para su caballo.

Señor general ministro.

Siendo adecán titulao,
muento a caballo, señor,
en un apero cantor
tan ruin y descangallao,
que adonde bajo el recaó
queda en montón la polilla;
mientras veo a una tropilla
de ayudantes charabones
cargados de relumbrones
con pistoleras y en silla...

Bien pues, si soy adecán,
como me han hecho entender,
de juro he de merecer
lo mesmo que a otros les dan;
y, como dice un refrán
que «mama todo llorón»,
me lamento esta ocasión
a ver si saco mi astilla
y me largan una silla;
que es toda mi pretensión.

En febrero de 1853, el general Urquiza, con su ejército entre-riano y una escuadra de buques de guerra, sitiaba por mar y tierra a la bien defendida y atrincherada ciudad de Buenos Aires, entonces disidente y segregada de la Confederación Argentina presidida por el referido general, quien tenía reunido su congreso de diputados en la provincia de Santa Fe.

A bordo de uno de los vapores que hacían el bloqueo hallábase de cirujano un don León Fuentes, natural de Buenos Aires, enemigo de su provincia y por consiguiente muy partidario del general sitiador.

A ese cirujano Terutero se le interceptó una carta que escribió desde el vapor a un amigo suyo, diciéndole, que, sin falta ninguna, desde el día 2 hasta el 5 de ese mes de enero, el ejército urquizista atacaría las trincheras y entraría a Buenos Aires.

A esa carta el gaucho Aniceto el Gallo le contestó con las décimas que siguen; y para mayor broma Aniceto se dijo ser primo hermano de don León Fuentes de Chichipea, porque este apellido tenía un gallego medio loco que andaba en Buenos Aires, siempre borracho y bullicioso.

Véase pues la carta de Aniceto al primo León.

Carta de Aniceto a su primo Chichipea

Buenos Aires, 6 de enero.

Primo: ayer de un chavalongo
cuasi me has hecho espichar,
esperándote a almorzar
morcilla fresca y mondongo.
De sol a sol como un congo,
arriba de una azotea
en el güeco de Lorea,
pasé el día en mi cantón
por pegarme un atracón
a tu salud... ¡Chichipea!

Y al salir de centinela
cuando iba ya a escurecer,
como estaba sin comer
me le afirmé a la cazuela,
diciendo: «ya no se cuele
el primo como desea;
a bien que él se saborea
a costa del Director»;
pues dicen que en el vapor

estás gordo... ¡Chichipea!

Pero te alvierto, León,
que de este año, en ningún mes,
por el dos ni por el tres
no entrarás, no, comilón;
por el SIETE, un arrejón
quizá más fácil te sea,
sin que yo espere ni crea
de tu entrada una palabra,
aun cuando el siete se te abra
la dentrada... ¡Chichipea!

¡Y, cómo... si las entradas
al redor de la ciudá
están con temeridá
fuertemente atrincheradas!
y allí, de las esplanadas
ni el demonio se menea;
porque tienen por tarea,
los que mandan los cañones,
de aventar los comilones
al infierno... ¡Chichipea!

Siendo ansí, será mejor,
primo, ya que sos porteño,
que con blandura y empeño
le digás al Diretor,
que nos devuelva el vapor
si acreditarse desea,
porque es cosa dura y fea
tragarse un vapor ajeno
un general que está lleno
de vapores... ¡Chichipea!

Hacé, pues, la cosa en calma,
y si el negocio promete
te aguardaré por el siete,
querido primo del alma;
y así con laurel y palma

o con bozal y manea,
de cualquier modo que sea,
te soplás, acá, León,
sin hacer un arrejón
por el siete... ¡Chichipea!

¿Qué es eso, primo, qué es eso?
pues aquí se suena que
anda ya por Santa Fe
medio frunciendo el Congreso.
¡Valor, primo, y rabo tieso!
que un León no se asusta al cuhete;
como toruno acomete
sin recelo que te aflija;
y dentrarás a la fija,
¡por el siete, por el siete!

ANICETO.

La luz de Aniceto el Gallo

En febrero de 1859, el barón de Maúa hizo un empréstito a la República Argentina, y con ese motivo el gaucho Aniceto escribió estrofas, siguientes.

El ruido y barullo de las gateadas ha inspirado a Aniceto la versada siguiente.

¡Cancha! que ahí viene la luz
con el barón de Maguar,
platudo que le va a dar
a la Bolsa en el tus-tuz.
Ya verán el repeluz
que de moneda-papel
hace, sin darles cuartel
el hombre, con las manadas
de amarillas y gateadas
que va a soltar de tropel.

¡Oiganle a los corredores

zaguanes o pasadizos,
que les compran a chorizos
onzas a los bajadores!...
Veremos si esos pintores
que sueñan con la invasión
terutera, de un tirón
y en cuanto les dueble el codo;
no los piala allá a su modo
y los revuelca el barón.

Falta ahora que un tal Bilbao
que anda allá por San José,
bailando y mamandosé
en el convite mentao,
venga de nuevo alumbrao
por don Justo Terutero,
y nos diga que el lucero
viene atrás del avestruz
presidente... y que no es luz
la del barón brasileiro.

Maldita credulidad pavuna

Cuando el Presidente de la Confederación Argentina, doctor don Santiago Derqui, sucesor del general Urquiza en esa Presidencia, invadió con un gran ejército a la provincia de Buenos Aires, que estuvo siete años segregada de la Confederación Argentina, y cuyo ejército invasor fue completamente derrotado por el de Buenos Aires, en la batalla de Pavón, el 17 de setiembre de 1862, se dijo antes de esa invasión que el general Urquiza, ansiando ya volver a ocupar la presidencia, había instigado mucho al señor Derqui para que emprendiera esa campaña, de la cual salieron descalabrados ambos; es decir, el señor Derqui a quien Aniceto el Gallo en su periódico gaucho le llamaba el presidente PAVO, y el expresidente Urquiza a quien también Aniceto le llamaba por epíteto: el general TERUTERO.

El ejército de línea y la guardia nacional de Buenos Aires, formando un personal de 15,000 hombres de las tres armas, al mando del brigadier general don Kirtolomé Mitre, venció con gran denuedo al ejército del brigadier general don Justo Urquiza, fuerte de 18,000 hombres,

tomándole a la bayoneta 31 piezas de artillería, 11 banderas y 1,800 prisioneros, etc.

La mencionada derrota de Pavón dio mérito a los versos siguientes.

Diz que a un pavo un terutero
celoso le dijo un día,
de que, gauchando podría
gobernar el mundo entero.
Creyó el pavo chacarero
lograr empresa tamaña,
pero no se dio la maña
que el terutero se dio,
hasta que al fin lo sacó
a desplumarlo en campaña.

Por último, cegatón
el triste pavo emplumando,
dicen que juyó galguiando
de los campos de PAVÓN,
adonde estaba flacón
de comer sólo salitre
¡chasco será que algún bruitre,
por ahí le suma la bolla, después de escapar de la olla
de los soldados de MITRE!

Al señor Sarmiento

Poco antes o después de 1844, el señor Sarmiento, actual presidente de la República Argentina, le regaló en Montevideo su retrato al señor Ascasubi, quien veinte años después, en un banquete que tuvo lugar en París, el 4 de julio 1867, le presentó ese su retrato al mismo señor, saludándolo gauchamente como sigue.

Caballeros y madamas.

Un cuarto de siglo hará
a que cerca de la Pampa
me dio un amigo su estampa
como prenda de amistad;

pues ese amigo aquí está...
y en prueba de que les cuento
la verdad, velay presento
su figura con placer,
para lucirla y beber
a la salud de Sarmiento.

Al señor Castelar

En igual de fecha 1867, y en el mismo banquete, Aniceto el Gallo le dirigió al señor don Emilio Castelar las décimas que van más abajo, y en razón de que dicho señor había tardado algo en devolverle un paraguas que le prestó el primero.

Con el cuchillo en la mano
y ojo listo a una botella,
por si acaso me atropella
cierto petizo gitano,
voy a echarle a lo paisano
un brindis, sin recelar
que me quiera desafiar
en seguida don Emilio...
contra el cual no pido auxilio
si me saliere a peliar.

Señores: mucha salud
le deseo a Castelar,
y no volverle a prestar
ni el güeso de un caracú;
porque tiene la habitú
mesma de un tal Olascagua,
vizcaíno que era en Rancagua
un regular pagador...
pero muy empacador
para volver un paragua.

Cuentos mitológicos gauchi-versistas para el álbum de...

París, agosto 31 de 1868.

Porque una noche de invierno
lira en mano se entró Orfeo,
sin permiso (según creo),
a calentarse al infierno,
furioso el rey del Averno
ya iba a morderlo a la puerta,
cuando Orfeo, erguido, cierta
melodía preludió,
que al Demonio lo dejó
con tamaña boca abierta.

Y añaden que el cancevero,
aquel feroz animal
que del abismo infernal
es el terrible portero,
mansito como un cordero
vino a Orfeo, lo lambió;
y luego que te expresó
su encanto a miradas tiernas,
con el rabo entre las piernas
el mastín se retiró.

Así, de tal lira al son
divino, los condenados
fueron también encantaos
todos; y por conclusión
de fiesta el fiero Plutón,
después que tomó una tranca
con chicha y cerveza blanca,
salió a refrescarse en coche, y
a los diablos esa noche
les hizo dar puerta franca.

Tales encantos allá
cuentan... de que Orfeo solo
no los hizo, pues Apolo

dicen que fue otra deidá
ante quien no hubo beldá
que a su lira resistiera:
pues, a Venus que le hiciera
de indiferencia una mueca...
le haría la zamacueca
bailar, aunque se frunciera.

¡Qué mágicos!... así fue
el rey David, aquel mentao
arpista, que, encamotao
por una tal Bersabé,
le anduvo atrás hasta que
por ingrata la encantó,
cierta ocasión que la vio
bañándose en una tina,
donde con su arpa divina
el rey le hizo... qué sé yo.

Llorar pienso que sería...
lo que le hizo a Bersabé
David, como al piano usted
sentir al mismo lo haría:
y además yo apostaría,
para ganar, por sabido,
que, a David, como a Cupido,
al diablo, a Apolo y a Orfeo,
usted los haría creo
llorar a moco tendido.

En fin: por si alguno ignora
el deleite sobrehumano
con que usted, al tocar el piano,
embelesa y enamora,
digo que la encantadora
Santa Cecilia bendita
no tendrá, y que necesita...
para el coro celestial
una artista angelical
como es usted, Margarita.

Invitación

Que en París, a fines del año 1871, le hizo el gaucho Aniceto el Gallo a un amigo suyo, para que este, con su familia viniese a comer en casa del gaucho Aniceto.

A mi amigazo el manco.

Por gusto, amigo Rufino,
traime la muchachería
mañana, a hacer medio día
con un puchero argentino;
y, como no beben vino
doña Chepa ni Justita,
ese ahorro me facilita,
(¡como quien no dice nada!)
darles también carbonada,
arroz con leche y humita.

De ahí, Manco, por gusto voy
a darte un choclo cocido,
tiernito y muy parecido
a los que da Chivilcoy;
y es ralo, a fe de quien soy,
el ver un choclo en París,
como si a la emperatriz
allá en el teatro Colón
la vieses con Napolión
bailando el gato mis-mis.

París, setiembre 27 de 1871.